

Encuentros

Una cita con Jesús



ROBERTO BADENAS

Índice de contenido

Tapa

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

PRÓLOGO DEL AUTOR

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

PRESENTACIÓN EN EL DESIERTO

1 - EN LA NOCHE

2 - JUNTO AL POZO

3 - EN LA PLAYA

4 - EN LA PLAZA

5 - AL PIE DE UNA MONTAÑA

6 - EN LA MADRUGADA

7 - EN UN VIAJE

8 - A SOLAS

9 - EN EL CAMINO

10 - BAJO UN ÁRBOL

11 - EN UNA FIESTA

12 - EN UNA CENA

13 - BAJO LAS COLUMNAS

14 - AL CAER LA TARDE

DESPEDIDA ENTRE AMIGOS

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Todos, allá, en lo más íntimo de nuestro ser, con frecuencia de forma inconsciente, andamos a la búsqueda de algo o de alguien que nos libere del hastío y de las ansiedades cotidianas. Siempre estamos esperando un acontecimiento que proporcione nuevo sentido a nuestras vidas. En definitiva, lo que con tanto anhelo buscamos no es otra cosa que una vida verdaderamente plena y feliz.

Pero ese “estado de gracia”, en realidad, muy pocos lo alcanzan. Posiblemente, porque lo buscan por caminos equivocados, tratando de llenar su vacío existencial con nuevas sensaciones que los alejen de la realidad.

Este libro nos ofrece la fórmula para saciar la sed más profunda de nuestro ser. *Encuentros* analiza y comenta las experiencias de varios personajes que, tras un acontecimiento decisivo, cambiaron el rumbo de sus vidas.¹

El hecho en común del que estos personajes fueron coprotagonistas, y que determinó un cambio realmente trascendental en sus vidas, fue que se encontraron un día con Jesús de Nazaret. A partir de aquel encuentro –en cada caso distinto, por el lugar y las circunstancias– todo lo que los rodeaba cobró para ellos sentido, y se convirtieron en hombres y mujeres diferentes, llenos de fe y esperanza.² Aunque no todos los que se encontraron con Jesús, aceptaron el cambio que él les proponía...

Con la autoridad que le otorgan sus títulos académicos, sus largos años de investigación y docencia, y sobre todo, el haber vivido una experiencia personal fascinante con Jesucristo, con quien tuvo un encuentro decisivo en sus años jóvenes, el autor nos propone que conozcamos un poco mejor el mensaje del Hombre más famoso de la historia, que vino hace veinte siglos, pero que sigue estando en plena

actualidad, pues vino para apagar definitivamente nuestra sed y devolvernos la plenitud de nuestra dimensión trascendente.

El objetivo de quien ha escrito esta obra y de quienes la hemos editado es justamente que tú, querido lector, tengas también un encuentro personal, íntimo, con Jesús, y consigas, con ello, llenar para siempre de sentido tu existencia. Pues las palabras que el Hijo del Hombre pronunció hace ya dos milenios: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia",³ fueron dichas para ti también.

Estamos seguros de que *Encuentros* te proporcionará un refrescante y profundo deleite, porque ha sido escrito por un hombre que posee el don de la comunicación. Su prosa es sencilla y clara, pero a su vez penetrante y sugerente... para disfrutarla. Su valioso punto de vista y su vivencia personal quedan magistralmente reflejados en las páginas que siguen.

Somos muchos los que sentimos admiración, respeto y afecto por el doctor Badenas: unos, por haber sido alumnos suyos; otros, por haber disfrutado de sus interesantes conferencias; muchos más aún, por haber disfrutado leyendo sus artículos en diversas revistas, o su tesis doctoral,⁴ bien conocida en los círculos universitarios.

Encuentros, como toda creación artística, se dirige a todo tipo de lectores: desde el que solo conoce a Jesucristo de oídas hasta el que lo siente como un personaje vivo y cercano. Desde el que tiene un conocimiento superficial de los evangelios hasta el que quiere investigar y leer entre líneas, y detrás de ellas. Desde el que busca lo práctico y concreto hasta el que gusta de argumentos intelectuales. (Ahí están sus notas a pie de página, que merecen lectura aparte.)

Resulta, pues, un honor para la *editorial SAFELIZ* publicar la opera prima literaria de este maestro y amigo nuestro. Y además, nos sentimos satisfechos e ilusionados, seguros de que cuantos lean, aunque no

sea más que un capítulo de *Encuentros*, habrán recibido una cariñosa invitación a escribir la página que le falta...[5](#)

Los editores

Prólogo del autor

Hay obras maestras de tal riqueza artística, de tanto valor humano o de tanta profundidad espiritual, que los innumerables estudios que han suscitado no logran desentrañar plenamente su misterio, ni el paso del tiempo merma su indescifrable encanto o su increíble vigencia. Entre esos tesoros de la humanidad, ocupan un lugar privilegiado los evangelios: cuatro relatos fascinantes sobre el personaje más insonidable de la historia.

No es la falta de libros sobre Jesús lo que me ha impulsado a publicar estas páginas. Al contrario. Cuesta creer que quede algo por decir sobre este Ser excepcional que desborda, como ninguno, los esquemas humanos. Es el caudal del tema lo que me ha llevado a intentar una lectura más de esta fuente de inspiración inagotable. Como las grandes sinfonías, las catedrales góticas o cualquier otra creación mayor del pensamiento, los evangelios pueden ser examinados a diversos niveles y desde diferentes perspectivas.

Estas páginas no pretenden ser ni una reconstrucción histórica ni un análisis teológico.; los excelentes trabajos ya existentes hacen tal empresa innecesaria. Mi intención es otra. Aunque respaldada por la documentación acumulada durante años de enseñanza, mi presentación de los textos es un mero intento personal de recomponer y sugerir un marco ambiental verosímil, capaz a la vez de evocar la realidad y de acercarla a nuestro presente cotidiano. Más que la exactitud arqueológica de los detalles, me interesa la verdad subyacente en cada relato.

En lugar de abordar el texto bíblico como una escritura inmutable en la rigidez de su autoridad sagrada, he preferido acercarme a él como a un relato vivo, revivido en la flexibilidad ilimitada de su constante actualidad.⁶

Es precisamente mi fidelidad a la intención del original la que me permite entregarme a este ejercicio de actualización con plena libertad. Porque estos textos no fueron escritos para ser guardados como documentos de archivo, sino para interpelarnos personalmente en nuestro quehacer cotidiano.⁷ Si me atrevo a contarlos a mi manera, es porque sé que antes de ser escritos fueron vividos y contados. Y que fueron escritos precisamente para ser contados y vividos de nuevo, indefinidamente.

Mis palabras son un testimonio personal de mis encuentros con Jesús a lo ancho de los evangelios y a lo largo de mi vida. Son, sin duda, más fruto del corazón que del intelecto. Las debo más a mi creciente admiración por el Maestro de Galilea que a la acumulación de datos eruditos. En último análisis, son más el resultado de frecuentar una Persona que unas bibliotecas. Mi pasión por Jesús, como todo gran amor, también ha nacido de un gran encuentro.

De entre las múltiples reflexiones que me ha suscitado cada pasaje, aquí voy a compartir únicamente las que me parecen más relevantes para el caso, sabiendo que el texto es capaz de sugerir muchas otras.

Las enseñanzas que se desprenden de las relaciones humanas de Jesús son todas tan enriquecedoras, que me ha resultado especialmente difícil decidir qué incluir y qué dejar. No obstante, como considero que este trabajo es solo una introducción a un proyecto mucho más importante –es decir, el estudio directo de los evangelios por parte de los lectores–, he limitado los encuentros a dos veces siete, para ser breve sin dejar de ser bíblico. Si esta brevedad despierta en algunos el interés por explorar más los evangelios,

o los ayuda a encontrar –o reencontrar– personalmente a Jesús, este libro habrá alcanzado su objetivo.

No necesito pedir disculpas a mis alumnos y amigos por repetir aquí algunas de las ideas que me han oído exponer otras veces, pues son ellos quienes me han empujado a publicarlas. A todos, agradezco profundamente su preciosa ayuda.

Debo mencionar, sin embargo, en particular, a Raquel Aguasca, por su valioso asesoramiento en la redacción; a Rosa Valverde, por su competente colaboración en la preparación del manuscrito final; a mi esposa, por su asistencia constante en todas las fases del proyecto; y de un modo especial, a Marta Prats, sin cuyo entusiasta e infatigable apoyo profesional y moral este libro, sencillamente, no existiría.

[1](#) Véase la página 232.

[2](#) En la “Despedida”, el autor nos dice que Jesús “se fue dejando abierta de par en par la puerta de la esperanza, insistiendo en que había que mantenerla siempre abierta. Sin muchas explicaciones, como era habitual en él, dando a entender que le importaba menos ser comprendido que esperado” (p. 234).

[3](#) S. Juan 10:10.

[4](#) Robert Badenas, *Christ, the End of the Law*. Romans 10:4 in Pauline Perspective (University of Sheffield, JSOT Press, 1985).

[5](#) Véanse las palabras con las que concluye el autor (p. 234).

[6](#) Esta idea la debo, en parte, a Elena de White, *El Deseado de todas las gentes* (Boise, Publicaciones Interamericanas, 1984), p. 63.

[7](#) 2 Corintios 3:4-6.

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Para facilitar al lector un acceso a las fuentes bibliográficas cuya referencia se da en las notas a pie de página de *Encuentros*, y así pueda, si lo desea, comprobar o ampliar la información ofrecida, presentamos las siguientes indicaciones:

Referencias de versiones bíblicas

BDP: *La Biblia al día. Santa Biblia en paráfrasis*, Editorial Mundo Hispano (Unilit), El Paso (Texas, EE.UU.), 1979.

BJ: *Biblia de Jerusalén*, nueva edición totalmente revisada y aumentada, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1978.

CI: *Sagrada Biblia*, versión crítica sobre los textos hebreo, arameo y griego, por Francisco Cantera Burgos y Manuel Iglesias González, BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid, 1979.

DHH: *Dios habla hoy. La Biblia-Versión Popular*. Sociedades Bíblicas Unidas.

Dios habla al hombre. El Nuevo Testamento en lenguaje actual. Sociedad Bíblica Española.

NBE: *Nueva Biblia española*, traducción [dinámica] de los textos originales dirigida por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.

NRV: Nueva Reina-Valera, revisión de 1990. Sociedad Bíblica Emanuel, Miami (Florida, EE.UU).

RVR 60: Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602). Revisión de 1960. Sociedades Bíblicas Unidas.

RVR 77: Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602). Revisión de 1977, CLIE, Terrassa (Barcelona).

LOS ESCRITOS RABÍNICOS

A partir de los tiempos de Esdras aparecen los *Midrashim* de la Ley (Torah), base religiosa y jurídica de la comunidad judía. Los *Midrashim* son interpretaciones y comentarios de la Ley y su aplicación. De este modo, fue naciendo un conjunto de prescripciones derivadas de la Ley mosaica. Estas tradiciones extrabíblicas, que llegaron a considerarse inspiradas,

iban siendo transmitidas de forma oral, ya que se consideraba incorrecto ponerlas por escrito y con ello restar importancia a la Torah. Hacia el año 200 de nuestra era, Rabí Yehuda Ha-nasi decidió poner por escrito todas estas tradiciones recopiladas de sus antecesores. A esta obra se la denominó Misná (enseñanza, doctrina). Pronto, la Misná fue reconocida como una fuente de autoridad en todas las escuelas rabínicas. El texto de la Misná fue impreso por primera vez en Nápoles, en 1492. A la muerte de Yehuda Ha-nasi, se vio la necesidad de explicar a su vez la Misná, completarla y adaptarla a los nuevos problemas religiosos y sociales que iban surgiendo. Los nuevos comentarios de la Misná se denominaron Gemaras (estudio definitivo). Fundamentalmente, se desarrollaron en dos escuelas: la palestina y la babilónica. De ahí que tengamos la Gemara de Jerusalén y la Gemara babilónica. Ninguna de las dos commenta la Misná entera, y la Gemara babilónica es más extensa que la de Jerusalén.

La Misná y la Gemara son los dos elementos que componen el Talmud (enseñanza, doctrina). Por lo tanto, hay dos Talmud: el babilónico y el palestino. El Talmud de Jerusalén quedó concluido hacia el siglo V de nuestra era, y fue impreso por vez primera en Venecia en 1523. El Talmud babilónico acabó por ser reconocido como el único con autoridad, y todavía se considera así hoy en día por los judíos ortodoxos. Se concluyó su redacción a principios del siglo VI, y se imprimió por primera vez entre 1520 y 1523, en Venecia. El Talmud es, por tanto, un compendio de la cultura judía de los cinco primeros siglos de nuestra era.

A continuación damos la relación de tratados rabínicos citados en el libro. La abreviatura *Tos.* que precede a un tratado quiere decir *Tosepta*, es decir, añadido. Se trata de adiciones hechas a la Misná después de su elaboración.

El Talmud babilónico se señala con una *b* antes del título. El Talmud de Jerusalén se indica con una *j*.

Para la transliteración de los nombres de los tratados rabínicos que citamos en *Encuentros*, nos hemos basado en la obra *La Misná* (edición de Carlos del Valle, Madrid, Editora Nacional, 1981, pp. 41, 42). La explicación de cada tratado, que damos a continuación, la hemos tomado de la obra de Alfred Edersheim, *La vida y los tiempos de Jesús, el Mesías* (Terrassa [Barcelona], CLIE, 1987, t. 1, pp. 19-24. Ahí mismo se aclara la forma de dar las referencias).

'Aboda Zara: Tratado sobre la idolatría.

Abot: Tratado sobre los dichos de los padres.

Baba Mesi' a: Tratado “Puerta media”.

Baba Qamma: Primero de los grandes tratados sobre la Ley Común.

Bekhorot: Tratado sobre la consagración al Santuario de los primogénitos.

Berakhot: Tratado sobre oraciones y bendiciones.

'Eduyot: Tratado sobre determinaciones legales.

'Erubin: Tratado sobre la conjunción de límites del sábado.

Hagiga: Tratado sobre ofrendas festivas en las tres grandes fiestas.

Hullin: Tratado sobre el modo de matar animales para su consumo y temas afines.

Ketubbot: Tratado sobre contratos matrimoniales.

Kil' ayim: Tratado sobre uniones ilegítimas.

Makkot: Tratado sobre castigo por azotes.

Menahot: Tratado sobre alimentos consagrados.

Nedarin: Tratado sobre los votos.

Nidda: Tratado sobre impurezas levíticas femeninas.

Pesahim: Tratado sobre la Pascua.

Qiddushin: Tratado sobre desposorios.

Rosh haShana: Tratado sobre la Fiesta de Año Nuevo.

Sanhedrin: Tratado sobre el Sanedrín y jurisprudencia criminal.

Shabbat: Tratado sobre observancia del sábado.

Sheqalin: Tratado sobre tributos del Templo y otros.

Sota: Tratado sobre la mujer acusada de adulterio.

Sukka: Tratado sobre la Fiesta de los Tabernáculos.

Ta' anit: Tratado sobre el ayuno.

Yadayim: Tratado sobre el lavamiento de manos.

Yebamot: Tratado sobre el levirato.

Yoma: Tratado sobre el Día de la Expiación.

Zabim: Tratado sobre contaminaciones levíticas.

REFERENCIAS DE OBRAS CLÁSICAS

En el caso de los libros bíblicos llamados deutero-canónicos en las versiones católicas de la Biblia (Eclesiástico, por ejemplo), y que no figuran en las protestantes, el nombre de los libros figura en letra redonda, como el de todos los libros canónicos. De los libros extrabíblicos, considerados no canónicos tanto por los judíos como por todos los cristianos, su nombre se da siempre en letra cursiva.

Y una acotación más: la abreviatura *cf.* significa “compárese” o “compárese con”.

PRESENTACIÓN EN EL DESIERTO

El valle del Jordán es una garganta excavada en el desierto. Un desfiladero que se hunde casi trescientos metros por debajo del nivel del Mediterráneo hasta desembocar en las fétidas aguas del Mar Muerto: el lugar más bajo de la Tierra. Y uno de los más impregnados de historia...⁸

Ese suelo, torturado por la erosión y calcinado por el fuego del cielo, es todo lo que queda de lo que en otros tiempos debió de ser la fértil vega de Sodoma:⁹ montañas desgarradas, pedregales estériles, tajos siniestros y rocas malditas. Ni siquiera el oasis de Jericó, con el verdor lejano de sus palmeras, llega a romper la aspereza de aquel páramo desolado.¹⁰

Unos viajeros salpican de vida la mañana mientras cruzan el vado en Betábara,¹¹ paso obligado en la ruta de las caravanas. Según la tradición, por aquí pasaron el Jordán a pie seco los antiguos israelitas, entrando así en la Tierra Prometida guiados por José.¹² Fue aquí, también, donde el profeta Elías se abrió paso entre las aguas turbulentas golpeando el río con su manto, poco antes de ser arrebatado al cielo en un carro de fuego.¹³

Remontando un trecho la menguada corriente, los caminantes llegan a un amplio recodo. A un lado, un muro abrupto proyecta su sombra sobre un tranquilo remanso. El agua, que llegaba encajonada en un cauce tortuoso, se apacigua y retiene sobre un banco de arena que se eleva suavemente hacia los montes de Moab. Un verdadero auditorio natural, donde los recién llegados se acomodan, entre cañaverales, matojos de juncos, adelfas en flor y retorcidos algarrobos.

Al bajar a esa hondonada, se pierde de vista la soledad escabrosa del desierto. El mismo barranco cierra el horizonte. El paisaje queda reducido a dos planos: tierra y cielo. Y en medio, el agua, limpia, azul, resplandeciente.

Ese es el lugar escogido por quien ellos buscan. Allí tiene su morada, su aula y su santuario. En la soledad, la gran escuela de los hombres superiores, donde nada distrae al pensamiento, se templó su espíritu austero y fuerte, definido por el ángel como “el espíritu de Elías”.¹⁴ Porque esos viajeros vienen a escuchar a Juan el Bautista...¹⁵

Campesinos de lejanas aldeas montañesas, pescadores de Galilea, artesanos de Judea y comerciantes de Jerusalén, van acudiendo tras un penoso camino. Hace tan solo unos meses que el mensaje del Precursor sacude a Israel. Dios ha guardado silencio durante siglos,¹⁶ y si ahora habla por boca de un profeta, ellos lo quieren oír.

Entre la gente que llega, se van formando diversos grupos. A cierta distancia y por encima de todos, sobresalen algunos jerarcas de la aristocracia terrateniente y sacerdotal. Elegantes, soberbios, detestados y envidiados por todos, viven de sus rentas, cargos religiosos o puestos en el gobierno. El pueblo los odia por sus abusos de autoridad, su rapiña y su opulencia. Han venido a distraerse y a evaluar el peligro. Son los herodianos¹⁷ y los saduceos.¹⁸ Los portavoces del Sanedrín,¹⁹ cómplices de Herodes y espías de Pilato. Para ellos, Juan puede resultar un agitador político.

Apartados también del resto de la gente, están los fariseos.²⁰ Si los saduceos representan la fortuna y el poder, los fariseos encarnan el saber y la ciencia. Escribas, letrados, rabinos, doctores, maestros, abogados, teólogos, jueces y dictadores de la opinión pública. Son los que piensan, los que influyen. Su arrogante suficiencia es la fuerza más hostil y refractaria a la predicación del Bautista. ¿Qué puede ense-

ñarles ese pobre ignorante? Seguros bajo su manto de cultura útil, de religiosidad intachable y de respetabilidad burguesa, les preocupa, sin embargo, el qué dirán, el figurar y el medrar. Han venido a analizar las declaraciones inquietantes del nuevo predicador. A proteger la Ley. A salvaguardar la ortodoxia. A defender la tradición. Para ellos, Juan es un fanático peligroso.

Entre la multitud, relumbran las armaduras de los soldados.²¹ Algunos, de servicio, patrullan la zona para evitar tumultos. Pero otros están ahí por iniciativa propia. De permiso, demasiado lejos de casa para volver, llenan como pueden el vacío de la tregua. Tras la sangre vertida, buscan la manera de olvidar el pasado o de acallar la voz que turba su reposo. Tratan de escapar del círculo infernal de violencia legalizada en el que se han metido, y de encontrar alguna razón para luchar más satisfactoria que el dinero.

Escabulléndose de los soldados, se esconden entre el gentío varios zelotes.²² Pueden ser reconocidos tanto por la rebeldía que aflora en su mirada como por las dagas que se adivinan bajo sus capas. Combaten por la independencia del país, contra la ocupación militar. En su lucha, están dispuestos a todo: al levantamiento, a la guerrilla, al asesinato... Tan idealistas como crueles, son capaces de dar la vida o de quitarla, por el bien de su causa. El gobierno los califica de terroristas. El pueblo les teme, los admira y los encubre. Son la conciencia nacional; pero confunden la religión con la voz de la raza. Su sed de libertad y de justicia los ha traído al Jordán: porque Juan denuncia, al igual que ellos, los abusos de los poderosos, la corrupción de la corte y la connivencia del clero. Porque esperan un líder, un mesías que libere a su pueblo y lo salve, por fin, de todos sus males.²³

Cerca del agua, en un pequeño círculo, del que los demás procuran apartarse sin disimular su desprecio, conversan los publicanos:²⁴ recaudadores

de impuestos, empleados de hacienda, aduaneros y tesoreros. Colaboradores y beneficiarios de la ocupación romana, los publicanos representan la burocracia y el fisco: los verdugos y los buitres del yugo imperial.

Los acompañan unas cuantas mujeres de llamativo aspecto y risas frívolas, cargadas de vistosas joyas y de perfumes penetrantes. Despreciadas por unos, explotadas y deseadas por otros, viven con los publicanos la solidaridad de los marginados: un poco de dinero por un poco de compañía.²⁵ A caballo entre el hampa y la burguesía, han venido al Jordán porque la soledad es triste. Porque como seres humanos, necesitan respeto, comprensión y ayuda. Porque tal vez no les satisaga su vida y sueñan con otra.

De vez en cuando, se advierte entre la muchedumbre el blanco hábito de los frailes esenios. Absortos en sí mismos, como en otro mundo, viven, austeros, su ascetismo místico. En su fervor fatalista, han abandonado toda acción que no sea proselitismo, o penitencia. A la sombra de su monasterio,²⁶ al margen de las necesidades de los demás y de los problemas del presente, representan otra forma de sectarismo, entre la militancia y la inhibición.

El resto del auditorio: clase media, campesinos, obreros, amas de casa con sus niños. Un enjambre de pobres, mendigos y enfermos. Y muchos jóvenes. Gente común. Cada uno con su historia a cuestas, arrastrando problemas familiares y conflictos personales, amores y odios, heridas e ilusiones, pasiones y temores, frustraciones y esperanzas.

Entre aquella multitud de curiosos, indiferentes, inquietos o resignados, no muy distintos de ellos, esperan quizá también dos pescadores, Juan y Andrés; una mujer de profesión dudosa, conocida por “María”; un joven doctor en Derecho preocupado por su futuro; un banquero de turbio historial; un en-

fermo desahuciado, que creen poseído por el diablo; y unos muchachos muy sanos en busca de un ideal...

El fondo de sus miradas delata insatisfacciones similares y luchas afines. Todos quisieran superar su mediocridad, sus callejones sin salida, aquella rutina gris que arrastran sin saber por qué. Han venido buscando aliciente y esperanza. Porque presienten que vivir puede ser algo más que trabajar o estar de paro (huelga), sufrir y divertirse. Están ahí porque quisieran encontrar lo que les falta. Por eso han venido al borde del Jordán a escuchar la palabra de Dios de boca del profeta...

En cuanto el Bautista aparece sobre las rocas, un silencio expectante sobrecoge a los presentes. Ese fulgor en su mirada es el de un enviado de Dios. Hijo único de un venerable sacerdote, ha renunciado a la vida fácil del Templo para seguir su arriesgada vocación. La palabra que el Espíritu le habla en el desierto, él la proclama a las masas con toda la fuerza de su juventud.

Juan es la conciencia insobornable del que no teme a nada ni a nadie: ni al gobierno, ni al clero ni al pueblo. Igual fustiga los vicios más comunes de la plebe que condena los crímenes más secretos de los poderosos.²⁷ Tiene la elocuencia irresistible de quien proclama la verdad. Su mensaje es claro, sencillo y directo: “Dios nos va a visitar. El Reino del Mesías se está acercando. Preparaos para recibirllo”.

Juan es un alma fuerte, pero sensible ante el sufrimiento y la injusticia. Se indigna y compadece al mismo tiempo. Sus palabras reprenden a unos, a la vez que animan a otros. Su proclamación no tiene el pesimismo amargo de las aves de mal agüero. El Bautista es, más que un reformador, un mensajero de esperanza.²⁸

Citando al profeta Isaías,²⁹ Juan compara a sus oyentes con el desierto que los rodea: un yermo agreste, que debe ser trabajado para convertirse en

campo fértil o en camino transitable para “el que está por venir”. Porque el Señor se acerca, como el campesino, a limpiar la era, “a recoger el trigo en su granero y a quemar la paja”;³⁰ o como el rey, a visitar a sus súbditos, que deben “preparar el camino y allanar el sendero” para que pueda llegar.³¹

Su mensaje, incontenible, penetra en la conciencia de sus oyentes, hasta turbar la indiferencia de unos, irritar el fanatismo de otros y encender en muchos la inquietud espiritual. Y estos se preguntan: “¿Cómo nos hallará el Mesías cuando venga? ¿Seremos trigo o paja? ¿Pedregal o camino?”

A los detentores del poder establecido, que se cierran a cualquier reforma, les dirá:

–Raza de víboras: no vayáis a creer que vuestrlos cargos, vuestro saber o vuestra función religiosa os podrán proteger. El hacha está puesta a la raíz de los árboles, y el que no dé fruto, por muy grande que sea, será cortado.³²

La voz dura del profeta se suaviza ante los seres afligidos, y resuena entre las piedras como un grito de liberación. Los despreciados por la gente “decente”, conscientes de su necesidad, son los primeros en reaccionar.

–¿Qué haremos? –preguntan los publicanos.³³

–Dejad la codicia. No exijáis más de lo justo. Descubrid la solidaridad.

–¿Qué haremos? –preguntan los militares,³⁴ que saben hasta qué punto corrompe el poder.

–Dejad la violencia. No abuséis de la fuerza. Vivid en fraternidad.

–¿Qué haremos? –sigue preguntando la gente.³⁵

–Dejad el egoísmo. Compartid con los que no tienen nada. Probad la generosidad.

La poderosa voz sigue vibrando en el aire:

—Arrepentíos.³⁶ Cambiad de rumbo. Cesad de dar vueltas en el desierto y avanzad de una vez hacia la Tierra Prometida, tras el Salvador que está a punto de llegar.³⁷ Puesto que todos estamos contaminados por el mal, necesitamos limpiarnos.³⁸ El bautismo simboliza la purificación.³⁹ Si queréis restablecer vuestra armonía con Dios, entrad en el agua.

Juan termina de hablar. En silencio, desciende hasta el centro del río. Algunos sienten arder en su interior una nueva llama, e intuyen que la vida y la esperanza quieren renacer.

Tras un momento de recogimiento, un soldado deja en el suelo su armadura y entra en el Jordán. Después lo sigue un publicano. Tras él, dos mujeres. A continuación, unos muchachos se acercan resueltamente a la orilla. Pero algo los retiene...

Ante ellos, un hombre joven, a quien no habían visto llegar, se despoja de su túnica. Por la musculatura de sus hombros y brazos, podría tratarse de un atleta o de un carpintero. Pero hay en él algo fuera de lo común, que llama poderosamente la atención. Su rostro juvenil, curtido por la intemperie, refleja una serenidad tal, un atractivo, una fuerza, una nobleza de carácter que no habían visto jamás en nadie, y que eclipsa incluso al Bautista. Su presencia inspira admiración y respeto. Como si irradiase una atmósfera sobrenatural.

Todos los ojos están fijos en el extraño desconocido. El mismo Juan se ha quedado paralizado. Al ver que avanza hacia él, lo detiene. Ha descubierto quién es: ¡Jesús de Nazaret! Y exclama: “He aquí el Mesías esperado, el salvador del mundo. A él os conviene seguir, y no a mí”.⁴⁰

El Bautista está desconcertado, porque Jesús sigue acercándose:

–Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Yo solo bautizo en agua. Tú puedes bautizarnos en el Espíritu Santo.⁴¹

Pero Jesús ya está en medio del río.

–Sí, Juan. Aunque no lo comprendas, yo también quiero ser bautizado.⁴² Hoy empieza también para mí una etapa nueva, especialmente importante en mi vida.

Con mano temblorosa, Juan lo sumerge.⁴³ Al volver a la superficie, Jesús permanece ensimismado por un momento. El agua resplandece en torno de él como iluminada por un rayo del cielo. Las nubes se entreabren. Hay un revuelo de luz. Un trueno rasga el silencio y se oye una voz que dice:

–Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.⁴⁴

Al pasar a su lado, saliendo del agua, algunos sintieron que Jesús los miraba. Que con su gesto los invitaba a rehacer sus vidas. Que había entrado en el Jordán por solidaridad con ellos y que había orado por ellos.

Cuando, más tarde, impulsados por su ejemplo, viviesen la experiencia del bautismo, todavía recordarían en el fondo de su ser el cielo abierto y la voz de Dios, que les decía también a ellos:

–Tú eres mi hijo amado. Estoy satisfecho de ti.

Y aunque al salir del río Jesús desapareció en la distancia, presintieron que él sería el maestro que andaban buscando. Y que nada llenaría su ausencia hasta volver a encontrarlo.⁴⁵

⁸ Mis descripciones de paisajes no son puras creaciones literarias. Todas se basan en notas tomadas en ocasión de mis visitas a los lugares mencionados. Como impresiones son subjetivas, porque cada uno capta el mundo desde su punto de vista; pero como testimonios, intentan reproducir lo más fielmente posible los ambientes descritos.

9 Según fuentes judías, la depresión del Mar Muerto era el resultado de la destrucción de Sodoma y su región (véase Génesis 10:19; 13:10, 11; 18; 19; *Sanhedrin* 109). Unas sitúan la antigua ciudad maldita en torno al Monte Sedom, mole de potasio al noreste de lo que el Talmud llama “el Mar de Sodoma” (*Shabbat* 108 b); y otras, en el monte de sal llamado Sodom, al sur. El emplazamiento exacto, sin embargo, nos resulta desconocido (*Encyclopaedia Judaica*, Jerusalén, Keter, 1972, t. 15, cols. 70-72). Este singular lugar había atraído la atención desde tiempos remotos por sus sales, y en particular por la sorprendente abundancia de betún o asfalto (Pausanias, *Periegesis* 5:7, 4, 5; Aristóteles, *Meteorología* 2:3, 29; Estrabón, *Geografía* 5:2, 41; Galeno, *De simplicium medicamentorum facultatibus* 4:20).

10 Jericó (la ciudad más antigua de Israel) se hallaba a 7 kilómetros al oeste del Jordán, en el camino que lleva a Jerusalén, al borde del oasis más fértil del país.

11 Los evangelios llaman a este lugar, indistintamente, Betábara o Betania (S. Juan 1:28, RVR 60/77, CI / BJ / NRV), o “Enón (Ainón), junto a Salim” (S. Juan 3:23). Al tratarse de un lugar “desierto”, es decir, no habitado, no se ha localizado con certeza ningún emplazamiento con esos nombres (Lucas Grollenberg, *Panorama del mundo bíblico*, Madrid, Guadarrama, 1966, p. 159).

12 Según los más antiguos documentos de Israel, el paso del Jordán tuvo lugar enfrente o cerca de Jericó (Números 22:1; Josué 3:14-17; 4:1-9; 18-24; *j Kil,ayim* 9:5).

13 Véase 2 Reyes 2:1-15.

14 S. Lucas 1:13-17. La profecía de Malaquías 3:23, 24 (o 4:5, 6, según algunas versiones) anunciaba que “Elías” sería el precursor del Mesías. Jesús identifica a Juan el Bautista como “el Elías que había de venir” (S. Mateo 11:14; 17:10-13; S. Marcos 9:11-13), aunque este se resistió a reconocer tal identificación ante los escribas, quizás para evitar confusiones reencarnacionistas (S. Juan 1:19-28). Sobre la espera del “espíritu de Elías” como precursor del Mesías, véase *Zabim* 48:10, 11; *Berakhot* 35 b; *Menahot* 45 a; *Bekhorot* 24 a; ‘*Eduyot* 8:7.

15 Sobre el ministerio de Juan en el desierto, véase S. Mateo 3:1-12; 11:7-14; S. Marcos 1:4-8; S. Lucas 3:1-20; 7:24-30; Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, Boise (Idaho), Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1984, pp. 75-83.

El que un joven se retirase al desierto durante cierto tiempo para encontrarse consigo mismo o con Dios, era una práctica arraigada en la religiosidad de la época. Flavio Josefo, el conocido historiador judío, cuenta cómo, en su juventud (en torno al año 50 d. C.), después de haber buscado en vano respuesta a sus inquietudes religiosas explorando las

diversas corrientes del pensamiento de su pueblo, se retiró durante un tiempo al desierto, siguiendo a un ermitaño llamado Bannus, que vivía cerca del Jordán y que se alimentaba de plantas y frutos silvestres (*Vida*, 2). Lo mismo hicieron, antes de empezar su ministerio, Juan el Bautista (S. Lucas 1:80), Jesús (S. Marcos 1:12, 13) y Pablo de Tarso (Gálatas 1:17).

16 El “silencio profético” ya era lamentado en Israel desde hacía quizá más de cuatro siglos (según la tradición rabínica, basándose en la declaración de Salmo 74:9). Véase Giuseppe Ricciotti, *Vida de Jesucristo*, 9 ed., Barcelona, Luis Miracle, 1969, p. 295.

17 Se llamaba herodianos a los raros partidarios de la dinastía real idumea. Generalmente se trataba de funcionarios o de beneficiarios de altos cargos públicos, ya que los judíos “puros” consideraban dicha dinastía como ilegítima, por tratarse de una familia de origen no hebreo (Josefo, *Antigüedades* 15:15, 2; véase S. Mateo 22:16; S. Marcos 3:6; 12:13). Sobre este grupo político, véase Joachim Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, pp. 342-345.

18 Según Josefo (*Antigüedades* 13:293), los saduceos procedían exclusivamente de las clases más elevadas. No reconocían otra autoridad que la de la Ley de Moisés (el Pentateuco), rechazando por consiguiente a todos los profetas. Entre sus creencias, se destacaba la negación de la existencia del más allá (*Guerra* 2:165; S. Marcos 12:18-27; S. Mateo 22:23; S. Lucas 20:27; Hechos 23:6-8). Puesto que no había para ellos más que esta vida, su teología identificaba la prosperidad material con la bendición divina, y la desgracia con el castigo por los pecados (*Antigüedades* 18:16, 17). Su propia situación de prepotencia era su mejor “prueba” del favor de Dios (cf. J. Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, pp. 239-248).

19 El Sanedrín (palabra griega que significa “sentarse juntos”) era una especie de Consejo de Estado, instituido después del exilio. Estaba formado por 71 miembros (quizás en recuerdo de Moisés y los 70 ancianos de Éxodo 24:1 y Números 11:16), mayormente saduceos (sacerdotes y destacados representantes de la nobleza). Desde tiempos de la reina Alejandra (77-67 a.C.), los fariseos empezaron a estar representados por los más notables escribas (cf. S. Mateo 5:22; 26:59; S. Marcos 14:55; 15:1; S. Lucas 22:66; S. Juan 11:47; Hechos 5:21-41; 6:12-15; 22:30; 23:1-28).

20 Fariseo, en arameo *perishayya*, significa “el separado”. El término, documentado desde el año 135 a.C., ha sido interpretado diversamente: para designar a quien se separaba del apoyo al gobierno, o se separaba del pecado por el rigor de su práctica, o se separaba de los demás para preservar su santidad, o incluso se separaba en su interpretación de la

Ley (véase Xavier Léon Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 215). Josefo compara su actitud con la de los estoicos (*Vida* 12). El Talmud es la más importante perpetuación del espíritu fariseo. Sobre su preocupación por la pureza ritual, véase *Guerra* 1:5; 2:8; y todo el libro 13. Sobre su preocupación por las apariencias y las influencias, véase S. Marcos 12:13-17, S. Mateo 23:1-36 y S. Lucas 11:45-52. Los escribas son los intérpretes oficiales de la Ley, generalmente fariseos. Josefo, aun siendo él mismo fariseo, insiste en su legalismo (*Antigüedades* 18:1; cf. J. Jermías, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, pp. 261-281).

21 Desde el año 63 a.C. Palestina se hallaba bajo ocupación romana, dependiendo administrativamente de la provincia de Siria (Josefo, *Antigüedades* 14:66-74). Los romanos prefirieron ejercer el poder por mediación de reyezuelos de origen idumeo, que al no ser judíos, tenían menos posibilidades de levantar la nación contra sus amos. Estos soldados podían, pues, ser mercenarios de Herodes (véase Manuel de Tuya [Profesores de Salamanca], *Biblia comentada. Evangelios*, Madrid, BAC, 1964, p. 786). La fuerza de Roma se apoyaba en las legiones. La dureza del ejército queda patente en intervenciones tales como la matanza de los niños de Belén (S. Mateo 2:13-18. En este caso, debió de tratarse de esbirros de Herodes, y no de tropas romanas); la de los peregrinos galileos (S. Lucas 13:1); y la tortura y crucifixión de los sediciosos (S. Lucas 23:11-26, 36, 37). Josefo cuenta cómo un grupo de muchachos que se atrevió a derribar un águila imperial que Herodes había dejado colocar ante la puerta del Templo, fueron quemados vivos (*Antigüedades* 17:6, 2-4).

22 El movimiento zelote (o celota) contra la opresión romana parece haberse iniciado con Judas Galileo (Josefo, *Guerra* 2:56; 2:118; cf. Hechos 5:37). Dos de sus hijos, Jacob y Simón, fueron crucificados por orden del procurador Tiberio Alejandro hacia el año 47 (*Antigüedades* 20:102). Y otro llamado Menajem tomó con su banda la fortaleza de Masadá, en el año 66 d.C., al inicio del levantamiento nacional contra los romanos, resistiendo allí hasta el año 74.

Josefo denomina “sicarios” a un tipo de terroristas zelotes que, armados de un afilado puñal (sica), aprovechaban las aglomeraciones para apuñalar a sus víctimas con tal rapidez y cautela que pasaban inadvertidos (*Guerra* 2:254). Hay quienes suponen que el sobrenombre de Iscariote con el que se designa a Judas significa sicario. Una de las más famosas gestas de los zelotes fue incendiar los archivos de las deudas, situados en el Templo de Jerusalén, para así ganarse a los pobres y a los endeudados, en su levantamiento contra Roma en los años 60 (*Guerra* 2:427).

23 Aunque las expectativas mesiánicas eran muy diversas, e incluso contradictorias, según las diferentes tendencias re-

ligiosas, en el siglo primero todas esperaban que el Mesías acabaría definitivamente con el yugo romano, unificaría Israel y dominaría el mundo (*Salmos de Salomón* 17:25-28).

24 Los publicanos eran a menudo, más que funcionarios, empresarios contratados por el Estado para cobrar los impuestos. Compraban su puesto por una suma convenida y se administraban como podían para rentabilizar su inversión. Eran despreciados por el pueblo en general como colaboracionistas con el gobierno opresor, y doblemente por los más creyentes, a causa de su transgresión constante de las leyes sagradas sobre el interés (Éxodo 22:24; Levítico 25:36, 37; Deuteronomio 23:20, 21; *Sanhedrin* 25 b). Se decía, en los medios rabínicos, que “a los publicanos les resulta difícil el arrepentimiento” (*Baba Qamma* 94 b) puesto que, para obtenerlo, debían indemnizar a todos los que habían defraudado (cf. S. Lucas 18:9-14). El nombre de “publicanos” está siempre asociado en los textos de la época al de “pecadores” (S. Mateo 9:10, 11; 11:19; S. Marcos 2:15, 16; S. Lucas 7:34; 15:1, 2), al de “paganos” (S. Mateo 18:17), y al de “rameras” (S. Mateo 21:31, 32). Sobre la opresión fiscal de la época, véase Josefo, *Antigüedades* 18:274.

25 Aunque la prostitución estaba prohibida por la Ley (Deuteronomio 23:17, 18), sobre todo, a las hijas de los sacerdotes (Levítico 21:9), en la práctica estaba tolerada, e incluso, en cierto sentido, protegida, ya que las relaciones con prostitutas no eran consideradas como adulterio. De ahí que actuaran en público sin ningún obstáculo desde las épocas más remotas (Génesis 38:13-26; Proverbios 5; 6:24-26; 7:5-27). Eran fácilmente reconocidas por su manera de vestir (Proverbios 7:10). Para los detalles y el lujo del “atavío de ramera”, véase Ezequiel 16:8-63 e Isaías 3:16-24. Según Josefo, ni ellas ni sus descendientes podían entrar jamás a formar parte de la comunidad religiosa de Israel (*Antigüedades* 4:8).

26 Sobre la austерidad exigida a los catecúmenos esenios y sobre su increíble frugalidad, véase Josefo, *Guerra*, 2:137-139 y 2:129-133 respectivamente. La severidad de su código de conducta queda manifiesta en el *Manual de Disciplina* de la secta (6:24 a 8:25). Un caso de fraude o mentira, por ejemplo, podía acarrear la disminución de la ración de comida, que prácticamente consistía en pan y agua nada más, en una cuarta parte, para el resto de la vida. Reír o dormirse durante una reunión podía acarrear diez días de exclusión de la comunidad. Plinio el Viejo describe con detalle un monasterio esenio en las proximidades del Mar Muerto (*Historia natural* 5:73). Los descubrimientos de Qumrán nos permiten hacernos una idea aproximada de las creencias y del estilo de vida de esta comunidad del desierto. Sobre su pasividad (o impasividad) ante la vida, Filón de Alejandría

dice que “buscaríamos en vano entre ellos alguien que se dedicase a construir [...] incluso objetos inofensivos, puesto que podrían ser utilizados para el mal” (*Quid omnis probus liber sit*, 78).

27 Sobre la corrupción de la corte de Herodes, véase Josefo, *Antigüedades* 15:259; 17:349-353; 18:136; 20:143. Según S. Marcos 6:17-29, Juan el Bautista fue decapitado por orden de Herodes, en el curso de una orgía, precisamente por haberse atrevido a denunciar la conducta incestuosa del monarca, que hacía vida marital con su cuñada (*cf.* Levítico 18:16). Según Josefo, Herodes, además, tenía miedo del Bautista porque lo consideraba un agitador de masas en contra de él (*Antigüedades* 18:118).

28 Josefo describe la predicación del Bautista del modo siguiente: “Juan, llamado el Bautista, es un hombre excepcional. Enseña que los judíos deben esforzarse por practicar el bien, es decir, por ser justos con los demás y honrar a Dios. Además, deben hacerse bautizar. Aunque, según sus enseñanzas, el bautismo solo tiene valor ante Dios si el bautizado se encuentra ya justificado interiormente por la práctica de la justicia; [el bautismo] opera la justificación del cuerpo, pero no la redención de los pecados” (*Antigüedades* 18:116, 117).

29 Isaías 40:3-5; *cf.* S. Lucas 3:4-6.

30 S. Lucas 3:17, 18.

31 S. Mateo 3:1-3.

32 S. Mateo 3:5-10.

33 S. Lucas 3:12, 13.

34 S. Lucas 3:14. Contentarse con su sueldo significaba ya renunciar a toda clase de extorsión.

35 S. Lucas 3:10, 11.

36 S. Mateo 3:2. La palabra griega traducida por “arrepentíos” (CI/NRV/ RVR 60), “convertíos” (BJ) o “haced penitencia” (véase nota BJ), es *metánoeia*, que significa literalmente “cambiad de mente, de mentalidad o de manera de pensar”. Este término suele traducir la raíz hebrea *shuv*, que significa “volver”, con la idea de “vuelta atrás” en un camino equivocado, para emprender el correcto. Pero el significado conceptual en ambas lenguas es similar: se trata de cambiar de orientación y de tomar una decisión existencial en la que el énfasis no está en volver sobre las propias faltas (como las palabras “arrepentimiento” o “penitencia” sugieren en castellano, asociadas a la noción de remordimiento). Se trata, ante todo, de volverse hacia Alguien.

37 Interesante observar que los textos precisan que el lugar donde Juan bautizaba estaba “al otro lado del Jordán” (S. Juan 1:28; 10:40), es decir, en Transjordania. Si Juan bautizaba en el Jordán, ¿por qué esa insistencia en precisar que lo hacía “al otro lado”? El hecho de situarse en un lugar his-

tóricamente famoso sugiere que Juan, con el gesto del bautismo, evocaba a la vez un “paso del Jordán” espiritual, que permitía a los que lo practicaban “entrar espiritualmente en el pueblo de Dios”, pasando del desierto de su pasado a la realidad nueva de la Tierra Prometida, bajo la dirección del nuevo Josué (en hebreo Jesús y Josué son el mismo nombre: *Yeshua*).

38 La noción bíblica de que el mal “contamina” (véase, por ejemplo, Romanos 5:12-21) merece atención. De la misma manera que la falta de respeto a las leyes de la naturaleza conlleva inexorablemente desequilibrio ecológico, deterioro de las condiciones de salud y de supervivencia, y finalmente contaminación y destrucción, la falta de respeto a las leyes que rigen el funcionamiento del ser humano (en términos bíblicos, la transgresión de las leyes de Dios), lleva consigo inevitablemente desequilibrio psicológico, espiritual y social, y finalmente destrucción.

39 El Nuevo Testamento describe el bautismo como un signo de “regeneración” y “renovación” (Tito 3:5), como un “nuevo nacimiento” (S. Juan 3:5), como una “muerte y resurrección” con Cristo (Romanos 6:3-6; Colosenses 2:12) y como una búsqueda o “aspiración de una buena conciencia hacia Dios” (1 Pedro 3:21, RVR 60).

40 S. Juan 1:15, 29-34; 3:22-36.

41 S. Mateo. 3:11, 13-15; S. Juan 1:26, 27.

42 S. Mateo 3:13 al 15 dice que Jesús quiso ser bautizado “para cumplir toda justicia”, frase enigmática que significa, sin duda, para “cumplir todo lo que Dios quiera” (NBE); es decir, “para realizar el plan divino”. Sobre el sentido a la vez ejemplar y solidario del bautismo de Jesús, véase la nota a S. Mateo 3:15 de la TOB (*Traduction oecumenique de la Bible, Nouveau Testament*, París, 1986) y Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 85-88.

43 La palabra griega de la que procede el término “bautizar” significaba, simplemente, “sumergir en el agua” (Homero, *Odisea* 9:392; Esquilo, *Prometeo* 863), sea un cuerpo para bañarlo (Menandro, *Fragmento* 363:4), sea la ropa para lavarla o teñirla (Josefo, *Guerra*, 4:563; *Antigüedades* 3:102), o cualquier otro objeto para hundirlo (*Guerra* 3:368). El bautismo consistía en la inmersión total del catecúmeno bajo el agua. Juan bautizaba en Enón, cerca de Salim, “porque había allí abundancia de agua” (S. Juan 3:23, NRV). El rito del bautismo solo cobra su pleno significado cuando es por inmersión. Y así se echa de ver en algunas versiones católicas del Nuevo Testamento, como es el caso de la *Nueva Biblia Española*: “Habéis olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos vinculándonos al Mesías Jesús, nos bautizaron vinculándonos a su muerte? Luego, aquella *inmersión* que nos vinculaba a su muerte nos sepultó con él, para que, así como Cristo

fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una vida nueva. Además, si hemos quedado incorporados a él por una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo estaremos por una resurrección semejante” (Romanos 6:3-5, NBE; la cursiva es nuestra).

44 S. Mateo 3:16, 17; S. Marcos 1:9-11; S. Lucas 3:21, 22; S. Juan 1:29-34.

45 Los tres evangelios sinópticos coinciden en decir que, inmediatamente después de su bautismo, Jesús se retiró al desierto (S. Mateo 4:1; S. Marcos 1:12; S. Lucas 4:1). La búsqueda de Jesús por algunos discípulos del Bautista está atestiguada en S. Juan 1:35-42.

CAPÍTULO 1

EN LA NOCHE

La débil claridad de la Luna⁴⁶ todavía iluminaba las desiertas calles. Enfundado en su capa, avanzaba con cautela para evitar cruzarse con alguien. La vida en la gran ciudad le había enseñado a desconfiar de las sombras. Sin embargo, prefería el riesgo de la oscuridad a que alguien descubriera con quién iba a encontrarse aquella noche. Solo su impaciencia era más fuerte que sus temores.

La actuación de un extraño forastero durante las fiestas de la Pascua le había causado una tremenda impresión. Necesitaba imperiosamente indagar quién era aquel desconocido que se había atrevido a expulsar a los mercaderes del Templo con tanta valentía.⁴⁷ En su búsqueda, había escuchado a muchos maestros, pero nunca había oído a nadie como Jesús.

Lo fascinaba, y lo desconcertaba, su peculiar estilo. En su mensaje no se percibía el sello distintivo de ninguna secta, ni las consignas de ningún partido. No había conocido a nadie con una personalidad tan independiente. Ni tan convincente. Cuando exponía un tema, hasta lo más complejo parecía fácil. ¿De dónde sacaba recursos tan profundos, y a la vez tan simples? Como profesional, le intrigaba el secreto de su técnica.⁴⁸

Aunque lo que más lo atraía era su magnetismo espiritual. A su lado, todos los guías religiosos que conocía, incluyéndose él mismo, resultaban superficiales, incompetentes, huecos.

Como alumno aventajado de las escuelas rabínicas, Nicodemo había pasado mucho tiempo preparándose para ser doctor de la Ley.⁴⁹ Llegado ahora a la

cima dentro del poderoso grupo de los fariseos, reputado por su dominio de las Escrituras, miembro del Gran Consejo y contado entre los jefes de la nación, difícilmente podía aspirar a subir más alto.

Su posición, sin embargo, no le aportaba la satisfacción esperada. Su situación y la de su pueblo le producían un insoportable malestar. Se consideraba un intelectual abierto. Incluso el nombre que usaba: “La Victoria para el Pueblo”,⁵⁰ revelaba sus inquietudes y el cariz de su formación. Ahora bien, había en su vida algo que no llegaba a ver claro. Parecía faltarle una dimensión. Pero no podía hablar abiertamente de sus sentimientos casi con nadie.

Descontento por la trayectoria de los dirigentes de Israel, intuía en Jesús el talante del reformador que el país necesitaba. Este hombre parecía tener lo que él buscaba para realizarse plenamente, como líder y como persona. Necesitaba saber más de él. Quería averiguar quién era y qué se proponía.

Con todo, acercarse a Jesús era muy comprometido; al hacerlo, arriesgaba su reputación. Algunos de sus amigos también admiraban la actividad del Galileo, pero tampoco se atrevían a decirlo.⁵¹ El nuevo maestro no había caído bien en las altas esferas del poder. Era mejor, de momento, no dejarse ver en su compañía.

Para evitar que su consulta parezca demasiado personal, la hará en nombre del grupo que comparte sus ideas.

Llegado al lugar de su cita, sus aprensiones se esfuman al encontrarse inmerso en un clima de absoluta confianza. El carpintero de Nazaret tiene, al margen y por encima del doctorado oficial, una capacitación superior, que impulsa a Nicodemo a saludarlo con el título de Rabí y a presentarse ante él como quien consulta a un maestro.

La esencia de su conversación, sin duda muy densa, ocupa en el Evangelio de Juan apenas una página.⁵² Detrás de lo que el texto transmite y los personajes dicen, podemos descubrir, entre líneas, lo que no está escrito pero nos gustaría saber...

Nicodemo no sabe cómo empezar. La denuncia de Jesús contra el mercado del Templo no es la de un agitador. Ningún político se hubiese atrevido a tanto. Su actitud es la de un enviado de Dios. Pero ¿en calidad de qué?

—Maestro, sabemos que vienes de Dios, pues nadie podría hacer lo que tú haces si Dios no estuviese con él de un modo muy especial.⁵³

De haber sido Jesús el fundador de una nueva escuela, lo hubiera halagado recibir el homenaje que le tributaba uno de los principales personajes de Jerusalén, y sin duda se hubiera esforzado por asegurarse tan importante seguidor. Pero a Jesús le interesaba más despertar conciencias que ganar adeptos. Puesto que Nicodemo se presenta como discípulo, él va a actuar como maestro. Y su primera lección no será la que el alumno pide, sino la que necesita.⁵⁴

Nicodemo ha venido hasta Jesús porque espera la venida del Mesías, y con ella, la reforma que haga reinar a Israel sobre el resto del mundo. Cree que el nacimiento del nuevo orden es responsabilidad humana, y quiere saber cómo acelerar su llegada.⁵⁵ Jesús, saliendo al encuentro de sus ideas, le dice sin más preámbulos:

—Si quieres de verdad ver el Reino de Dios, tienes que nacer de nuevo. Para que tu mundo cambie, tienes que empezar a cambiar tú.

Nicodemo queda desconcertado. No entiende lo que Jesús quiere decirle. Que deben enmendarse muchas cosas para que el mundo sea mejor, está claro; precisamente, lo que él quiere es un gran cambio. Pero no ve ninguna relación entre la renovación

deseada y una modificación de su propia manera de ser. ¿Volver a empezar, nacer otra vez, nacer de arriba?⁵⁶ ¿Qué quiere decir el misterioso maestro?

La idea de renacer le choca. Una transformación absoluta, radical por su parte, le parece no solo imposible sino innecesaria. De este Nicodemo honrado, sincero, religioso, ¿no se puede recuperar nada?

¿Es, acaso, posible romper totalmente con el pasado y comenzar otro camino, con mejores supuestos? ¿Podía él llegar a ser otra persona, con otros ideales, otras metas, muy superiores a los que ya tenía?

Si entiende bien a Jesús, debe poner en entredicho hasta los criterios que considera más seguros e intocables: sus convicciones religiosas. ¿Querrá eso decir que el seguimiento –incluso tan riguroso como el suyo– de su religión no basta para introducirlo en el “Reino de Dios”?

Como fariseo, piensa que el hombre puede salvarse por su propio esfuerzo, mediante el cumplimiento de las leyes divinas.⁵⁷ Afirmar que no se halla en condiciones de entrar en el Reino de Dios cuando ya se creía en él; que necesita una existencia perfectamente nueva, y no nuevas prácticas de perfección; en fin, que se encuentra en un estado espiritual embrionario, cuando imaginaba haber alcanzado ya una respetable madurez, ¿no es excesivo?

Nicodemo no entiende el planteamiento de Jesús. Su propuesta le parece utópica. Cada uno es hijo de su pasado; de un ambiente familiar y social, de unas circunstancias y de unas vivencias únicas e irrepetibles, que lo condicionan en gran medida. Nadie puede prescindir de su historia y pretender realizarse rompiendo con todo y empezando de cero.

Pero Jesús insiste. Aun la mejor herencia y la mejor educación religiosa no garantizan la entrada en esa esfera de realidad llamada “Reino de Dios”. Porque se trata, sencillamente, de consentir que Dios reine

plenamente en nosotros.⁵⁸ Y estamos tan lejos de permitírselo, que acceder a ello equivale realmente a nacer de nuevo.

Nacer de arriba es comenzar a vivir plenamente. Porque los seres humanos estamos marcados por la finitud y no nacemos totalmente vivos. Desde que llegamos a la vida, llevamos en el fondo de nuestro ser un germen de muerte. Nacer de arriba es alcanzar la plenitud humana, al recuperar la dimensión espiritual que habíamos perdido. Es liberarnos del tupido cascarón que nos envuelve haciéndonos creer que este mundo que nos rodea es la única realidad. Es abrir los ojos a la luz de otra existencia, más verdadera. Es descubrir que al conectarnos a Dios, hasta los límites de nuestra vida pueden ser trascendidos.

El sentido común de Nicodemo siente vértigo ante lo que empieza a intuir. Pero le cuesta admitir su desorientación, y abandonar sus puntos de vista. La aclaración que pide suena entre ingenua e irónica:

—¿Cómo puede alguien nacer cuando ya es viejo?

—¿Lo era él? ¿O consideraba que, aun sin serlo, era demasiado tarde para volver a empezar?

Sin embargo, sus objeciones no manifiestan necesariamente torpeza ni mala voluntad. Son propias de alguien que, sabiéndose involucrado, quiere ir hasta el fondo de la cuestión. Su formación y su inercia lo empujan, antes de abandonar sus posiciones, a verificar la solidez de un terreno en el que no le resulta fácil entrar.

Nicodemo no entiende, a partir de sus categorías humanas, cómo Dios puede cambiar al hombre respetando su libertad. La lección nocturna de Jesús va a mostrarle que la idea de nacer otra vez es menos absurda que la de tratar de salvarse mediante sus propias fuerzas. Que tenemos infinitamente más garantías de éxito si, en lugar de construir nuestra vida a partir de nuestros ideales y recursos huma-

nos, la realizamos a partir del ideal y con la fuerza de “arriba”. Porque Dios no exige lo imposible, sino que propone lo inimaginable.

El nuevo nacimiento no es algo que se nos pide, sino algo que se nos da. Porque nadie puede darse nacimiento a sí mismo. Para nacer se depende siempre de otros. La experiencia del nuevo nacimiento se parece al parto físico hasta en el hecho de que rara vez suele ocurrir sin dolor. En realidad, no existe ningún verdadero *self-made man*. El hombre es incapaz de reconstruirse sin ayuda exterior. Para iniciar una vida realmente nueva, resulta imprescindible que antes cada ser humano tome conciencia de su necesidad de ayuda.

Ante la perplejidad de Nicodemo, Jesús le repite lo mismo con otras palabras: se trata de “nacer de agua y del Espíritu”. Para un doctor en Sagrada Escritura, la mención de esos elementos primordiales (en hebreo la misma palabra designa el aire, el viento, el soplo vital y el espíritu) era una alusión clara a los principios de la Creación.⁵⁹ El nuevo nacimiento es una nueva creación. Dicho de otro modo: no se trata de un acto humano, sino de una intervención divina.

Jesús le explica que en el hombre se dan dos niveles de existencia: uno carnal y otro espiritual. Cada uno transmite la vida que posee. La carne transmite la débil condición humana; el espíritu, la fuerza de Dios.

Las aspiraciones humanas suelen quedar, aun con la mejor voluntad, al nivel del bienestar económico, la satisfacción familiar o el prestigio personal. A este nivel, el hombre nunca conseguirá llevar a cabo el proyecto total que Dios tiene para él, ni vencerá la debilidad innata a su naturaleza: “Lo que es nacido de la carne, es carnal; solo puede ser espiritual lo que nace del espíritu”.⁶⁰ El hombre solo puede vencer su impotencia espiritual con el poder divino.

El nuevo nacimiento supone entrar en una nueva realidad, cuyo centro no está en el hombre. Pasar de una vida dependiente, restringida y acotada en el seno de lo humano a una vida propia, libre y abierta a todas las posibilidades del Ser. Pasar de una existencia antropocéntrica (centrada en el hombre) a una existencia teocéntrica (centrada en Dios). Pasar de una realidad condenada a la muerte a una realidad abocada a la Vida.

Sorprendido por el lenguaje de Jesús, Nicodemo se pregunta cómo es posible ese cambio. Con un leve asomo de ironía, Jesús lo ayuda a entrever que es preciso buscar la noción de la vida nueva fuera de los límites de su propia formación religiosa:

–¿Tú eres profesor de Teología y no lo sabes?

Nicodemo sabía mucho; la religión era su especialidad. Se movía en un mundo de argumentaciones teológicas en el que se destacaba como erudito. Pero, aparentemente, ignoraba algo muy elemental. No había aprendido todavía que la vida espiritual no depende de nuestros conocimientos acerca de Dios, sino de nuestra relación concreta con él.

–No te extrañe –prosigue Jesús– que insista en hablarte de volver a nacer sin esperar a que llegues a entenderme. El Espíritu es como el viento; sus efectos se notan sin que sea necesario comprender los mecanismos de su funcionamiento.

Al renacer espiritualmente, hombres violentos se convierten en defensores de la paz. Seres bloqueados por el odio son capaces de perdonar. Egoístas profundos se entregan a las más generosas empresas... No importa no saber razonar el proceso de la regeneración. Lo que importa es que se produzca. Y para ello, lo único imprescindible –aunque no suficiente– es el consentimiento de nuestra voluntad; el resto lo trae la poderosa energía de la gracia. No se puede precisar cómo surge. Ahora bien, en un momento dado, irrumpen en nuestra vida y la transforma. El nuevo

nacimiento no se explica: se experimenta. Y no una vez por todas, sino cada día.⁶¹

Nicodemo descubre, por fin, el limitado alcance de sus conocimientos. Ha intentado comprender desde su marco de referencia, pero la creatividad divina no se puede encerrar en ningún credo. La falla, sin embargo, no radica en sus fuentes, sino en su interpretación, ya que todo el Antiguo Testamento es una continua lección de la increíble iniciativa del amor divino. Pero así como al materialista le cuesta concebir realidades distintas de las materiales, al legalista le cuesta entender que exista algún tipo de relación con Dios distinto del cumplimiento de unas normas. Nicodemo sigue perplejo.

En el resto del diálogo, el fariseo se mantiene a la defensiva y se limita a hacer preguntas que manifiestan su confusión.

–¿Cómo puede ser eso?

Estas serán las últimas palabras registradas de su conversación de aquella noche. A partir de ahí, Nicodemo se sume en el silencio y escucha, sin interrumpir, a un singular confidente que comparte con él la seguridad de sus convicciones:⁶²

–Nosotros hablamos porque sabemos.

Nicodemo se basa en tradiciones y teorías; Jesús sabe por experiencia. El fariseo conoce la letra; Jesús vive el espíritu. El doctor busca todavía la luz que ya están propagando unos simples aldeanos de Galilea.

Una luz que rompe todos sus esquemas, empezando por sus expectativas mesiánicas. Él espera un Mesías que reine sobre Israel. Pero Dios ha previsto reinar sobre la humanidad entera. Su enviado será Rey de todos los que quieran nacer a la vida sin fin, en el Reino del amor sin fronteras.

–Porque Dios ama de tal manera al mundo que le ha dado a su Hijo.[63](#)

Si Dios ama sin barreras y desea la felicidad sin medidas, su objetivo al enviar al Mesías no puede ser el juicio, como el grupo de Nicodemo esperaba.[64](#) El juicio será la última consecuencia de la libertad humana. La misión del Hijo es llevar a la vida. Ahora y siempre. No destruir a algunos y salvar a otros, sino traer esperanza para todos.

Y como no quiere súbditos forzados, su Reino no se impondrá por el poder de la fuerza, sino por la persuasión del amor. El hombre, herido de muerte en el fondo transcendente de su ser, obtendrá acceso a la nueva vida como quien es curado de una herida mortal.

–Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado, para que todos los que creen en él tengan vida eterna.[65](#)

Jesús responde finalmente a la gran pregunta que Nicodemo no llega a formular:

–¿Qué hacer para alcanzar esa vida? ¿Cómo nacer otra vez?

Al apartarnos de Dios, sola fuente de vida, los seres humanos nos hemos condenado a muerte. Nuestra única posibilidad de sobrevivir es conectar nuestra finitud con la eternidad. Nuestro destino depende de la aceptación o la ruptura. Acceder a la luz de la vida o alejarse hacia las tinieblas de la nada. En ciertos partos amenazados de muerte, la única opción es una intervención quirúrgica. Del mismo modo, nosotros solo podemos ver la luz mediante la intervención del Cirujano “de arriba”. Solución radical, pero en aceptarla reside nuestra salvación.

–El que busca la verdad se acerca a la Luz...[66](#)

Con estas palabras de esperanza resonando en sus oídos, se marcha Nicodemo. El inquieto intelectual ha encontrado más que un maestro. Sin embargo, aunque se va marcado para siempre por su mensaje desconcertante, le costará mucho tiempo reaccionar a su invitación. Hay nacimientos espirituales muy rápidos, y gestaciones increíblemente largas.

Nicodemo es el discípulo de la noche, el seguidor de las sombras. El que quisiera ser, pero no parecerlo. El que duda, no por falta de convicción, sino por falta de valor. El hombre del qué dirán y de la cautela. Que admira, pero que no se atreve a pronunciarse, corriendo hasta el final el riesgo de no salir del grupo de los tibios; a quienes, según la metáfora bíblica, Dios vomita de su boca.⁶⁷ El que tiene miedo a comprometerse, porque sabe cuán difícil es remar contra la corriente. Que desea cambiar, pero no llega a romper la cáscara fosilizada de su yo.

Habiendo podido ser desde aquella noche un hombre nuevo al servicio del evangelio, seguirá al servicio de la vieja ley, como simple jurista.

Solo tres años después, cuando el alto clero resuelva acabar de una vez con el revolucionario predicador, Nicodemo se atreverá por fin a arriesgarse en su defensa.⁶⁸

Así, cuando ese seguidor de la última hora se decida a tomar públicamente posición por Jesús, este ya habrá sido ejecutado.⁶⁹

Abriéndose paso entre las sombras, en el horizonte indeciso de su vida, la luz recibida en su entrevista secreta iluminará la cruz del Calvario y le recordará la enigmática referencia al madero, levantado entre la tierra y el cielo para salvación de los hombres. Movido por esa inspiración, se pronunciará por el Crucificado cuando sus propios discípulos huyen, aterrados e incrédulos. Desafiando a los jefes y los colegas a quienes siempre temió, les pedirá hacerse cargo del cuerpo de Jesús; y como último homenaje a quien

siguió únicamente de lejos, cubrirá de perfumes las heridas que su propia cobardía también contribuyó a abrir... Paradójicamente, solo entonces empezará a renacer a esa nueva realidad en la que le había costado tanto creer.

46 El Evangelio de Juan (3:17) sitúa este episodio justo después de la primera Pascua del ministerio público de Jesús (2:13-23). Como la fiesta comenzaba con el plenilunio de primavera (el día 14 del mes lunar) y duraba siete días (Éxodo 12:1-28), la entrevista debió de tener lugar al final de los días de los panes ázimos o poco después, es decir, en cuarto menguante.

47 S. Juan 2:13-22.

48 La enseñanza rabínica se basaba en la fidelidad a la autoridad de la tradición, que se recogía en lo que más tarde se llamaría la Misná (interpretaciones orales de las leyes de la Torah, compiladas en el siglo II d. C.) y el Talmud (comentario de la Misná convertido en el código civil y religioso de la comunidad de Israel, véase la página 12 de *Encuentros*). El rabí José ben Judá reprende a los que querían forzarlo “a decir algo que no hubiese oído decir a sus maestros” (*Sukka* 27 b); y se dice del rabí Yohanan ben Zakkai que “no dijo jamás en su vida nada que no hubiese oído decir a su maestro” (*Sukka* 28 a). Las interpretaciones rabínicas contenidas en la Misná y en el Talmud suelen comenzar del modo siguiente: “Ha sido dicho que Rabí [R.] Isaac ben José dijo en nombre de R. Yohanan, que la tradición a retener es la que R. Juda ben Ahad hijo de R. Huna dijo en nombre de R. Sheshet...” (*Baba Mesi*ª 33 a). Podemos imaginar el impacto producido por la predicación de Jesús, en un medio en el que se decía que “el que interpreta la Torah de una manera diferente de la tradicional (*halakah*) sea maldito” (*Sanhedrin* 99 a) y que “el verdadero maestro es el que no se da ningún crédito a sí mismo” (*Abot* 6). Jesús sorprendía, entre otras cosas, “porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas” (S. Mateo 7:29 BJ; S. Marcos 1:22). Hasta los alguaciles enviados a prenderlo regresan sin atreverse a ello, alegando: “Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre” (S. Juan 7:46, BJ).

49 S. Juan 3:1. “Al término de prolongados estudios, a la edad de cuarenta años, el estudioso era ordenado escriba, lo cual le confería autoridad en las decisiones jurídicas, especialmente en el Sanedrín, donde le correspondía un puesto por derecho” (Xavier Léon Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 200).

50 *Nikódemos* es un nombre griego formado de *Níke*, que significa “victoria”, y *démōs*, “pueblo”. El nombre revela tanto una gran apertura de espíritu como una clara tendencia nacionalista, ya que los judíos estrictos utilizaban nombres hebreos, de preferencia teóforos.

51 S. Juan 2:23.

52 S. Juan 3:1-21.

53 S. Juan 3:2.

54 El problema espiritual de Nicodemo aflora ya en su “Sábemos”. Se sentía muy seguro de su cultura religiosa; pero sabía menos de lo que creía saber (William G. Johnsson, *Contemplemos su gloria*, Coral Gables (Florida), APIA, 1989, p. 320).

55 El levantamiento judío contra los romanos en los años 66-70 d.C. fue desencadenado por un movimiento de resistencia encabezado por la juventud intelectual farisea y zelote (Josefo, *Guerra*, 2:117 y ss.), convencida de que “Dios solo apoyaría esta empresa a condición de que el hombre colaborase activamente en ella, y si los partidarios de esa gran causa no la abandonaban fatigados en el empeño” (*Antigüedades* 18:5).

56 La palabra *ánothen* usada en el texto griego significa todo eso a la vez, mientras que la expresión “nacer de abajo” se refería al nacimiento natural.

57 El centro de la teología de los fariseos era la convicción de que la observancia de la Ley es el único camino de salvación, tanto a nivel personal como nacional. “Grande es la Torah que da a los que la practican vida en este mundo y en el venidero”. “La Torah es vida [...] El que se apropiá sus palabras se apropiá del mundo venidero” (*Abot* 6:7; 2:8). Hasta la venida del Mesías dependía del cumplimiento de la Ley por parte de Israel: “Si Israel observase perfectamente la Ley un solo día, el hijo de David vendría inmediatamente” (*j Ta'anit* 64 a). La observancia requerida incluía, además de las leyes bíblicas, las añadidas por la tradición: “Graves son las palabras de los sabios; transgredirlas es más grave que transgredir las palabras de la Escritura” (*Midrash tannaítico sobre Deuteronomio* 17:11).

58 Por eso Jesús puede decir que “el reino de Dios ya está entre vosotros” (S. Lucas 17:21).

59 Génesis 1:1-3. Jesús alude, además, al simbolismo del bautismo. Detrás del signo visible (el agua) está el invisible (el Espíritu). La inmersión del creyente significa su muerte al pasado; y volver a tomar aliento al resurgir del agua simboliza que el soplo vital del Espíritu le infunde una vida nueva. Lo principal en este acto no es el rito del agua, sino la realidad espiritual que pone al hombre en comunión con Dios.

60 S. Juan 3:6, BDP.

[61](#) 1 Corintios 15:31; 2 Corintios 4:16.

[62](#) S. Juan 3:9-11.

[63](#) S. Juan 3:16.

[64](#) Según la profecía de Daniel 7, la misión del Mesías sería la liberación de Israel y el juicio de las naciones, empezando por Roma. Una descripción conocida del Juicio Final comienza del siguiente modo: “En aquel día, el único Santo, bendito sea, tomará el libro de la Ley, lo abrirá sobre su regazo y dirá: ‘Que todos los que tengan alguna obra que presentar vengan a recibir su recompensa’ [...] Primero vendrá el reino de Roma, porque es el mayor; y el único Santo, bendito sea, le preguntará: ‘¿Qué has hecho?’ El responderá: ‘Señor del universo: he construido muchos mercados, he erigido muchas termas, he acumulado plata y oro en abundancia; todo ello lo hice para que Israel pudiera dedicarse en paz a estudiar la Torah’. El único Santo, bendito sea, le responderá: ‘¡Pueblo insensato más que ningún otro en el mundo! Todo lo has hecho en tu propio beneficio; construiste mercados para alimentar tus prostíbulos; erigiste casas de baños para recrearte en tus placeres; en cuanto al oro y la plata, ambos me pertenecen’ ”. El juicio se termina con la destrucción de las naciones y la glorificación de Israel (^ *Aboda Zara* 2 a, b).

[65](#) S. Juan 3:14, 15; cf. Números 21:4-9.

[66](#) S. Juan 3:21.

[67](#) Apocalipsis 3:14-22.

[68](#) S. Juan 7:40-52.

[69](#) S. Juan 19:38-42

CAPÍTULO 2

JUNTO AL POZO⁷⁰

Es mediodía en Sicar.⁷¹ Momento de buscar los interiores umbríos tras las ventanas entornadas, y detener el tiempo. Por las calles vacías, hasta las sombras parecen refugiarse contra los muros, mientras el sol se venga sobre el polvo. Y el camino del pozo es una larga quemadura blanquecina de la que todos se apartan.

El pozo tiene sus horas: el amanecer, con el fresco del alba, y el atardecer, al declinar el calor. Entonces el sendero se llena de risas y cántaros morenos, que oscilan flotando entre cabelleras negras y velos blancos. Los mozos del pueblo, arracimados sobre los escalones de la plaza, siguen con la mirada, en la bajada del pozo, unas siluetas que solo se concretizan en el fondo de sus sueños. Saben que será más fácil saciar la sed de agua que la sed del encuentro. Pero en Sicar, a mediodía no sucede ni lo uno ni lo otro.

A esa hora, quien descansa o espera a pleno sol, resguardándose como puede contra el brocal, tiene que ser un extranjero.

Jesús ha cruzado una vez más la frontera de Samaria. Y la de los tabúes de su gente.⁷² Ha pasado a terreno hostil, a territorio de herejes. Y para ayudar a sus discípulos a vencer sus prejuicios, los ha enviado a comprar provisiones, mientras él espera.

Jesús sabe que judíos y samaritanos son enemigos ciegos, que rara vez se cruzan –sordos y mudos–, y que solo se encuentran en la tierra de nadie –¿o de todos?– de sus comunes rencores, polarizados en torno a la soberbia y las ruinas de dos santuarios rivales.⁷³

Por eso, cuando ella llega, sin decir nada, solamente acompañada de su sombra y de los destellos del sol que juegan en sus pulseras, él también guarda silencio.

Ella es “la Samaritana”. Nadie la conoce por otro nombre. A todos intriga su figura arrogante y solitaria, cada mediodía con su cántaro al hombro. Nadie sabe lo que esconde su mirada. Pero dicen que la Samaritana no es como todo el mundo. Hace cosas que nadie se atreve a hacer.

Este sudoroso desconocido es el único que se atreve a más que ella.

—Dame de beber.

¿Por qué le estará dirigiendo la palabra ese judío? ¿No le importa contaminarse al contacto de una mujer “inmunda”? ⁷⁴ ¿O acaso buscará otra cosa...?

Las palabras del forastero le parecen, de tan simples, sospechosas. Pedir agua junto al pozo es lo que suelen hacer los hombres cuando quieren hablar con una mujer. Casi todas las historias de amor empiezan, en Sicar, con un “Tengo sed”. La Samaritana se sabe el cuento de memoria. Se lo han contado, junto al pozo —o junto al lecho, ¿que importa?—, cinco o seis hombres con los que esperó hacer realidad sus sueños... cuando todavía era capaz de soñar.

Si este hombre pide agua, quizá quiera algo distinto. “Dame de beber” es una contraseña tan vieja como su pueblo. Cuando Abraham decidió casar a su hijo, envió a su siervo al pozo. Su estrategia era ya la misma:

—La mujer a quien le pida de beber y me diga que sí, esa será la elegida para ser la esposa de mi amo.

Así se conocieron Isaac y Rebeca. ⁷⁵

Hoy, sentado junto al pozo excavado por Jacob, el hijo de aquella famosa pareja, ⁷⁶ ¿estaré ese hombre

ofreciendo un nuevo futuro a la Samaritana? ¿Puede un pozo ser el punto de encuentro con el destino?

Pero entre Jesús y esta mujer hay un abismo de distancia. No viven en el mismo mundo. El mundo de ella tiene que ver con relaciones inestables y oscuras. Jesús va a traerle un encuentro decisivo a mediodía.

Tampoco hablan el mismo idioma. Ella, coqueta, juega con la conversación, hablando del agua como hablaría de la lluvia cuando llueve, o del buen tiempo cuando hace sol. Hablar por no callar.

Para Jesús, sin embargo, el interés de este encuentro se cifra, precisamente, en la distancia que los separa. Aparte de la sed que siente, sabe que pedir agua puede ser tan chocante como decir: "He venido a hablar de tu porvenir". ¿De qué otra manera podría interesar a una mujer como ella?

No es de extrañar que cuando Jesús le propone un agua mejor, la Samaritana piense en agua corriente, en un depósito, una fuente, un fregadero, y hasta en un cuarto de baño de mármol.

Sin embargo, el forastero no tiene aspecto de poder ofrecerle nada de eso.

Mientras la mujer se evade, sacando agua del fondo del pozo, Jesús le ofrece ya, extraída del fondo de su simpatía humana, otra agua más valiosa y refrescante.

—Si supieras qué agua te ofrezco, me la pedirías. Yo te hablo de agua viva, inagotable, que desborda todos los aljibes y que no se canaliza con ningún sistema. Fuente de vida, manantial de esperanza. Que vivifica el cuerpo y el espíritu, que limpia por fuera y por dentro.⁷⁷

Jesús no dispone de mucho tiempo. A lo lejos se escuchan ya los pasos de los discípulos, que regresan. Por eso, quema las etapas normales de una aproxi-

mación. Con una sutil distinción entre el agua corriente y el agua viva, demuestra que considera a la Samaritana capaz de seguir su reflexión espiritual. Para él, el agua no es un objeto; la mujer, tampoco.

Franqueando los prejuicios de toda jerarquización, Jesús pone al ser humano por encima de las barreras sociales, los tabúes religiosos, las exclusiones clásicas, las fronteras raciales y las diferencias de sexo. Al hacerlo, libera a la Teología de su último corsé. Para acabar con toda ambigüedad, se vuelve hacia la Samaritana y le dice:

—Llama a tu marido.

Es decir, define tu identidad, tu posición social. Trae a quien te da el nombre y la existencia legal.⁷⁸

Pero no tiene marido. Tuvo cinco, y ya no cree en el matrimonio. Cinco fracasos le han hecho perder la fe en los hombres. Ahora, al optar por la independencia, la Samaritana se margina. Se excluye. Es libre, pero está condenada a perder la seguridad.

Al aludir a su estado civil, Jesús no le hace un reproche ni estigmatiza su situación. Solamente pone en evidencia su marginalidad.⁷⁹ En realidad, la invita a ser ella misma, a estabilizar su vida, sin necesidad de ninguna otra cobertura social.

—Cinco maridos has tenido y ahora vives con quien puedes.

Sus palabras no rezuman ni siquiera indulgencia. Ni una palabra sobre adulterio o divorcio. Jesús hace una simple constatación.⁸⁰

—Cinco maridos. Cinco heridas mal cerradas. ¿Tantos desengaños has sufrido? No es de extrañar que, para no sufrir más, cada vez te comprometas menos. Cinco sueños enterrados, cinco desiertos donde plantaste cinco jardines. Y ahora ya no quieres más fracasos. Pero la sed sigue ahí. Si ya no crees en el

amor de un hombre, ¿no será por haber esperado un amor eterno?

La mujer empieza a comprender.

—Hablas como un profeta...

Perdida la seguridad en sí misma ante la clarividencia de su enigmático interlocutor, la Samaritana deja caer la máscara de su frivolidad, dejando entrever su corazón de niña herida.

—Yo no soy practicante, aunque siempre he deseado creer. Pero ¿creer en qué? Vosotros, los judíos, decís tener la verdad. Y vuestro Dios únicamente acepta ser adorado en vuestro templo. Los samaritanos dicen, al contrario, que a Dios se accede solo desde el Monte Gerizim...⁸¹

Esta mujer inteligente sabe que las religiones tienden a cifrar sus intereses en torno a sí mismas. Y que los religiosos se combaten entre sí con tanta virulencia no solo por fervor, sino también por fanatismo y por soberbia. Los religiosos son hombres.⁸² Y la Samaritana, que es mujer, los comprende bastante. Por eso plantea una cuestión que desvía la atención de su caso personal hacia un plano teológico, para satisfacer su curiosidad y evaluar, a la vez, a su interlocutor. Porque se ha dado cuenta de que Jesús es un hombre excepcionalmente interesante.

Jesús capta enseguida la maniobra. Y como sus convicciones no son ni judías ni samaritanas, le responde eludiendo las dos alternativas.

—Dios está fuera de nuestros sistemas y es ajeno a nuestras querellas de conventillo. Para encontrarlo, no necesitas ni peregrinar al Templo ni subir al Monte. Basta con que vayas hasta el fondo de tu ser.⁸³ La religión, sin el Amor en el centro, no es más que una cisterna vacía. Pretender adorar a Dios sin buscar el Espíritu y la verdad, no es creíble: es inútil. Por eso en tantos santuarios no se encuentra

más que polvo. No son más que museos amenazados de ruina. Solo el deseo de que Alguien que está por encima de todos los templos y de todas las montañas sacie nuestra sed, puede hacer que todo cambie, incluso nuestra fe.

La Samaritana suspira y dice:

—Algun día, Alguien vendrá y nos aclarará estas cosas.⁸⁴

Jesús responde:

—Ese momento ya ha llegado. Y ese Alguien que esperas está hablando contigo.

Se está produciendo la gran revelación: no a la heredera, sino a la extranjera. No a la beata, sino a la hereje. No a la perfecta, sino a la insatisfecha.

La Alianza se ofrece a la separada, a la marginada, a la sedienta.

Gracias a su descubrimiento, la Samaritana ya no buscará más agua en los mismos pozos. Junto al brocal, olvida su cántaro vacío. Jesús tampoco tiene ya sed. Un manantial insospechado ha empezado a brotar en un baldío. Su incipiente caudal es capaz de saciar a todo el mundo.

La mujer, en la plaza, convence a sus vecinos⁸⁵ de que encontrar Agua viva no es ya privilegio de nadie.

El pozo de Jacob se llamará, en adelante, la fuente de la Samaritana.⁸⁶

⁷⁰ Texto basado en S. Juan 4:4-26. La ambientación está inspirada en Jean Debruyne, *Jésus*, París, Desclée de Brouwer, 1986, pp. 121-136.

⁷¹ Sicar es, probablemente, la antigua Siquem, población situada entre los famosos montes Ebal y Garizim (o Gerizim). Destruida en el 128 a.C., fue reconstruida en época romana con el nombre de Flavia Neápolis, a poco más de un kilómetro de su emplazamiento primitivo.

72 La frase “tenía que pasar por Samaria” (S. Juan 4:4) utiliza la fórmula *déi* habitual en los evangelios para subrayar una acción deliberada, como parte de un plan preestablecido.

73 Deuteronomio 27:4 al 7 señalaba el Monte Ebal como lugar privilegiado de adoración en el nuevo país de Canaán. Pero apoyándose sobre las órdenes divinas registradas en Deuteronomio 11:29 y 27:12, que fijaban el Monte Gerizim como el Monte de las Bendiciones, los samaritanos santificaron este monte en lugar del Ebal. Para los judíos no había más templo que el de Jerusalén.

74 Entre los judíos de la época, se decía: “Hay dos pueblos que mi alma aborrece, y un tercero que no es ni pueblo: los habitantes de la montaña de Seir, los filisteos y el pueblo insensato que habita en Siquem” (Eclesiástico 50:25, 26). El contacto con los samaritanos era evitado tanto o más que con los paganos.

75 Génesis 24.

76 El pozo, llamado de Jacob, se encontraba en el campo legado por este a su hijo José (Génesis 33:18-20; 48:22).

77 El agua, emblema de la vida (Salmo 36:9, 10; 42:1, 2; 65:10-14) era ya un símbolo clásico de la salvación (Isaías 12:3; 44:3; 55:1-3). Dios se designa a sí mismo como “fuente de agua viva” (Jeremías 2:13; 17:13).

78 La posición social de la mujer dependía en gran medida del hombre. Una mujer no podía tomar ciertas iniciativas personales sin el consentimiento del marido (si estaba casada) o del padre (si era soltera), entre las que se contaban: pedir el divorcio, hacer un voto o tomar una decisión que comprometiera su vida religiosa (Números 30:4-16). Las mujeres y las hijas son mencionadas en las listas de los bienes del marido, junto con las casas, las tierras, los siervos, etcétera. Las hijas podían ser vendidas como esclavas, en algunas circunstancias (Éxodo 21:7-11), pero no podían ser destinadas a la prostitución (Levítico 19:29). Esposas e hijas heredaban del marido o del padre solamente en el caso de que no hubiera herederos varones. La única excepción conocida es la de la hija de Job (Job 42:15), pero Job no era israelita.

79 La legislación consuetudinaria limitaba el número de casamientos permitidos a la mujer a un máximo de tres. Todo intento adicional de matrimonio se consideraba ilegal (*Nidda* 64 a; *Yebamot* 64 b).

80 En realidad, todo lo que sabemos sobre la vida privada de esta mujer son meras conjeturas. Sus cinco maridos pudieron ser legítimos (fallecidos o divorciados). Jesús solo alude a una situación irregular en relación con el sexto.

81 Entre los años 108 y 129 a.C., el templo del Monte Gerizim fue destruido por Juan Hircano, pero se seguían realizando allí los sacrificios rituales.

82 El acceso al sacerdocio, así como a cualquier otra función religiosa pública, se hallaba reservado en exclusiva para los varones. Se requería, además, que los oficiantes no tuvieran ascendentes extranjeros, ni fueran bastardos (Deuteronomio 23:1, 2), ni tuvieran ningún defecto ni malformación (Levítico 21:16-24), ni sufrieran la menor enfermedad aparente (Levítico 22:1-9) ni deficiencia genital alguna (Deuteronomio 23:1). Todas estas exclusiones debían desaparecer en la nueva Alianza (Isaías 56:3-8; Gálatas 3:27-29).

83 Adorar a Dios en espíritu y en verdad es más una cuestión de actitud y de sinceridad que de estricta ortodoxia. Dios tiene en cuenta el conocimiento accesible a cada ser humano. La fidelidad a la conciencia y a la revelación recibida resulta más importante que la forma de culto practicada. Véase Romanos 2:12-16.

84 Según Deuteronomio 18:15-18, los samaritanos esperaban la venida de un mesías profeta “como Moisés”, llamado *Ta’eb* (“El que ha de venir”).

85 El pasaje siguiente (S. Juan 4:27-42) cuenta cómo, gracias a esta mujer, Jesús empezó su ministerio evangelizando Samaria. La Samaritana es, pues, la primera misionera cristiana de la historia.

86 El pozo de Jacob sigue existiendo hoy en día, conservado en la cripta de una iglesia de los Cruzados, edificada sobre las ruinas de un santuario bizantino del siglo IV.

CAPÍTULO 3

EN LA PLAYA

Ráfagas de lluvia azotaban los flancos del acantilado. Las olas rompían con fragor contra las rocas. A la luz de los relámpagos, las tumbas excavadas al borde del precipicio abrían sus negras bocas cual siniestras muecas.

El hombre se estremeció de frío. Había conseguido romper sus cadenas, pero estaba herido. En aquella caverna que le servía de refugio, sintió como nunca el dolor de su soledad.

¿Por qué estaba allí? ¿Lo sabía él, acaso? Allí lo había abandonado el azar de su turbulenta historia, como la resaca abandona sobre la playa los despojos de un naufragio.

Los recuerdos del corto –¿o largo?– camino entre su primera caída y este amargo final bullían febrilmente en su memoria, a punto de hacerla estallar. Ahora solo tenía clara una cosa: que no era dueño de sí mismo, que estaba prisionero de una trampa mortal. Ya no era la desesperación, ni la locura, sino algo peor... Estaba poseído. Endemoniado.

Hasta los suyos lo habían abandonado. Empujados por el miedo, lo habían sacado de la ciudad y encadenado en aquel infierno de cementerio. No para protegerlo, sino para protegerse de él.⁸⁷ Condenado a aquella vida. A aquella muerte. Para siempre.

El fragor de la tempestad lo hacía temblar. Presentía que su tormenta interior, mucho más que la otra, podía destruirlo.

Desde que un día oyó decir que un tal Jesús, al que llamaban “el Cristo”, cambiaba a la gente –sanaba a

los enfermos, limpiaba a los leprosos, daba vista a los ciegos y hasta liberaba a los posesos–, como fulgor de lejano relámpago una idea titilaba en lo más profundo de su alma, sin descanso:

–¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero ser libre!...

Pero algo interrumpe, de golpe, sus recuerdos. Ha dejado de llover. El viento ha cesado. Las nubes se apartan. Sobre el lago, súbitamente en calma, se reflejan, con tembloroso brillo de plata, los últimos rayos de la Luna.[88](#) A lo lejos se recorta la silueta de una barca que se acerca. Y el Gadareno se siente invadido por un ansia indefinible de paz.

El grito convulso de un compañero de infortunios desgarra el silencio de sus sueños y lo hace volver a su propia realidad.[89](#)

–Así soy yo: como él. Una piltrafa humana, que ya no inspira lástima, sino asco y miedo.

Su cuerpo desnudo estalla en un sollozo. Las heridas de las muñecas lo escuecen. Una calavera de ojos vacíos parece reírse de él con su carcajada de muerte. El Gadareno se deja caer sobre su desesperación: aquel desgraciado es su espejo, esa fosa común, su mundo. Y la calavera... su destino.

Amanece, un día más, sobre su agonía. Pero aquella barca que se acerca ejerce sobre su agotado cerebro una misteriosa fascinación. Y, sin saber cómo, va bajando, a su encuentro, hasta la playa.

El barco encalla. Un hombre joven, que no deja de mirarlo, le sonríe, salta a la orilla seguido de lejos por unos asustados muchachos y se dirige hacia él.

El corazón le da un vuelco. Ese hombre podría ser Jesús. Reuniendo sus últimas fuerzas, en un impulso libre, cuyo sentido apenas intuye, corre hacia él por la arena y se derrumba a sus pies.[90](#)

Oye unas voces de alerta y un rumor de pasos vigorosos que se alejan, seguido de un silencio expectante. El Gadarenos no se atreve a levantar los ojos del suelo creyendo haber ahuyentado al visitante, y perdido su ocasión.

Al incorporarse lentamente, escupiendo en la arena su despecho y su rabia, sus ojos tropiezan con el rostro resuelto, curtido por el sol y el viento, de Jesús, que sigue allí sin moverse, sosteniendo su mirada.

Y, sin quererlo, de su garganta sale un grito desgarrador:

—¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Altísimo? Te suplico por Dios que no me atormentes.[91](#)

Comportamiento desconcertante del ser humano que, en situación de desventaja, reacciona defendiéndose de quien lo quiere ayudar. El Gadarenos insiste:

—No te metas conmigo. Déjame solo.

Cuando el sufrimiento se hace insoportable, cuando el dolor del rechazo nubla la mente y uno solo llega a verse a sí mismo como “el loco del cementerio”, enfrentarse a los demás –sea a su desprecio o a su piedad– siempre resulta una tortura.

Sin embargo, quien ha hecho frente a la tempestad esa misma noche y tantas veces a Satanás en persona, no teme a los endemoniados. El Enviado de Aquel que creó al hombre a su semejanza no retrocede ni un paso ante un ser tan alejado de la imagen de su Creador. No solo no lo teme, sino también lo humaniza. Ignorando el aura satánica con que se rodea a los posesos, lo trata simplemente como a un hombre que sufre.

Tras sus palabras incontroladas y su gesto de repulsa, ahogado por la voz que lo rechaza, descubre un

grito de socorro. Y traduce su “Déjame solo” por un “Ayúdame”.

–¿Cómo te llamas?⁹²

Jesús quiere entrar en relación personal con el enfermo y busca su amistad. Su voz penetra como un rayo de esperanza en la mente extraviada del Gadarenos, que vagamente intuye estar ante quien puede librarlo de aquella situación.⁹³ Pero cuando sus labios se abren para dar su nombre, sale de ellos otro rugido siniestro:

–Me llamo Legión, porque somos muchos.

¿Por qué esa extraña respuesta? En aquella sociedad, saber el nombre de una persona era tener, de alguna manera, acceso a ella. Por eso, en los conjuros se creía imprescindible mencionar el nombre del demonio intruso para poder llevar a cabo su expulsión.⁹⁴ La negativa del Gadarenos a dar los nombres particulares de los espíritus que lo poseían, puede entenderse como una bravuconería encaminada a impedir el exorcismo, o como una confesión desesperada de la enorme dificultad técnica que suponía llevarlo a cabo, al ser prácticamente imposible conocer la identidad de cada componente de aquella tan arrogante como endiablada compañía.

Por otra parte, en aquellos tiempos, Palestina estaba ocupada por las legiones romanas. La palabra “legión” (precisamente en latín en el texto original), evocando la sumisión a un poder extranjero cuya superioridad aplastante lo hacía invencible, definía mejor que ninguna la situación del Gadarenos.

En cualquier caso, Jesús comprende lo que necesita aunque no lo pida. Con voz serena, llena de autoridad, ordena a la legión:

–Sal de este hombre y déjalo en paz.⁹⁵

Al leer este relato, me asombra constatar la diferencia que hay entre el Evangelio y lo que algunos han comprendido. De su formación religiosa, muchos han deducido que Dios solo trata al hombre según su comportamiento. Si hace méritos lo premia, y si no, lo castiga. Sin embargo, Jesús enseña que, independientemente de nuestra conducta, Dios no nos trata como merecemos, sino como necesitamos. De ahí que no siempre nos dé aquello que le pedimos.

Creo que solo empecé a vislumbrar quién es Dios realmente, en su relación con nosotros, cuando descubrí que se lo podía definir como el que “da vida a los muertos y llama a las cosas que no son como si fuesen”.⁹⁶ No sé si será posible encontrar una definición más bella.

Nosotros tenemos tan poca confianza unos en otros, nos amamos tan poco y tan mal, que aun a las personas que más queremos las definimos, para siempre, por sus carencias y por su pasado.

—Siempre serás el mismo... Siempre te sales con la tuya...

La forma de obrar de Jesús es muy distinta. Haciendo abstracción de sus errores, no valora al Gadarino por lo que es, sino por lo que puede llegar a ser mediante su poder. Para él, lo que define al poseído no es el hecho terrible de estar poseído. Esta es una circunstancia que no altera su valor porque liberado de ella, ese hombre es realmente otro.

El problema de los llamados “endemoniados” de la antigüedad resulta muy complejo. Es difícil determinar hasta qué punto algunos estaban realmente poseídos por el diablo. Al no disponer de conocimientos suficientes, cualquier síntoma inexplicable entonces, como los de la epilepsia o la malaria, era calificado de “posesión”.⁹⁷

Gadara, tierra semipagana, era un país de demonios. Jesús lo tiene en cuenta y, en vez de dar un curso

de Teología –de demonología o de antidemonología–, se adapta al nivel de sus interlocutores. Parte de sus ideas, aunque sea para combatirlas. Porque para él, lo principal no son las creencias sino las personas. Lo que le importa no es la naturaleza o la capacidad de interferencia de los demonios, sino que los hombres se liberen de ellos. Y de sus miedos.

Además, de acuerdo con el punto de vista bíblico según el cual el mal es siempre “diabólico”, se puede decir que toda persona dominada por alguna forma de mal está, en cierto modo, poseída. Por consiguiente, aunque casos de endemoniados como el que nos ocupa no se den comúnmente en nuestra sociedad, hay que reconocer que los “posesos” de un tipo u otro son más frecuentes entre nosotros de lo que a primera vista pudiera parecer.⁹⁸

Hoy es tan fácil o más que entonces ser víctima de espíritus tan devastadores como la violencia, la avaricia, la injusticia o la indiferencia. Y así hasta una legión. Espíritus inmundos⁹⁹ que nos empujan hacia lugares solitarios, o concurridos, según la ocasión, y que de una manera quizá menos aparatoso, o más sutil, también nos encadenan y nos arrastran al borde de otros abismos.

Espíritus malignos que, si en nuestro caso personal no llegan a ser legión, son sin duda más numerosos de lo que quisiéramos. Legiones infernales que están llevando a la destrucción a una multitud creciente de seres atormentados, caídos en las cunetas, o vagando a la deriva entre los precipicios y los cementerios de nuestras modernas Gadaras.

En realidad, todos sabemos lo que es estar poseídos por el mal en alguna de sus mil formas. Todos hemos sentido en nuestra carne el látigo de ese diabólico opresor, siempre al acecho, que nos derrota en tantos frentes. Quizás en un momento de lucidez –entre luchas, reincidencias y desánimos–, entrevemos un destello de esperanza. Pero cada vez que Alguien se acerca a la orilla de nuestra Gadara personal, siempre

nos encuentra como al Gadareno: un poco desnudos, un poco poseídos, mitad víctimas, mitad cómplices de algún tirano. Irritados en nuestro amor propio, proyectamos sobre él nuestro autorrechazo, y desde el fondo de nuestro malestar gritamos, también:

–¿Qué tengo yo que ver contigo? Déjame solo.

Quisiéramos ser libres por nosotros mismos. Por eso somos tan impotentes como el Gadareno.

Afortunadamente, un eterno entrometido ronda nuestras escabrosas costas, sigue atento nuestras luchas, sufre con nuestro sufrimiento. Y tan solo está esperando que se lo pidamos, aunque sea de un modo tan torpe y vacilante como el Gadareno, para acudir a ayudarnos.

“Venid a mí”, dice, “todos los que estás rendidos y abrumados, que yo os haré descansar”.[100](#) “Nadie que se acerque a mí, será rechazado”.[101](#)

Nada más irrumpir Jesús en la vida del poseso, se produce un milagro. La imagen siguiente del relato es la de un hombre tranquilo, vestido, sentado a los pies de su nuevo Maestro, escuchando sus palabras.[102](#)

Un ser nuevo. Transformado. Porque donde está Dios no caben opresiones. El nos acepta como somos, pero le importamos demasiado para dejarnos así. Y, en contra de lo que algunos piensan, no necesitamos ser “buenos” para que nos conceda su gracia. Lo que necesitamos es aceptar su gracia, para llegar a serlo.[103](#)

Hay en nosotros enormes posibilidades que ignoramos. El temible endemoniado de Gadara va a convertirse en el primer misionero cristiano de Decápolis. Nadie puede decir lo que podemos llegar a ser dentro de unos años, o dentro de unos minutos. Porque el poder de Dios solo tiene los límites que nosotros le ponemos, con nuestra resistencia o con lo que llama-

mos nuestra “libertad”, que a menudo es la inercia de nuestra esclavitud.

Un gran cambio nunca pasa inadvertido. Ni siquiera en el Gadareno. El relato cuenta, a propósito de esto, un detalle curioso. En la plataforma costera que dominaba la playa, estaba paciendo una piara de cerdos. Aunque para los judíos esos animales eran inmundos, algunos campesinos aprovechaban la demanda de la clientela pagana de la zona para dedicarse al negocio porcino. Como lo propio del diablo es hacer mal, para conseguir que la liberación del poseso redunde en detrimento de Jesús y provoque en contra de él la hostilidad de las gentes del país, la “legión” tiene la endiablada idea de lanzarse sobre los cerdos y precipitarlos al mar.¹⁰⁴

El relato no explica por qué Jesús consiente un desenlace tan económicamente trágico como insólitamente cómico... Quizás aprovecha esa espectacular zambullida para mostrar que, a pesar de que “en cada ser humano hay un cerdo que dormita”,¹⁰⁵ Jesús valora a la persona por encima de todas las demás consideraciones, especialmente las financieras. Así termina de poner las cosas en su sitio: al Gadareno consigo mismo, y a los demonios, ¡con los cerdos!¹⁰⁶ Pero entra en conflicto con los intereses creados. Cuando los porquerizos ven lo ocurrido con su piara, no le piden a Jesús que sane a los demás enfermos de la región, sino que se marche cuanto antes de sus contornos.¹⁰⁷ Los derechos económicos les interesan, de momento, más que los derechos humanos.

Reacción muy generalizada: cuando la creatividad divina empieza a irrumpir en nuestra vida y a transformarla, los que nos rodean lo notan. Sin embargo, no todos reaccionan bien. Por doloroso que resulte, lo habitual es que algunos reaccionen mal. Los gañanes prefieren seguir “apacentando cerdos”. Por eso ni nos admirán ni nos apoyan.

Cuando un alcohólico o un toxicómano obtiene la victoria sobre su dependencia, sus allegados saltan de alegría. Pero no sus ex proveedores ni sus antiguos contertulios, que seguirán insistiendo en ofrecerle una copa o una dosis.

Desgraciadamente, es muy lucrativo proveer pasto para seres humanos a quienes los oportunistas de este mundo rebajan con su actitud no ya al nivel de animales, sino a niveles infrahumanos o inhumanos. Pensemos, simplemente, en los fabulosos negocios que hay detrás de la droga o del tráfico de armas.

Lo peor es que todos corremos el riesgo de engrosar los grupos de apacentadores o de apacentados.

O nos liberamos del despilfarro consumista, o contribuimos a exagerar el enriquecimiento de los más ricos a expensas del empobrecimiento de los más pobres, y a precipitar el agotamiento y la contaminación del planeta a expensas de nuestra calidad de vida, o de nuestra supervivencia.

O nos liberamos de las cadenas de las dependencias de cualquier tipo, o contribuimos a que unos cuantos desaprensivos prosperen a expensas de nuestra salud o de nuestra dignidad.

O nos liberamos, o seguimos como hasta ahora. Pero en esta guerra, es difícil permanecer en “tierra de nadie”. De un lado está el Libertador, y del otro los que apacentan cerdos. Y entre ambos, los bien comidos, mejor vestidos y en su sano juicio, que se inhiben ante el clamor –a gritos o en silencio– de todos los posesos marginados por la misma sociedad que los ha producido.

El texto termina diciendo que al entrar Jesús en la barca para continuar su viaje, el Gadarenos le ruega que lo deje marcharse con él.[108](#) Es fácil imaginar sus sentimientos hacia quien acaba de devolverle la libertad y el equilibrio. Sin embargo, este le dice:

—Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales todo lo que ha hecho el Señor contigo, y cómo ha tenido compasión de ti.[109](#)

La respuesta parecería dura, si no conociésemos a Jesús y no supiéramos, por experiencia, que no siempre es posible seguirlo por el camino fácil. Todos preferimos apoyarnos en alguien que enfrentar solos la cruda realidad. Pero Jesús no tiene en este mundo torres de marfil. Prefiere la colaboración de quien se arriesga en el fango para sacar al otro de su miseria, que la seguridad impecable de quien se aísla para vivir mejor su santidad. Jesús predicó un estilo de vida fraternal y solidario que no se puede reducir a la dimensión vertical de nuestra relación con Dios, sino que incluye también, necesariamente, la dimensión horizontal de nuestra relación con los demás.

Con ese sentimiento de fraternidad, recién descubierto o apenas intuido, con aquella nueva fuerza que llenaba su ser, el Gadarenos echó a correr para no mirar atrás, para no llorar, para no gritar de gozo.

Ahora era un hombre libre. Sobre su noche y su tempestad, había amanecido un nuevo día. Ese Jesús que había irrumpido en su existencia aquella mañana, y que ahora se despedía desde la barca, seguiría siempre inspirando su vida. Porque estaba seguro de que aunque él hubiera sido el único loco, el único poseído del mundo, él habría venido a salvarlo.[110](#)

[87](#) S. Marcos 5:1-5. A los endemoniados se los recluía en los lugares que se consideraban morada preferente de los demonios, es decir, cementerios, ruinas (*Berakhot* 3 a, b), ciénagas, lugares de aguas putrefactas o peligrosas, profundas o bravías, muladares y letrinas (*Berakhot* 62 a), y lugares oscuros y tenebrosos, como los bosques (*Sanhedrin* 44 a). S. Lucas 8:26, 27 y 29 precisa que se trataba de un hombre de ciudad. Los sepulcros, desafectados o no, al estar excavados horizontalmente en la roca, podían servir de refugio a leprosos, locos, endemoniados y otros miserables, quienes se alojaban en las recámaras destinadas a los nichos funerarios. Esta forma de los sepulcros es la descrita por casi todos los tex-

tos del Nuevo Testamento (véase S. Juan 20:5, 6; S. Marcos 15:46; S. Mateo 27:66).

88 Los tres evangelios que cuentan el episodio lo sitúan a la mañana siguiente de la tormenta en el lago (S. Mateo 8:18, 23-27; S. Marcos 4:35-41; S. Lucas 8:22-25). Gadara era una pequeña población ubicada a unos diez kilómetros al sur de la desembocadura del Jordán, en la costa noreste del Mar de Galilea.

89 Marcos y Lucas –que no fueron de los Doce Apóstoles– hablan únicamente de un endemoniado. Pero Mateo, sin duda testigo ocular del acontecimiento, precisa que había dos (S. Mateo 8:28-34).

90 S. Marcos 5:6.

91 S. Marcos 5:7; S. Lucas 8:28.

92 S. Marcos 5:9; S. Lucas 8:30.

93 Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, Boise (Idaho), Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1984, p. 304.

94 La tradición ha recogido gran número de esos conjuros y ensalmos personalizados, como: "Ya encontré al demonio Bar Shirika Panda. En el campo de puerros lo venzo. Con una quijada de asno lo golpeo..." (*Shabbat* 67 a; ¹ *Aboda Zara* 30 b). O bien: "Descuartizado, destruido, maldito y desterrado seas, hijo del fango, hijo de lo inmundo, hijo del polvo, Shamgaz, Merigaz o Istemaah" (*Shabbat* 67 a). Otra fórmula empleada para alejar a cualquier demonio si se conocía su nombre era, por ejemplo gritar: "Ten cuidado, Shabrirí, Briri, Riri, Iri, Ri, I" (*Pesahim* 112 a). A medida que se acortaba el nombre, se iba reduciendo la influencia del diablo hasta hacerla desaparecer. La diablesa más famosa del folclore judío se llamaba Lilith, es decir, "Sombra de la Noche" (¹ *Erubin* 110 b).

95 S. Marcos 5:8.

96 Romanos 4:17.

97 La posesión era generalmente considerada resultado directo de la transgresión de alguna ley divina (*Sota* 3 a). Sobre la dificultad de distinguir entre posesión y enfermedad, basta ver S. Mateo 17:14 al 18, texto en el que se trata indistintamente de enfermo, lunático y endemoniado al mismo afectado.

98 Para convencerse de que el diablo nos "posee", basta, a veces, echar un vistazo en torno de nosotros (¿No dice Sartre, en *A puerta cerrada*, que "el infierno son los otros"?); o mirarse al espejo...

99 Inmundo, en el lenguaje bíblico, significa a la vez "contaminado" y "contaminante".

100 S. Mateo 11:28, NBE.

101 Juan 6:37. Si empiezas a darte cuenta de que hay cosas que te esclavizan y te impiden ser tú mismo, de que incluso

has llegado a amar tus cadenas, es que Alguien te está invitando ya a liberarte de ellas. Porque sabe que esos poderes que te dominan son, en el fondo, ajenos a ti, y, si túquieres, no serán más que un borroso recuerdo en tu existencia.

102 S. Marcos 5:15; S. Lucas 8:35.

103 S. Marcos 5:11-13; S. Lucas 8:31-34. Se creía que los malos espíritus atacaban a los animales tanto o más que a las personas. La rabia de los perros se atribuía exclusivamente a la posesión (*Yoma* 83 b).

104 Véase Elena de White, *El camino a Cristo*, 2^a ed., Madrid, Safeliz, 1991, p. 34.

105 Frase atribuida a Charles Monselet, *Larousse des citations françaises*, París, 1976, p. 673.

106 Esta idea se la debo a mi brillante ex alumno y querido colega Juan Ramón Junqueras.

107 S. Lucas 8:35-37; S. Marcos 5:14-17.

108 S. Marcos 5:18; S. Lucas 8:38.

109 S. Marcos 5:19, 20, NBE; S. Lucas 8:39.

110 Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 304, 305.

CAPÍTULO 4

EN LA PLAZA

Encogida sobre las losas del pavimento, jadeando como un animal acorralado, a medio vestir, la mujer temblaba. De miedo; o quizá también de frío y de vergüenza. En torno de ella veía cerrarse el grupo de los que la habían arrastrado hasta la plaza del Templo.[111](#) Un círculo de dedos acusadores, de codazos cómplices y de risas crueles.

¿Por qué la habían arrancado de su cama y la habían traído hasta allí? ¿Por qué esa traición repentina de quienes se llamaban sus amigos? ¿Y por qué llevaban piedras?

En su memoria se volcaban, como bocanadas amargas, los recuerdos de su vida echada a perder. El remordimiento de sus infidelidades. La repugnancia de haberse entregado a los caprichos de quienes no amaba. El rencor de saberse utilizada por quienes decían amarla. La herida abierta de tantas vejaciones. El repetido fracaso en sus intentos por escapar de aquel infierno.

Nadie había creído en sus nostalgias de pureza. Nadie le había dado una oportunidad. Entre todos, habían terminado de hundirla en aquel lodazal sin orillas, donde se debatía a solas sin poder salir...

En la incertidumbre de aquel momento, su vida desfilaba, vertiginosa, en su mente como una pesadilla. Todo había empezado con aquella rebeldía loca de su juventud, cuando cayó en la trampa de creer viables todos sus sueños. En su ignorancia, había sucumbido, como tantos jóvenes, a la eterna y banal atracción de lo prohibido. En la intensidad del placer había buscado nuevas sensaciones que la evadiesen de la insatisfacción de su vida. Nuevas emociones,

nuevos encuentros que llenasen su vacío interior. Y ahí estaban sus logros: nadie, nada, le había aportado nunca la felicidad anhelada...

Una voz disfrazada de santidad ofendida la acusaba, casi a gritos, para que todos la oyieran:

—Esta mujer acaba de ser sorprendida en el acto mismo de adulterio. Moisés, en la Ley, nos tiene mandado apedrear a las tales. Tú, ¿qué dices a esto?[112](#)

Las palabras le caían como latigazos y la hacían estremecer.

Apedreada.[113](#) ¿Iba a terminar así la grotesca ironía de su vida? Había buscado libertad, y solo había encontrado servidumbre. Había necesitado amor, y solo había conseguido sexo. Había querido amigos, y solo habían aparecido cómplices o verdugos. Había deseado, sobre todo, felicidad, y no había logrado más que acelerar su destrucción. Ese era el balance de su fracaso. ¡Si fuera posible borrar el pasado y acabar de una vez con aquella vida, o con la vida, a secas!

Fue entonces cuando descubrió ante quién la acusaban. Era un joven maestro al que había escuchado varias veces escondida entre el gentío. Un hombre diferente de todos, que predicaba el amor y el perdón. Lo llamaban Jesús de Nazaret. Atisbandó a través de sus cabellos, la mujer constató que, en medio de aquella jauría de ojos al acecho, él no la miraba. Hay momentos en que la mayor prueba de respeto hacia un ser humano consiste en no mirarlo. Todo el respeto del mundo se escondía, para ella, tras aquellos ojos bajos, fijos en el suelo. Los signos que escribía en el polvo se le antojaban a la mujer un admirable pretexto para no levantar la mirada hacia ella.

Pero ¿por qué guardaba silencio? ¿Se habría dado cuenta de las intenciones del complot? Porque, evidentemente, lo que movía a aquellos hombres a procesar a esa mujer no era ni su sentido de la moralidad

ni el respeto a la Ley. La acusada era un cebo para cazar al juez.

El odio de sus adversarios se disfrazaba de halago para conseguir sus fines y asegurarse mejor la venganza. Puesto que el nuevo maestro se erigía en abogado de los pecadores, lo empujaban ahora a pronunciarse como juez, para ver hasta dónde era capaz de llegar en un caso como este, para ellos tan delictivo como manifiesto. Se trataba, ante todo, de ponerlo en contradicción con la Ley de Moisés, su código de referencia irrefutable.

Si el joven predicador mantenía, como era de esperar, sus tesis de comprensión y misericordia, les resultaría fácil desenmascarar públicamente lo subversivo de su posición.¹¹⁴ Al negarse a apoyar el castigo reglamentario, su rechazo de los sagrados cánones sería tan flagrante que, con toda facilidad, podrían soliviantar contra él, por sacrílego e impío, no solo a las autoridades religiosas sino incluso a la opinión pública.

Si por alguna razón, improbable, consentía en la aplicación de la pena establecida, el resultado sería aún peor. Se pondría en contradicción evidente con sus propias enseñanzas sobre la compasión y el perdón. De este modo, no solo su predicación perdería toda credibilidad, sino además sería denunciado ante el Sanedrín y las autoridades romanas, por atreverse a pronunciar una sentencia de muerte sin estar legalmente autorizado a ello.¹¹⁵ Los acusados iban preparados para ejecutar la condena en el acto y atraparlo sin escapatoria posible.

La trampa estaba bien tendida. Jesús tenía que sospechar sus alternativas.

Si se negaba a pronunciarse,ería acusado de cobarde o de incoherente. Si, por el contrario, entraba en el conflicto jurídico al que lo estaban incitando sus oponentes y conseguía soslayar sus trampas, podía hacer recaer sobre ellos el daño que intentaban

causarle denunciándolos, a su vez, por ilegalidad. Según el código penal vigente, dos irregularidades flagrantes jugaban a su favor: primera, solo el marido burlado tenía potestad para denunciar la infidelidad de su mujer.¹¹⁶ Segunda, la ley exigía que tanto la adúltera como su amante fuesen apedreados juntos.¹¹⁷ Ambas razones le hubieran bastado para desenmascarar la venalidad e incompetencia de los acusadores, poniéndolos así en una situación muy embarazosa.

Pero Jesús prefirió renunciar a ese éxito fácil. Desplazando el asunto a otro nivel, se decantó por una opción mejor: en lugar de defender una idea, defendería a una persona.

Al juzgar a la mujer, los fariseos se situaban en posición de superioridad moral sobre ella. Pero como no tenían autoridad para acusarla, ni en nombre de la Ley ni en el de la virtud personal, le estaban dando pie a Jesús para pasar la cuestión del plano jurídico al moral, desde el cual podía, con relativa facilidad, sorprenderlos en falta y desconcertarlos sin necesidad de implicarse jurídicamente.

La Ley prescribía que, en un apedreamiento, los testigos del caso fuesen los primeros en aplicar la sentencia, seguidos de los demás voluntarios, a condición de que sobre ellos no hubiese sospecha de complicidad ni de haber cometido nunca el tipo de delito que se quería castigar.¹¹⁸ Así, dirigiéndose resueltamente a los más exaltados, les dijo:

—El que esté libre de faltas, que arroje contra ella la primera piedra.¹¹⁹

Y volviéndose a agachar, siguió escribiendo en el suelo.

Un molesto silencio se extendió por el grupo. La mujer, que se había encogido un momento, esperando el primer golpe, se relajaba ahora, como resignada a su suerte, deseando acabar cuanto antes

con su tortura. La tensión seguía aumentando. Irritados por el mutismo de Jesús, algunos hombres se acercaron a mirar lo que escribía. Y lo que vieron fue suficiente para hacerles soltar las piedras. Temblando, unos de rabia y de vergüenza por lo que había escrito, otros de miedo por lo que podría escribir, todos se apresuraron a desaparecer, dejando solos a la acusada y a su juez.

De este modo inesperado, sin oponerse a la autoridad de la Ley, sin enzarzarse en ninguna polémica jurídica, con unas simples palabras escritas en la arena, Jesús conseguía detener la maldad de aquellos hombres y salvar la vida de una mujer.

Cuando se enderezó por fin, ella lo miraba asombrada, sin saber qué esperar. El le tendió la mano, para ayudarla a levantarse, y le dijo, casi sonriendo:

—¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

Ella miró alrededor, deslumbrada por la luz matinal. Y no viendo más que piedras sobre el mármol,[120](#) en una plaza vacía, sin apenas creerlo respondió:

—Señor, ninguno.

Entonces Jesús le dijo las palabras más sorprendentes que había escuchado en su vida:

—Vete, y no peques más. Tampoco yo te condeno.[121](#)

Acostumbrada, por parte de los hombres, al trato de mujer objeto, desechada después del uso, y habituada a la malicia y a los celos de las mujeres, el “Vete” le sonaba más que familiar.

Lo de “No peques más” también lo había oído cientos de veces, en muy diversas formas, desde los continuos reproches de los suyos hasta los furibundos sermones de los sacerdotes. Pero “Yo no te condeno”,

¡eso no se lo habían dicho nunca! Tampoco, nadie, le había hablado jamás en aquel tono.

Por primera vez se encontraba ante alguien que no la juzgaba, ni la codiciaba ni la humillaba. Que se compadecía de sus errores, comprendía su lucha, creía en su arrepentimiento y la ayudaba a aceptar su perdón.

La voz de aquel hombre resonaba en sus oídos como música del cielo. Era como un bálsamo sobre sus heridas, como un llamado a la esperanza, como una promesa de salvación. En aquel momento supo que para ella empezaba una nueva vida. Envuelta en el fulgor de una plaza resplandeciente de blancura, se sentía transformada, liberada, pura, en paz con Dios. Feliz, por fin.

La mujer se alejó lentamente, sabiendo que volvería muy pronto y que ya nunca podría separarse de quien le había devuelto, en aquel singular encuentro, su dignidad y su honor.

Y así, sabiendo que todo ser humano necesita más amor del que merece, por el simple método de la comprensión y del respeto absoluto, Jesús descubría tesoros ocultos en corazones, algunos tan de saldo como los nuestros.

111 El Templo de Jerusalén empezó a ser reconstruido por Herodes el Grande en el año 19 a.C. (*Antigüedades* 15:2, 1), y las obras no terminaron del todo hasta los años 62-64 d.C. con el procurador Albino; es decir, poco antes de que fuese destruido por los romanos. Constaba del Santuario propiamente dicho y de un conjunto de edificios escalonados que cubrían unos 1.500 metros de perímetro. La escena que nos ocupa tiene lugar en el recinto de libre acceso llamado “atrio de los gentiles”, enorme explanada que servía de plaza pública y de lugar de cita de Jerusalén. Judíos y paganos iban allí a tratar sus asuntos como si fuese el foro. Estaba rodeado de pórticos bajo los que se paseaba la gente, y los doctores de la Ley, rodeados de sus discípulos, enseñaban o discutían entre sí (S. Mateo 26:55). Era también donde se vendían los animales para los sacrificios (S. Marcos 11:15) y se cambiaban las monedas para las ofrendas, ya que el Templo no

aceptaba más moneda que la suya (Giuseppe Ricciotti, *Vida de Jesucristo*, Barcelona, Luis Miricle, 1969, pp. 62-64).

112 S. Juan 8:4, 5. Así lo estipula, entre otros pasajes, Levítico 20:10.

113 Entre los delitos que podían ser castigados con la lapidación se contaban la blasfemia y el adulterio: Levítico 24:14; Deuteronomio 17:2-5; 2 Crónicas 24:20-22; *Sanhedrin* 7, 1, 4.

114 La predicación del amor por encima de la Ley fue, sin duda, el elemento más perturbador del mensaje de Jesús (*cf.* S. Mateo 5:38-48). Sobre todo, presentado como una superación de las exigencias de la Torah.

115 El Gran Sanedrín se reunía en el Templo dos veces por semana, presidido por el sumo sacerdote. Tenía poder para votar leyes, establecer el calendario litúrgico y regular la vida religiosa. Contaba con policía propia y podía condenar a muerte, pero en tiempos de Jesucristo no podía ejecutar la sentencia (Etienne Charpentier, *Para leer el Nuevo Testamento*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1984, p. 30).

116 El texto no dice que el denunciante fuese el marido, sino que fue delatada por un grupo de escribas y fariseos (S. Juan 8:3). En tiempos de Jesús, lo habitual en caso de infidelidad no era la lapidación sino el repudio (Deuteronomio 22:19, 29; *Ketubbot* 3, 5).

117 Esa imparcialidad de la pena, que no discriminaba a la mujer del hombre en el adulterio, estaba muy clara en la legislación bíblica (*cf.* Deuteronomio 22:22-24; Levítico 20:10). En esta ocasión, el cómplice desapareció, como en el caso de la casta Susana, según el relato deuteroanónico de Daniel 13:39.

118 Deuteronomio 17:7. Esta prioridad a los testigos fue incluso reforzada en el derecho consuetudinario (*b Sota* 47 b).

119 S. Juan 8:7.

120 La lapidación solo podía ser ejecutada fuera de la ciudad (Levítico 24:14; 2 Crónicas 24:20-22; S. Mateo 21:35). El que los acusadores fuesen provistos de piedras se comprende cuando se tiene en cuenta que el atrio de los gentiles, por el pórtico oriental (llamado “de Salomón”, S. Juan 10:23; Hechos 3:11; 5:12) da directamente sobre el torrente de Cedrón. La ciudad se termina allí mismo y, hasta hoy, junto al muro del Templo no existe más que un cementerio. Si tenemos en cuenta que el Templo en aquel momento llevaba en obras casi 46 años (S. Juan 2:20), las piedras podían haber sido tomadas allí mismo, de los materiales usados para los trabajos en curso.

121 En el Nuevo Testamento se utilizan diferentes términos griegos que nuestras Biblias traducen por “pecado”. Los más frecuentes son: *adikia* (22 veces), que significa “iniquidad”, en el sentido jurídico de falta contra la justicia; *parábasis*

(14 veces), que significa “transgresión”, normalmente referida a la violación de las leyes divinas; pero la mayoría de las veces (296) el término usado es *hamartía*. Esta palabra viene del verbo *hamartáno* (el que aparece en S. Juan 8:11) que significa “errar el blanco”, en los deportes (tiro al arco, jabalina, disco), en la caza o en la guerra, (Homero, *Iliada* 5:287; Esquilo, *Fragmento* 179); o también “desviarse”, “equivocarse de camino” (Aristófanes, *Pluto* 961); “fallar”, “no llegar al objetivo” (Sófocles, *Filocteto* 231); o “salirse”, “pasarse” (Homero, *Iliada* 11:522). En fin, el sentido de *hamartía* corresponde a “equivocarse” y “cometer una falta”, sea por torpeza o por ignorancia (Platón, *Leyes* 759). El vocablo contiene menos la idea de realizar un acto malvado que la de cometer un error.

La noción hebrea de pecado (*hét o ,avôn*) se refería, sobre todo, a la ruptura de la relación del hombre con Dios. Pecar era, ante todo, “ser infiel a la alianza, traicionar el amor o apartarse de la comunidad” (Xavier Léon Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 334).

CAPÍTULO 5

AL PIE DE UNA MONTAÑA

El pobre padre había acudido a todos los médicos y curanderos del país. Entre unos y otros habían acabado con su dinero; y con sus esperanzas. Todo lo que es capaz de hacer un padre por su hijo enfermo –y no tenía otro–, él lo había hecho ya.

Había probado todos los remedios, medicamentos, brebajes, pócimas, tratamientos, dietas y conjuros¹²² que le habían aconsejado. Pero su hijo no mejoraba.

Su vida se había detenido, por así decirlo, aquel día en que su pequeño empezó a retorcerse echando espumarajos, rechinando los dientes y quedándose rígido.¹²³ Desde entonces, la amenaza de la muerte volvía, a diario, a atormentarlo en cada ataque.

Al principio se había aferrado, con una fe que ni él mismo entendía, a cualquier brizna de esperanza, a cualquier insinuación.

—Yo conocí a alguien que me contó que, en tal lugar, un niño tenía algo parecido y...

El padre del Sordomudo, pues así lo apodaban en el pueblo –en realidad, nadie sabía lo que tenía el chico y los diagnósticos iban desde lunático hasta poseso—¹²⁴ lo había probado todo.

Como no podía resignarse a su impotencia ni a la de los demás, le parecía que mientras buscaba y probaba, postergaba la llegada de la última crisis.

Ni siquiera sus oraciones parecían servir. Ningún alivio le venía de ninguna parte. Sus allegados trataban de convencerlo de que no había más alternativa que renunciar.

—¿Qué le vas a hacer? No hay remedio. Tienes que hacerte a la idea. Es su destino.

Él, sin embargo, seguía rebelándose ante la idea de aceptar aquella realidad insoportable. Se había propuesto no descansar hasta llegar al final. Como entre tanto no le quedaba nada que perder, debía seguir probando. Si había solución, tenía que encontrarla. Y si no...

No. La vida no podía ser tan cruel, le había gritado a Dios una y otra vez. Tenía que haber alguna salida, alguien, en alguna parte, que pudiera hacer algo por su hijo.

Sus amigos se compadecían de él, pero no podían resolver su problema. La vida seguía para ellos. Para él, no. Porque aquello no era vida. El tendría que seguir luchando solo por su hijo, ante la impotencia de los hombres y el silencio de Dios.

Así, por si acaso, había llegado hasta el pie de aquella montaña, buscando a un tal Jesús de quien se comentaban cosas increíbles.

Pero Jesús no estaba. Y los discípulos que lo atendieron no pudieron hacer nada por él.[125](#)

Cuando finalmente Jesús llega, el padre del Sordomudo se halla tan desencantado que no le pide siquiera que sane a su hijo. Le expone –como a tantos otros, tantas veces– los síntomas de su enfermedad, y se limita a añadir:

—Señor, si puedes hacer algo, ten compasión y ayúdanos.

No deja de ser una dolorosa ironía que Jesús encontrara a sus discípulos discutiendo con los escribas, tan ocupados en dialogar como incapaces de ayudar. Sus profundos discursos –como los nuestros– sobre el escándalo del mal, la muerte de los inocentes o el sufrimiento de los niños, solo consiguen hacer más

patente la dificultad humana para luchar contra las injusticias del mundo, o simplemente para limitarlas.

Jesús se estremece ante aquel insopportable espectáculo: un niño que se revuelca de dolor, un padre al límite de la resistencia y un grupo de religiosos que teorizan la situación. Agachándose para proteger con sus brazos el cuerpo convulso del pequeño, dice, dirigiéndose al padre:

—Si puedes creer, todo es posible para el que cree.[126](#)

Frase tremenda que el atormentado padre no sabe si interpretar como un estímulo esperanzador: “No te preocupes, no tienes más que creer”, o como la más desmoralizadora de las respuestas: “Si no crees, no esperes nada”.

El hombre se siente tan vapuleado, tan desesperado, que no sabe cómo reaccionar. Para acabar con aquel infierno, ¿bastará con creer? Para salvar a su hijo, ¿podrá hacer algo su fe de padre? Movido por su dolor grita:

—¡Creo!

Pero no sabe lo que dice. Algunas palabras han perdido ya el sentido para él. Ha olvidado lo que significa creer. Y, demasiado sincero para pretender engañar a Jesús, rectifica su respuesta:

—Señor, quisiera creer, pero no puedo. No tengo fe. Ayúdame a creer.[127](#)

Esta confesión emociona por su franqueza. “Ven en auxilio de mi incredulidad”, o según otras versiones, “de mi poca fe”, significa: “Quisiera creer, pero hay algo en mí que me obliga a dudar. Por una parte, pienso: ‘Dios lo puede todo’. Por otra, me digo: ‘No puede ser’. Pero tú, por favor, haz como si creyera. Pese a mi falta de fe, ten en cuenta mi deseo de creer.”

Ayúdame, a pesar de que no esté seguro de que me vas a ayudar..."

¿Cuántas veces, al igual que a este hombre, nos ha ocurrido también no ver claros los límites de nuestra fe, no estar seguros de si creemos o no? ¿Cuántos no hemos pedido, alguna vez, como el padre del Sordomudo: Señor, ayúdame a creer?

Sin embargo, esta última confesión de impotencia en la que el hombre reconoce su absoluta incapacidad, incluso para esperar; ese último gesto de remitirse enteramente a Dios es, para este, la fe necesaria para que todo sea posible. Incluso el milagro.

En realidad, no darse por vencido ante el escándalo del sufrimiento, seguir buscando una solución contra el mal cuando nada se encuentra, luchar hasta el límite de las fuerzas, solo por amor, ¿no es eso *creer*? ¿No era ya la fe lo que había llevado al padre del Sordomudo hasta el pie de aquella montaña al encuentro de Jesús? ¿Será que la fe humana es siempre imperfecta, y que Dios no nos pide más que el deseo sincero de creer?

¿Qué es, en realidad, la fe?

Nosotros damos a esta palabra un sentido eminentemente religioso, pero en las lenguas bíblicas no existe una palabra específica para la fe religiosa. La palabra traducida por "fe" designa la confianza depositada en una persona, porque se la considera digna de ella. El diccionario define la fe como creencia, convicción y certeza.¹²⁸ El evangelio la usa en el sentido de "anticipo de lo que se espera, prueba de realidades que no se ven". O, según otras versiones, como "la confianza de recibir lo que esperamos, el convencimiento de que algo que no vemos es verdad".¹²⁹ Más confianza que creencia, más intuición que convicción, más adhesión que certeza. Quizás "adhesión" sea la palabra.¹³⁰

Porque adhesión implica compromiso y entrega, sin que se requiera comprensión total. Es posible confiar en alguien sin comprenderlo del todo. Uno puede ponerse de parte de Dios aun sin entender su silencio.

Así se comprende que Jesús pronunciara la frase: “Al que cree todo es posible”¹³¹; incluso para sí mismo. Puesto que el milagro es un privilegio divino, Jesús invita al padre del enfermo a confiar en Dios como él mismo confía. Porque esa confianza –es decir, la fe– hace posible lo imposible.

El padre del Sordomudo podía confiar en Jesús porque intuía que estaba incondicionalmente a su lado. Esa fe que sabe sin demostraciones, que se aferra sin ver, ese “instinto de Dios” era lo que necesitaba. No especialmente para que su hijo sanase, sino simplemente para ser capaz de combatir, soportar y trascender la realidad de su vida, incluso –y en particular– si su hijo no sanaba.

La indignación de Jesús contra “esta raza de incrédulos”¹³² se dirige menos al padre del enfermo que a sus propios discípulos. No por haber fracasado en la curación del niño, sino por haberla intentado por sí mismos. Su falta de experiencia real con Dios –es decir, su falta de fe– los había llevado a actuar como si su proximidad “profesional” con Jesús hubiera podido conferirles, por sí sola, algún poder que los hubiese convertido en sus ejecutivos oficiales, o en los agentes –a veces secretos– de su poder.

A pesar de ellos, Dios decide hacer un milagro, y en el acto el Sordomudo sana. Pero eso ocurre únicamente cuando su padre está dispuesto a aceptar la voluntad divina, sea cual fuere, sin exigir nada.

Al preguntar los discípulos por qué no pudieron realizar ellos la curación, Jesús les responde que solo es posible vencer ciertos problemas con “oración y ayuno”;¹³³ es decir, dependiendo totalmente de Dios.

De ahí que la experiencia del sufrimiento sea tan difícilmente soportable para quien cuenta únicamente con sus propias fuerzas. Solo aquel que cree puede mirar al sufrimiento cara a cara, sin cerrar los ojos, sin reducir su escándalo, sin resignarse y sin rebelarse contra la aparente inhibición divina. Porque sabe que Dios está con nosotros y nos ama hasta el punto de que ha venido al encuentro de nuestro dolor haciéndose hombre.

La fe verdadera está lejos de ser una actitud mental reconfortante. Es un acto de confianza absoluta en que Dios está de nuestra parte. Porque un hombre, en cuyo rostro hemos reconocido a Dios, ha compartido nuestra miseria, y la ha superado para siempre con una dosis de amor mayor que todo nuestro odio. Como profeta de la felicidad y garante de la Vida, sus milagros no son más que las arras de la veracidad de sus promesas y de su triunfo final.

Por ello, el creyente puede atisbar la vida, el bien y su triunfo definitivo por encima del sufrimiento y de la muerte. Sabe que frente al mal toda explicación humana es irrisoria, y que aquí y ahora solo se imponen la resistencia, la fraternidad y la esperanza. Para él, creer, aunque no resuelve el escándalo del mal, comporta una superación del problema en espera de su solución definitiva.

Desde esta perspectiva, lo contrario de creer no es dudar, sino rechazar. Por eso la falta más grave, la que Jesús denuncia más enérgicamente, es la indiferencia o el desprecio.¹³⁴ El rechazo de Dios –llamado “el pecado contra el Espíritu Santo”–¹³⁵ suele llevar al endiosamiento de uno mismo, y el desprecio del otro puede llevar a cualquier crimen. Casi podríamos decir que la falta de respeto es la esencia del mal. ¿Qué es un terremoto, por ejemplo, comparado con la tortura?

Entre los múltiples interrogantes que plantea el tema de la fe, el primero a dilucidar quizá sea por qué unos creen y otros no.

Hay quienes dicen no poder creer porque la fe es un don que Dios solo da a algunos. Pero este planteamiento no es válido.

El que la fe sea un don divino no justifica la incredulidad de nadie. También es un don la vida. La idea de que Dios reparte la fe arbitrariamente es ajena a la Biblia. Esta dice claramente que “Dios no tiene favoritismos”¹³⁶ y habla del “cupo de fe que Dios ha repartido a cada uno”.¹³⁷ La medida puede variar, como varía la capacidad pulmonar o el alcance de la mente, pero todos tenemos la posibilidad de percibir a Dios.

Creer no es ganar un viaje en un supersorteo cósmico, en el que el afortunado únicamente necesita tener la suerte de estar en la lista. Una vez conseguida la entrada (el bautismo), le basta acomodarse en su lugar y despegar hacia el cielo. La experiencia espiritual nos demuestra que creer no consiste en embarcarse en un viaje definitivo, sin esfuerzo y sin retorno. El evangelio no describe nunca la fe en términos de privilegio, sino en términos de relación. Creer en Dios es vivir en relación con él.

Como toda relación, la fe tiene un inicio –Dios siempre nos sale al encuentro– y progresivamente se va definiendo frente a los acontecimientos de la vida, ante los obstáculos imprevistos y los encuentros decisivos. Más que a un crucero de lujo, se parece a los viajes de los descubridores o de los exploradores.¹³⁸ Una aventura difícil, comprometida y apasionante. Teniendo que encontrar uno mismo sus medios para avanzar, perdiendo a veces el rumbo y arriesgándose siempre en el empeño. Esperando y perdiendo la esperanza para, al fin, cuando todo parecía presagiar la derrota, encontrar una recompensa inesperada.

La aventura de la fe es una lucha constante contra los límites de la condición humana, pero con la certeza de que la victoria es segura. En esta empresa, Dios no me garantiza librarme de ningún peligro, sino proporcionarme la fuerza para vencerlos.

Creer es confiar en el único Ser capaz de salvarme de mí mismo y de dar sentido y porvenir a mi vida. Decir que sí a Alguien que me acepta, sin tener en cuenta mi pasado; que me acompaña, transformando mi presente; y que me guía, inspirando mi futuro.

Creer, como vivir un gran amor, es una aventura llena de riesgos e imprevistos; pero también de enormes satisfacciones. Creer, como amar, es comprometerse en lo más profundo de nuestro ser y decidir compartir la vida con Alguien. Unirse a él sin reservas. Saber que nos ama y amarlo.

Puesto que la fe es adhesión, no se encuentra por suerte, como una moneda, ni se pierde como una cartera, ni se puede guardar a plazo fijo como un capital en el banco. En tanto que relación es algo vivo, cambiante, que puede crecer y desarrollarse o languidecer y morir.

Al igual que ocurre en el plano de la amistad y del amor humano, si la relación con Dios se limita a las ocasiones obligatorias de encuentro, a visitas oficiales o de cumplido, la fe acaba muriendo, al ir perdiéndose la intimidad.

A veces cuesta largos años establecer una relación sólida, pero basta un momento de impaciencia para echarla a perder. Quizá por eso en el mundo en que vivimos, en que nadie tiene tiempo para el otro y falta tanto la paciencia, haya cada vez menos creyentes. Aunque proliferan las fes sucedáneas, el mundo postcristiano está perdiendo la fe. Y a un ritmo tal, que el propio Jesucristo se preguntaba si a su regreso quedaría fe en la Tierra.[139](#)

Lamentablemente, parte de la responsabilidad de esta situación recae sobre algunos de los que se llaman cristianos.

Un universitario me escribía: “¿Cómo se puede aceptar, dentro de una misma iglesia, al obispo X que

apoya la guerrilla en cierto país de Hispanoamérica y al obispo Y, que la condena? Uno sostiene a la clase dominadora, y el otro ha muerto por librar a los obreros de esa opresión. ¿Cómo se puede entender que el gran propietario capitalista y el obrero al que este explota se vayan en paz, después de asistir juntos a los mismos servicios religiosos, unos para seguir explotando y otros para ser explotados, y así todas las semanas? Permítame que le diga que todo esto me hace perder la fe. Abandonar la iglesia es, para mí, la única salida honesta”.

Duele pensar que alguien pueda romper con la iglesia, abandonar la religión o perder la fe por fidelidad a su conciencia, ante el escándalo de unos mal llamados cristianos.

Es lamentable, pero muy humano, que los creyentes lleven el tesoro de su fe en recipientes tan burdos que desvirtúen el valor de su contenido.[140](#) Pero es aún más doloroso que quienes buscan a Dios abandonen su empresa repelidos por presuntos representantes suyos.

En sus cartas a Timoteo, Pablo da como primera razón de esta crisis de fe, la deformación de las enseñanzas divinas: “En los últimos tiempos algunos abandonarán la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas falsas”.[141](#) Solo el descubrimiento de la revelación divina puede resolver la confusión provocada por la proliferación de creencias extrañas.

La segunda razón tiene que ver con “los argumentos de la falsamente llamada ciencia, por la cual algunos se desviaron de la fe”.[142](#) Hay teorías que presentan ciertas argumentaciones materialistas como las únicas válidas para explicar los enigmas del origen y del sentido de la vida. Con ellas, se induce a pensar que la noción de Dios corresponde a un estado prelógico de la evolución del pensamiento, hoy superado por las personas suficientemente “cultas”. Un estudio imparcial sobre la diferencia entre

hipótesis y hecho probado situaría la cuestión sobre una base más científica, y abriría las puertas a la posibilidad de otras explicaciones.

La tercera razón del abandono de la fe, según Pablo, es la secularización de una sociedad materializada: “Los que quieren hacerse ricos caen en tentaciones y trampas y en mil afanes insensatos y funestos, que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero; por esta ansia algunos se desviaron de la fe y se infligieron mil tormentos”.¹⁴³ De un modo muy realista, Pablo pone en guardia contra los peligros de dar obsesiva prioridad a los bienes materiales. El hombre no puede vivir solo de pan.¹⁴⁴ Cerrarse a la dimensión espiritual de la vida es una auténtica mutilación.

Podríamos señalar muchos más factores que tienden a apartar de la fe. Pero no encontrariamos ninguno que fuese independiente de nosotros y, por tanto, suficiente para justificar nuestra ruptura con Dios.

Afortunadamente, la fe se puede descubrir y cultivar del modo más sencillo. Cuando Dios nos sale al encuentro, abrirnos a su influencia, aunque solo sea diciendo “Ayúdame a creer”, ya es hacer un acto de fe. Aunque no experimentemos ninguna vivencia especial, cada invitación interior a buscar el sentido a la vida, cada vez que experimentamos la nostalgia del ideal o el deseo de hacer algo bueno por alguien, estamos escuchando la llamada de la fe.

Al fomentar nuestra relación con Dios y al ejercitarnos con nuestros semejantes –porque a Dios se lo encuentra en el otro– nuestra fe aumenta y nuestra vida se enriquece. Entonces, hasta las dificultades de cada día nos ayudan a unirnos más a él. Porque si bien no siempre nos aleja la tempestad, siempre está dispuesto a ayudar al que lucha contra ella. Y, si no siempre protege al barco, siempre puede proteger al marinero.¹⁴⁵

Por eso, al final del relato, Jesús dice a sus discípulos:

—Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais desplazar montañas.[146](#)

Con estas palabras, les recuerda lo esencial de su relación con Dios: que, aunque comience muy tímidamente, se mantenga viva. Porque si con el trato dejamos que eche raíces, se irá convirtiendo, como en la parábola, en un árbol capaz de quebrantar con su fuerza nuestras montañas de problemas.

No existe una fórmula mágica para creer, ni para solucionar los conflictos, ganar el cariño de alguien o educar a los hijos. Lo que existe es la posibilidad de querer, por encima de todo, no separarnos de quien amamos.

Si nuestra relación con Dios es prioritaria, si, como el padre del Sordomudo, le traemos los problemas que llevamos a cuestas, podemos estar seguros de que nos ayudará a resolverlos o a sobrellevarlos. Y así, nuestra fe no cesará de crecer. Lo cual, en los tiempos que corren, no deja de ser ya un milagro.

[122](#) Se conocen innumerables prácticas para este tipo de males. Flavio Josefo cuenta uno de los conjuros clásicos: “Acercó a la nariz del endemoniado un anillo que tenía como sello una de las raíces prescritas por Salomón para que la oliese; y en cuanto el hombre cayó al suelo, conjuró al demonio que no volviese a él en nombre de Salomón, recitando la jaculatoria que este compuso” (*Antigüedades* 8:45-49). Otro ejemplo de tratamiento podía ser el siguiente: “Siéntese [al paciente] en una encrucijada. Cuando vea la primera hormiga llevando una carga, cójala, métala en un tubo de cobre, tápela con plomo y séllela con sesenta sellos. Agítala de un lado a otro gritando: ‘Tu carga sea sobre mí y la mía sobre ti’” (*Shabbat* 46 b). Para las fiebres tercianas (asociadas a la posesión) se prescribe: “Tomar siete espinas de siete palmeras, siete astillas de siete vigas, siete clavos de siete puentes, siete pizcas de ceniza de siete hornos, siete trocitos de barro de siete umbrales, siete vellones de siete ovejas, siete ramitos de comino, y siete pelos de la cola de un perro viejo, y átese todo al cuello con una cuerda nueva” (*Shabbat* 67 a).

[123](#) Los síntomas se dan con detalle en S. Marcos 9:14-29, S. Mateo 17:14-21 y S. Lucas 9:37-43.

[124](#) El texto paralelo de S. Mateo 17:15 dice “lunático”, y el de S. Lucas 9:38, 39 y 42 lo califica de endemoniado.

[125](#) S. Mateo 17:15, 16. Jesús estaba entonces descendiendo todavía del Monte de la Transfiguración (S. Mateo 17:1-15; S. Marcos 9:2-17; S. Lucas 9:28-38).

[126](#) S. Marcos 9:23, RVR 77.

[127](#) S. Marcos 9:24.

[128](#) Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 20^a ed., Madrid, 1984, t. 1, p. 634.

[129](#) Hebreos 11:1, NBE, DHH.

[130](#) Versión de André Chouraqui (*La Bible*, París, Desclée de Brouwer, 1985) emplea sistemáticamente “adhesión” en lugar de “fe”, y “adherirse” en vez de “creer”.

[131](#) S. Marcos 9:23, RVR 60 / NRV.

[132](#) S. Marcos 9:19.

[133](#) S. Marcos 9:28, 29.

[134](#) S. Marcos 9:42; S. Lucas 17:1-4.

[135](#) S. Mateo 12:22-37.

[136](#) Romanos 2:11, NBE.

[137](#) Romanos 12:3, NBE.

[138](#) O a la aventura de Phileas Fogg, narrada por Julio Verne en *La vuelta al mundo en 80 días*.

[139](#) S. Lucas 18:8.

[140](#) 2 Corintios 4:7; S. Mateo 9:17.

[141](#) 1 Timoteo 4:1.

[142](#) 1 Timoteo 6:20, 21.

[143](#) 1 Timoteo 6:9, 10, NBE.

[144](#) S. Mateo 4:4.

[145](#) J. Mohana, *Vivir con salud*, XXXVI, N° 189, p. 31

[146](#) S. Mateo 17:20.

CAPÍTULO 6

EN LA MADRUGADA

La mañana se anunciaba ya sobre el horizonte. Una claridad cada vez más diáfana recortaba las sombras y las esfumaba lentamente, hasta hacerlas desaparecer. El pueblo y el campo dormían todavía, pero los pájaros empezaban ya a quebrar el silencio del alba.

El joven se detuvo un instante, indeciso, en un recodo del camino. Detrás de unas rocas, al abrigo de la ruta transitada, se abría un claro en el monte. Aquel pequeño y agreste paraíso debía de ser el lugar secreto. Por fin sabría por qué tantas mañanas, cuando todos dormían, desaparecía, sin que nadie lo viera, para volver después, sonriente y radiante, transfigurado, como si hubiera vuelto a nacer.

¿Por qué no se había atrevido nunca a preguntárselo? No lo sabía. Algo le impedía irrumpir en su intimidad. Su curiosidad, en cambio, se había vuelto tan irresistible que lo había empujado a seguirlo de lejos hasta aquel rincón. Y ahora temía que su atrevimiento pudiese prevalecer sobre el profundo respeto que, por encima de todo, le profesaba. Pensó en desistir, temiendo ser descubierto. Sin embargo, se acercó un poco más, contuvo la respiración en un instante supremo y miró por encima de la roca.

Sí. Allí estaba Jesús. Orando.

El intruso se quedó paralizado, sin poder reaccionar ni marcharse. El sentimiento de una presencia que lo llenaba todo lo había sobrecogido. No podía ni sustraerse a ella ni dejar de mirar.

Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquellos ojos cerrados, y él se hubiera quedado, tras aquella piedra, asomado al filo de la eternidad.

La expresión de Jesús lo había magnetizado. Se hubiera dicho que miraba hacia adentro, concentrado en algo que parecía llenar todo su ser. Pero no había tensión en su gesto. Era evidente que Jesús estaba en contacto con Alguien de quien recibía fuerza, energía, poder... vida.

El joven se estremeció. Aquella soledad, surcada de pronto por la algarabía de los pájaros, estaba habitada por Alguien más.

El encuentro de aquella mañana iba a revelarle, finalmente, el secreto de una serenidad y una armonía que siempre había admirado y que, ahora más que nunca, también deseaba tener. Esperó hasta que Jesús se puso en marcha. El sol acababa de salir.

Cuando por fin consiguió atreverse a formular su petición, simplemente le dijo:

—Enséñame a orar.

El texto bíblico narra este encuentro en muy pocas palabras.[147](#) Pero el relato, aunque breve, contiene una de las enseñanzas más sorprendentes de los evangelios.

Aquel discípulo, como todos los demás, había creído hasta entonces que sabía orar. Llevaba orando varias veces al día, desde su más tierna infancia. La oración formaba parte de su rutina cotidiana. Había pronunciado miles de oraciones en los servicios religiosos, en familia y en privado.[148](#)

Aunque las oraciones parecían representar mucho en su vida, en realidad, casi habría podido prescindir de ellas sin que su existencia hubiera cambiado demasiado.[149](#)

La oración en sí le infundía respeto. Le procuraba, incluso, un agradable sentimiento de paz. Cuando alguna vez se había encontrado en peligro, al apelar a Dios —algo que hacía casi sin darse cuenta— siempre

le quedaba la sensación reconfortante de que por lo menos había hecho su parte. Y hasta la fecha, no tenía pruebas contundentes de que aquellas plegarias no le hubiesen servido para nada. Para él, eso era orar.

Ahora, después de ver a Jesús, había descubierto que aquellas no eran más que pseudoraciones. Que orar de veras era otra cosa.

En el transcurso de su vida con Jesús, iba a aprender que cuando hay que renunciar a ciertas facetas de la vida espiritual y quedarse solo con lo esencial, algo que se pueda conservar aun en la mayor soledad o en la cárcel, cuando no es posible contar con nadie ni con nada, se puede prescindir de todo excepto de la oración, verdadero aliento del alma.

Su experiencia le mostraría de un modo cada vez más claro que ante la oración todo es secundario. Es posible ser creyente sin adscribirse a una confesión religiosa. Es posible aceptar la escala de valores de una religión sin cumplir sus ritos. Pero no es posible tener una vida espiritual auténtica sin orar.

Entre los –cada vez menos numerosos– creyentes que van quedando en nuestra sociedad, hay muchos que practican las ceremonias de su religión: se bautizan, se casan y son enterrados por la iglesia. Algunos, incluso, asisten regularmente a los servicios religiosos. Pero ¿cuántos hay que viven profundamente la oración?

Si la religión es relación, la oración es la vivencia que concreta esa relación.

La Biblia nos muestra el riesgo de descuidar ese vínculo. Ya en su primer relato,[150](#) el diablo tiende a Eva una trampa a fin de minar su confianza y sembrar suficientes dudas para que esta actúe al margen de su Creador.

Como consecuencia de su error, la primera pareja se esconde. Tiene vergüenza. Tiene miedo. Su relación de amor con Dios se ha roto. Y, naturalmente, las relaciones humanas también se resienten. Al preguntarle por qué se esconde, Adán replica:

–La mujer que me diste tiene la culpa. Ella me dio a comer de aquella maldita fruta...

Si la actitud de Adán hacia su Creador ya no es la de antes –se ha vuelto hostil–, su relación con Eva también ha cambiado. Ya no es su “ayuda idónea”,[151](#) sino la culpable de su desgracia. Ya no la ve a su lado, sino frente a él. No como compañera, sino como adversario.

Pero las cosas no quedan ahí. La ruptura de la relación primordial no solo enfrenta al hombre con sus semejantes, sino además destruye su armonía con la naturaleza misma. Adán acusa a Eva. Pero Eva acusa a la serpiente. Y, roto el equilibrio, en esta cadena de seres que se excusan el uno sobre el otro, que se acusan el uno al otro, al final se acaba por echar la culpa del mal... a Dios mismo, por habernos creado libres. O, en resumidas cuentas, simplemente por habernos creado.

Cuando falla el vínculo básico, indefectiblemente, la relación con los demás se deteriora, y siempre lo paga el más débil o el más respetuoso. Veamos, si no, quiénes son las víctimas últimas del egoísmo humano.

De ahí, precisamente, la importancia de la oración.

Su finalidad principal –si es que tiene otras– es acercarnos a Dios. Esto, dicho así, parece muy elemental; pero no lo es tanto. Porque si esa comunicación no se produce, la oración es solo una fórmula, una rutina, un rezo. Nada más. Continúa siendo buena, porque todas las buenas costumbres lo son aunque se practiquen automáticamente. Pero, en realidad, si eso que llamamos oración no nos pone en relación con nadie,

no es más que una autosugestión, una ilusión, una terapia como cualquier otra. Y es lamentable que en vez de entrar en una comunión privilegiada, me contente con un gesto que ni siquiera consigue ponerme en contacto conmigo mismo.

En cambio, si la oración es un encuentro, entonces se convierte en algo sumamente importante porque se trata, nada menos, de conectar con la Fuente de energía del universo. La Fuente del valor y del amor.

En este sentido, orar es reconocer que no soy el centro de mi mundo. Que el centro de mi existencia está ahí, infinitamente fuera y por encima de mí. Pero, a la vez, tan cerca y tan adentro que puedo entrar en contacto con Dios en cualquier momento, en un instante. Así, orar es reconocer que vivir es algo más de lo que yo percibo en mi experiencia de cada día. Que tengo acceso a una calidad de vida ilimitada, solamente a un paso, a una oración de distancia de mi realidad personal, tan mediocre a menudo, tan pequeña siempre y, a la vez, tan maravillosa.

Quien no ora no tiene conciencia de lo que pierde. Sencillamente, se priva de su dimensión trascendente. Su vida puede ser moralmente intachable, llena de valores. Pero le faltará profundidad, porque ha excluido del campo de su experiencia aquello que podría elevarlo a una esfera de relaciones realmente superior.[152](#)

C. S. Lewis ha escrito, en una obrita llena de humor,[153](#) algo que ilustra lo que quiero decir:

Los agentes del infierno han confiado a un pobre diablo novato su primera misión en la Tierra. Debe ocuparse de atacar a un joven, naturalmente bueno y excepcionalmente sano, hasta conseguir pervertirlo.

El muchacho está teniendo una vivencia espiritual muy auténtica, cosa que lo ha convertido en el blanco especial de Lucifer. Es un caso tan difícil que el novicio debe recurrir a su tío, un demonio muy experto,

para que lo ayude. El libro recoge la supuesta correspondencia entre ambos esbirros de Satanás.

El diablo recomienda a su sobrino que concentre sus ataques precisamente en torno a la oración. Se trata de obstaculizarla por todos los medios, según la siguiente estrategia:

En primer lugar, debe procurar que el joven no consiga orar. Que esté tan ocupado haciendo cosas incluso buenas, que no le quede tiempo. Y que, cuando ore, tenga tanta prisa por terminar que su oración sea lo más rápida y rutinaria posible, de modo que no llegue a ponerse en contacto real con “el Enemigo”; puesto que si entra en comunicación con Dios no hay demonio que pueda con él.

En segundo lugar, si no consigue que el joven deje de orar, debe procurar que pierda las ganas. Que se sienta cansado, o desanimado, de modo que posponga la oración para otro momento.

Finalmente, si a pesar de todo no logra su empeño, ha de procurar distraerlo como sea, para que no se concentre.

Falta de tiempo, falta de ganas y falta de concentración. ¿No son estos también nuestros problemas?

Imaginemos un amigo que nunca desea hablarnos, y que, encima, cada vez que lo hace pierde el hilo de la conversación o no se entera de lo que le contamos. ¿Lo aguantaríamos mucho tiempo? En cambio, esta actitud que nos parece insopportable en nuestras relaciones humanas nos resulta normal o, por lo menos frecuente, en nuestra relación con Dios.

Cuando mis hijos eran pequeños y estaban aprendiendo a orar, más de una vez les ocurrió arrodillarse al pie de su cama antes de acostarse y decir:

—Gracias por estos alimentos...

O bien, sentarse a la mesa a desayunar y pedir:

–Guárdanos esta noche, para que durmamos bien.

Esto, tomado en el contexto anecdótico de la infancia, nos hace sonreír. Pero nos muestra una incipiente falla de perspectiva sobre lo que es orar. El niño está recitando una fórmula. Está respondiendo a un reflejo condicionado, poniendo el casette de la oración; pero nada más. No tiene clara conciencia de entrar en contacto con nadie.

A nosotros nos pasa lo mismo: a veces, orando, “se nos va el santo al cielo”, porque nos falla el mismo concepto. Olvidamos que la oración, más que un texto que se dice es un *encuentro que se vive*. Incluso, *es más comunión que comunicación*.

Si fuésemos conscientes de esta realidad, la oración jamás resultaría rutinaria, apresurada ni forzada. Si nos diésemos cuenta de que, en ese momento privilegiado, el Creador del universo acepta escucharnos, hablar con nosotros y prestarnos atención durante todo el tiempo que queramos, nuestra vida espiritual se transformaría por completo.

Uno de los descubrimientos más humillantes, y a la vez más enriquecedores, que he realizado en los evangelios, al analizar algunas de mis propias oraciones, así como otras que suelo oír, es que muchas de ellas son “paganas”.[154](#)

Los paganos de la antigüedad ofrecían sacrificios y rogativas a sus dioses para pedirles algo, aplacarlos o hacerles cambiar de actitud.[155](#) Nuestras oraciones, ¿no parecen a veces, también, grandes esfuerzos para sensibilizar a Dios con respecto a situaciones que parecen no afectarlo?

Muchas de nuestras oraciones me parecen paganas porque, además, se expresan en imperativo. Todo son órdenes y mandatos. Oramos como si tuviéramos que cambiar a Dios, olvidando que quienes necesitamos cambiar somos nosotros. Pedimos, rogamos y suplicamos, en un aparente intento de influir

en él para que actúe. Eso es tratarlo como los paganos. O incluso peor...

En este sentido, algunas de nuestras oraciones podrían parecer hasta ofensivas:[156](#) “Señor, dígnate escuchar a tus hijos...”

Nos atrevemos a tratar a Dios, que literalmente se ha matado por venir hasta nuestro encuentro, a quien nosotros herimos constantemente con deseares y rechazos, como si fuera un tirano distante a quien solo se puede sacar de su indiferencia a fuerza de súplicas.

–Te rogamos por la paz del mundo.

Como si hiciera falta despertar su interés por la paz, cuando lleva milenios esforzándose por convencernos de la estupidez de nuestras querellas.

Si grabáramos algunas de nuestras oraciones y las analizáramos fríamente, nos darían la impresión de que nos creemos mejores que Dios:

–Señor, ten piedad de los niños que sufren... Compadécete de los pobres y necesitados.

De hecho, le estamos diciendo a Dios que sea más “humano”. Que reaccione y actúe. Como si él fuera el gran obstáculo para que las cosas funcionen mejor. Porque, comparado con nosotros, parece que le falta sensibilidad o no se compadece bastante.

Es decir, que cuando un destello del infinito amor divino, de su terrible sufrimiento por las miserias del mundo, por fin nos alcanza y nos commueve, corremos con nuestro hallazgo y le decimos:

–Conmuévete. Haz algo por estos desgraciados.

En nuestra inconsciencia, le estamos pidiendo que intervenga en nuestro lugar. Porque es mucho mas fácil decir: “Señor, acuérdate de los pobres”, que hacer algo por ellos. Nos parece que diciendo “Ten

“presente a los necesitados” ya hemos cumplido nuestra parte. Que nuestra plegaria resulta, incluso, de gran valor. Ahora bien, el problema de la pobreza, ¿es algo ajeno a nosotros, los seres humanos? Más honesto sería decir: “Señor, al pensar en los pobres que me rodean, te pido que me ayudes a descubrir lo que puedo hacer por ellos, para reparar esta situación de injusticia que tú aborreces y de la cual yo también soy culpable, por mi falta de solidaridad”.

Es grotesco que orar se haya convertido en recordarle a Dios sus deberes:

–Señor, no abandones a tu iglesia.

¿Quién corre ese riesgo? ¿Él o nosotros?

Afortunadamente, Dios, en su misericordia, nos escucha, y nos comprende, a pesar de lo que le decimos. Pero, si queremos profundizar en nuestra relación con él, no podemos contentarnos con repetir nuestras superficiales letanías. Debemos pedirle que siga teniendo paciencia y nos enseñe a orar. Porque, como dice Pablo, “no sabemos orar como conviene” y necesitamos que el Espíritu nos ayude a “rectificar” nuestras oraciones.¹⁵⁷ Cuanto más conscientes segamos de nuestra necesidad de reaprender a orar, más sensibles seremos a la voz del Espíritu. Y cuando nos pongamos a orar de una manera superficial o irreflexiva, eso nos ayudará a cambiar de tono y a concentrarnos. Así nuestra oración comenzará a parecerse a una conversación real con un Ser inteligente que sabe muy bien, entre otras cosas, qué necesitan los demás y de qué pie cojeamos nosotros.

Y es que orar no es tanto hablar como escuchar. No es tanto pedir como recibir. No es tanto llamar a Dios como responder a su llamado.

Es una lástima que a menudo nos limitemos a lanzar rápidamente nuestra oración sin esperar su respuesta.

Un día, encontré en la calle a un chiquillo que, de puntillas, se esforzaba por tocar el timbre de una casa. Con toda mi buena voluntad, levanté al angelito. El niño tocó el timbre e inmediatamente se me escabulló diciendo:

–¡Ahora vámonos corriendo!

Me temo que, a veces, nuestras oraciones deben sonar así. Lanzamos nuestra llamada, y en cuanto Alguien se dispone a abrirnos la puerta ya nos hemos ido a nuestras cosas...

Orar, sin embargo, es ofrecernos a Dios. No es intentar manipularlo, ni hacerle cambiar de idea para que haga nuestra voluntad. Es tomar conciencia de su voluntad y ofrecernos para cumplirla.

La oración que más me ha impresionado es la de un viejecito, que decía simplemente:

–Señor, aquí está Juan.

Es una oración preciosa.

–Aquí estoy. Sin duda, para llevar adelante tu obra hay personas más expertas, más hábiles y más seguras. Quizá yo no te sirva de mucho. Pero aquí me tienes. Enséñame lo que puedo hacer.

Esto ya empieza a parecerse a “orar como conviene”.

¿Contesta Dios siempre nuestras oraciones? Hay quienes enseñan que eso depende de nuestra fe, de nuestra sinceridad, de nuestra humildad y de nuestra disponibilidad.

Yo diría, sin embargo, que nos contesta siempre. Pero, como padre, es demasiado bueno e inteligente para darnos todo lo que le pedimos, aunque nos expresemos con todo candor y con toda vehemencia. A veces, solo nos da lo que nos conviene. Y a veces su respuesta es “No”.

Un estudiante me decía:

–Yo he orado muchas veces, y muy pocas he recibido respuesta.

No sé si han sido o no respondidas todas las peticiones de mi alumno. Lo que sé es que, si quedan súplicas por contestar, no son tanto las que nosotros hacemos a Dios como las que él nos hace a nosotros.

Ante su aparente silencio, la única actitud coherente es la de “orar sin cesar”,¹⁵⁸ mantener la relación, sabiendo que él nos ayudará a aceptar la realidad en la que nos toca vivir y a trascenderla. Porque “orar sin cesar” no significa que Dios solo cede al cabo de una larga y machacona insistencia por nuestra parte, sino que podemos *sentir su presencia en cualquier circunstancia*: fregando los platos, conduciendo un automóvil, trabajando en una máquina o estudiando en un aula.

“Orar sin cesar” significa que no resulta imprescindible cerrar los ojos o doblar las rodillas; que lo que cuenta es más la disposición interior que la posición de los párpados o de las piernas.

“Orar sin cesar” es, sencillamente, estar siempre abiertos al diálogo, dispuestos a escucharlo y disponibles para servirlo.

Por lo tanto, si orar es aproximarnos a Dios y abrirnos a su influencia, los encuentros más enriquecedores serán normalmente nuestros encuentros a solas en momentos privilegiados, reservados exclusivamente para eso.

Algunos objetan con cierta ironía que si Dios lo sabe todo, ¿para qué orar?

De nuevo, reminiscencias de ideas paganas. Porque orar es menos informar que compartir. Es llevar nuestras necesidades a la Fuente de todas las soluciones. Conectar nuestra vida al Origen de la vida. En-

sanchar nuestros conocimientos en la Fuente de la sabiduría. Purificar nuestro amor humano, siempre tan condicional y egoísta, en el único crisol de amor incondicional y generoso.

Lo esencial en una relación no es monologar ante el otro, sino compartir nuestras vivencias con él. Esto resulta cierto, incluso en la oración de confesión. Dios no nos pide que nos confiemos a él porque lo necesite, sino porque lo necesitamos nosotros. La confesión es imprescindible para nuestro crecimiento espiritual; no solo por el perdón y la paz que nos procura, sino porque nos brinda una ocasión indispensable de autoevaluación. Al abrirnos sinceramente ante Dios, al reflexionar en su voluntad, vemos más clara nuestra situación. Entonces él puede ejercer su influencia sobre nosotros y ayudarnos a superar nuestros problemas. Orar no es meditar en el vacío.

Los cosmonautas lanzados al espacio saben que es vital mantener una relación constante con su base de lanzamiento. Para realizar el más mínimo gesto, necesitan depender de esa comunicación. Perderla significa prácticamente la desintegración.

Como en nuestro caso las consecuencias de nuestro alejamiento no se ven inmediatamente, damos poca importancia a conservar o romper el contacto con el centro de energía del universo, nuestra base de lanzamiento y nuestro destino final.

Por eso nuestra percepción espiritual tiene un alcance tan corto y se desintegra tan fácilmente. Como al discípulo de nuestro relato, quizás a muchos nos convendría también buscar al Maestro y decirle:

–Enséñame a orar. Ayúdame a vivir en relación contigo. Enséñame a ver cuánto necesito ese encuentro, esa transmisión constante de energía para recargar mis baterías de fuerza, de alegría, de amor, para que mi vida, al contacto con la tuya, sea cada vez más plena.

147 Los evangelios registran numerosas ocasiones en las que Jesús se retira al monte a orar a solas (S. Mateo 14:23; S. Marcos 6:46; S. Lucas 6:12). Nuestro texto está basado en S. Lucas 11:1.

148 La costumbre prescribía, aparte de las oraciones rituales que formaban parte de los servicios religiosos y las ocasiones especiales, un mínimo de tres momentos de oración diarios (mañana, mediodía y tarde), además de las oraciones (llamadas preferentemente *berakoth*, es decir, “bendiciones”) habituales antes de tomar alimento o bebida (*Birkhot ha Nehenin*) y antes de cumplir cualquier precepto (*Birkhot ha Mitzvot*) (*Berakhot* 1:1 a 9:5).

149 Israel tenía sin duda el repertorio de oraciones más bello y profundo de la antigüedad (el libro de los Salmos, más las oraciones de la sinagoga). Estas se solían recitar en hebreo, lengua casi muerta en aquella época, que ya no hablaban más que los eruditos, pero que se conservaba como lengua litúrgica, de modo semejante a lo que ocurrió durante siglos con el latín en la tradición católica. Hasta hoy, para que una *<berakah* sea válida en otra lengua debe contener la misma idea que el texto hebreo e incluir la fórmula básica de “Bendito sea... Dios y Rey del Universo...” (Richard Siegel, Michael y Sharon Strassfeld, *The first Jewish Catalog*, Filadelfia, The Jewish Publication Society of America, 1980, p. 150).

150 Génesis 3:1-24.

151 Génesis 2:18-23, NRV / RVR 60/77.

152 Pablo dice que “al mirar a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, vamos siendo transformados a su imagen en progreso creciente, mediante la acción de su Espíritu” (2 Corintios 3:18).

153 C. S. Lewis. *The Screwtape Letters*, Nueva York, MacMillan, 1976, pp. 33-35.

154 Jesús nos pone en guardia contra dos tipos de pseudoraciones: los rezos formalistas (S. Mateo 6:5, 6) y las oraciones paganas (S. Mateo 6:7, 8). La oración recomendada por él es un modelo de autenticidad, de concisión y de realismo (S. Mateo 6:9-15).

155 Como ejemplo de oraciones paganas oficiales, veamos una del emperador Augusto (según inscripción hallada a orillas del Tíber, datada a principios del siglo I d.C.): “Oh Parcas, según las prescripciones de los libros sibilinos, os ofrezco un sacrificio de nueve ovejas y nueve cabras. Os pido y suplico que, en la guerra y en la paz [...] ` seáis favorables al Imperio Romano y a sus legiones [...] que os mostréis propicias al pueblo romano, al Colegio de los Quindecimviro, a mí, a mi casa y a mi familia, que acojáis favorablemente este sacrificio [...] inmolado según el ritual exacto que exigís” (Alfonso M. di Nola, *Le livre d'or de la prière de tous les peuples*

et des tous les temps, París, Seghers, M. V. 37, 1982, pp. 220, 221).

Ejemplo de oración ritual egipcia: “Toma un anillo con el escarabajo grabado tal como está prescrito, ponlo sobre una mesa de papiro, y bajo la mesa extiende un lienzo puro y sobre él esparce ramas de olivo; pon en la mesa un incensario y quema en él mirra y *kyphi*. Toma un vaso azul turquesa con aceite de lirio, mirra y canela y sumerge en él el anillo después de haberte purificado de toda inmundicia. Déjalo reposar tres días; después ponlo sobre un lienzo puro. Toma panes purificados y frutos maduros y ofrécelos con los perfumes sobre un fuego de sarmientos de viña, y mientras dura el holocausto saca el anillo y póngelo. Ungete de madrugada con el aceite donde ha estado el escarabajo, y dirigiéndote hacia el sol saliente, pronuncia la fórmula prescrita, a partir de la luna nueva los días 7º, 9º, 10º, 12º, 14º, 16º, 21º, 24º y 25º[...].” (*ibid.* p. 225).

Como ejemplo de oraciones populares, he aquí un conjuro persa para cortarse las uñas: “En un rincón de tu cuarto, cava con las uñas un agujero en el que te quepa la falange superior del meñique; mete en él las uñas cortadas y recita las palabras victoriosas: “*Ashem Vohu...*” [invocación mazdeísta habitual]. Haz alrededor de él 3, 6 o 9 círculos, recitando 3, 6 o 9 veces el *ahuravairyō* [otra oración común] y di, dirigiéndote al pájaro Ashozusta: ‘He aquí, oh Ashozusta, he aquí mis uñas: a ti te las ofrezco. Que estas uñas, pájaro que la pureza alegra, sean para ti lanzas, espadas, arcos, flechas y piedras de honda para combatir a los *devas mazanianos* [demónios]’” (*ibid.*, p. 173).

Como ejemplo de rezo mágico de efecto automático, veamos finalmente la plegaria al Sol, invocado como Eón Hermético, hallada junto a la siguiente inscripción: “Texto útil para cualquier fin, hasta para librarse de la muerte. No busques su secreto: Reza: ‘Tú, único y bienvenido entre los Eones, padre del Cosmos, te invoco en plegaria cósmica. Abre el cielo, recibe mi súplica, escucha, Helios, padre del mundo, puesto que te invoco por tu nombre, santo y poderoso [...] tu nombre de cien letras [...] te invoco sobre la hoja de oro. Señor IAO [...] para cualquier necesidad’” (*ibid.*, p. 227).

156 Mis reflexiones sobre este punto deben mucho a Louis Evely, *La oración del hombre moderno*, 9ª ed., Salamanca, Sígueme, 1988, pp. 13-20.

157 Romanos 8:26, 27.

158 Sobre la conveniencia de “orar sin cesar”, es decir, de no cesar de comunicarnos con Dios, véase S. Lucas 11:5-7; 18:1; 21:36; Romanos 12:12; Efesios 6:18; 1 Tesalonicenses 5:17.

CAPÍTULO 7

EN UN VIAJE

El aire vibraba de despedidas. El grupo estaba a punto de emprender la marcha. El equipaje, precario y multiforme, se esparcía junto al camino al antojo de las verificaciones de última hora. Los jóvenes viajeros charlaban ruidosamente, entre la euforia y la inquietud, ante la incógnita de lo desconocido.

Aquel ambiente de espera apenas contenida ponía de manifiesto, una vez más, que viajar es un acto joven. La curiosidad por lo nuevo, el aliciente de la aventura, el desafío del riesgo, prevalecen todavía en el viajero y en el joven sobre la seguridad de lo conocido, la comodidad de lo habitual y la tranquilidad de la costumbre, que es lo propio del talante del sedentario y/o del viejo. Ama viajar quien está dispuesto a desplazarse y, por tanto, a ponerse en el lugar del otro, a cuestionarse, a aprender y a cambiar.

Jesús miraba a sus compañeros de viaje y sonreía. Pero, como quien se siente dividido entre lo que deja y lo que espera, siguió despidiéndose de los niños que se aferraban a sus piernas, jugando, para retenerlo, y reía con ellos entre caricias y bromas.[159](#)

Habituado a los caminos, ante él se abría una vez más una nueva ruta. Firme y generosa de pronto, incierta en el horizonte, como toda invitación. Jesús había apostado por un ministerio andariego, cuyo ritmo marcaban el paso, el corazón y el aliento del otro. Su vocación era, en cierto sentido, caminar. Salir al encuentro del hombre, invitarlo, esperarlo incluso, a fin de ayudarlo a encontrar su camino.

Por eso, ver aquel puñado de jóvenes dispuestos a secundarlo en su peregrinar por los retorcidos senderos de este mundo, lo llenaba de intensa emoción.

Lo habían dejado todo para seguirlo. ¿Cuántos conseguirían hacerlo hasta el final?

Había que partir ya. Un simple gesto del guía bastó para que todos recogieran los bártulos y se pusieran en marcha. Nadie preguntó cuál sería el destino. Por su corta experiencia, sabían que siguiendo a Jesús cada nueva etapa podía ser tan apasionante como imprevisible.

De pronto, alguien llega corriendo tras el grupo¹⁶⁰ y se acerca respetuosamente a Jesús, como para consultarle algo urgente. Hay tanta gravedad en su mirada, que este se aparta a un lado para atenderlo, con esa disponibilidad absoluta que solo se encuentra en los consejeros por vocación.

Lo que primero llama la atención es su juventud. Porque irrumpió en escena corriendo; y correr en público se consideraba un acto impropio de un adulto de su clase.¹⁶¹ El texto precisa que se trata de un hombre importante,¹⁶² extremadamente rico.¹⁶³

Hasta su pregunta es joven. Directa y aguda. Atrevida, lanzada a bocajarro, con toda espontaneidad:

–¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Resulta difícil formular una pregunta más importante y plantearla mejor. Porque no dice: “¿Qué puedo hacer para ganar la vida eterna?”

Sabe que la salvación no se gana sino que se recibe. A partir de una teología correcta, escoge la palabra correcta: heredar. Recibir, gratis, algo por lo que no se ha trabajado. Aceptar algo que se nos da. La vida eterna es un don gratuito.

Este joven inteligente, heredero de una gran fortuna, se siente, sin embargo, insatisfecho. Posee muchas cosas, pero no es feliz: le falta la paz. Sus riquezas le aseguran esta vida, pero nada le asegura la otra. Y esto le produce una total desazón.

Como muchos de nuestros contemporáneos, está lleno de bienes materiales, pero se siente espiritualmente vacío. No vive plenamente.

Empujado por su desasosiego, acude a Jesús. Nada sabemos de contactos anteriores, ni si lo había seguido de lejos o de cerca, durante mucho o poco tiempo. Sabemos que se decide a buscarnos, a pesar de que no es fácil abrirse a nadie cuando se tienen problemas existenciales. ¡Jesús casi se le escapa! Tiene que correr tras él. Solo *in extremis* consigue alcanzarlo y plantearle una cuestión en la que se adivina, más allá de la inquietud intelectual, una intensa lucha interior, con todo un trasfondo de dudas y temores.

Su saludo también nos sorprende:[164](#)

—Maestro bueno.

Entendemos que lo llame “Maestro”, porque es precisamente un director espiritual lo que busca. Pero ¿por qué lo llama “bueno”? Sin duda está impresionado por sus cualidades. Comparado con otros maestros, Jesús le parece netamente mejor. Más íntegro, más sincero y, desde luego, más feliz. Tiene lo que él desea: la fuerza moral, la armonía interior. El secreto de lo que a él le gustaría tener. O le gustaría ser.

Sin embargo, su interlocutor le pide una explicación:

—¿Por qué me llamas bueno? El único ser absolutamente bueno es Dios.

Según algunos intérpretes, con esta aclaración Jesús quiere afirmar su divinidad.[165](#) Como si dijera:

—Si me llamas bueno y el único bueno es Dios, es que reconoces, o tienes que reconocer, que yo soy Dios.

Pero esta explicación no resulta convincente, porque en los evangelios no encontramos pruebas de que Jesús intente imponer su divinidad a nadie. Más

bien, parece decirle: "Mira, si alguien es bueno, como yo te lo parezco, solo puede serlo como resultado de su contacto con la Fuente de bondad. El asunto que te preocupa solo puede resolverlo él. Si intervengo, es porque creo que puedo ayudarte a comprender mejor quién es, qué puede hacer por ti y qué espera de ti".

La pregunta del joven sigue en el aire, vibrante de urgencia:

—No puedo resignarme a que mi vida se acabe, en el momento menos pensado, con la muerte. ¿Qué debo hacer para asegurarme la vida eterna?

A este joven le preocupa la gran cuestión del más allá, esa incógnita que desde el origen de la humanidad cada ser humano se plantea alguna vez.

Jesús le da su respuesta en dos partes. Intuyendo dónde está su problema, en primer lugar lo remite a las enseñanzas centrales de la Revelación. Hace una selección entre los mandamientos y le recuerda algunos que se refieren a las relaciones humanas:

—Para nuestra felicidad, Dios nos propone la mejor filosofía de la vida. Tú conoces las Sagradas Escrituras. Sin duda, hasta te sabes de memoria los Mandamientos: "No mates, no adulteres, no robes, no mientas, honra a tu padre y a tu madre..." Lo ideal es dejarse guiar por Dios [166](#) en todo lo que hacemos.

El joven, que se considera creyente practicante, se queda decepcionado ante semejante respuesta, pues no ve en ella nada nuevo. Esa no le parece la fórmula de la serenidad que él busca. Y quizás en un tono bien diferente del de su pregunta, replica:

—Todo eso he procurado hacerlo desde niño. Que la humanidad sería más feliz si todos respetásemos los Mandamientos, yo ya lo sabía. Lo que necesito es que me digas por qué me encuentro vacío, a pesar de que intento practicar mis creencias. Creo, honra-

damente, tomarme en serio la religión. Observo la Ley lo mejor que puedo. Frecuento los servicios de culto. Intento orar regularmente... y, sin embargo, sigo insatisfecho. Siento la imperiosa necesidad de algo más. Porque mis esfuerzos no me aportan nada. Mi vida real dista siempre lo mismo de mi ideal. Y es precisamente ese ideal lo que no consigo definir. ¿Qué más puedo hacer?

En el segundo momento, profundo y tenso, de la entrevista, toda la emoción contenida de Jesús se resume en tres verbos: "Lo miró, lo amó y le dijo..."[167](#)

Su mirada penetrante ha visto, tras la desazón de aquel joven prometedor, tantas posibilidades, que no puede por menos que sentir aprecio por él.

Midiendo cuidadosamente sus palabras, le dice, como para quien se quiere lo mejor:

–Te falta solo una cosa...[168](#)

Desconcertado, el corazón le da un vuelco esperando el final de la ansiada respuesta.

–¿Una sola cosa?... Entonces, ¿por qué me parece que me falta tanto?...

Su mente es un hervidero. Sin duda, lo que menos espera es que aquella frase termine con una de las palabras aparentemente más duras del Evangelio:

–Anda, vende tus bienes, dalos a los pobres, y luego ven y sígueme.

Sorprendente paradoja. Para llenar el vacío de lo que le falta, necesita antes vaciarse de lo que le sobra.

Palabras exigentes, pero lógicas: si lo que tienes no te hace feliz, déjalo por algo mejor. Jesús sabe que no hay felicidad en el egoísmo. En el centro de tu vida está Dios o estás tú. Y si tú continúas siendo el eje de tu mundo, todo seguirá girando en torno de ti mismo, de tus pobres riquezas, y nunca te sentirás

plenamente satisfecho. Siempre te faltará lo esencial. La adoración de sí mismo es un culto exigente que no lleva a ninguna parte. El yo nunca se sacia. Solo Dios puede saciar la insaciable sed del alma humana. Si de veras quieres asegurarte la eternidad, te basta con hacerle un lugar en tu vida.

Para obtener la paz, aquel joven necesitaba replantearse totalmente las bases de su vida espiritual: renunciar a la insolidaridad y dejar de vivir solo para sí, en medio de tantos seres necesitados. Porque no se puede superar el amor absoluto hacia uno mismo sin abrirse al amor hacia el otro. Ni aspirar a participar de la felicidad sin límites, sin estar dispuesto a compartirla con alguien... Necesitaba aprender que la religión verdadera no es una serie de observancias que hay que practicar, sino una relación que hay que vivir hasta sus últimas consecuencias.[169](#)

Al intelectual que le pregunta: “¿Cuál es, según tú, el Mandamiento más importante de la Ley?” (en otras palabras: ¿Qué es lo esencial en nuestra religión?), Jesús le resumirá la revelación entera en tan solo dos relaciones inseparables: una plena comunión con Dios (“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”) y una relación realmente fraterna con el prójimo (“Amarás al prójimo como a ti mismo”).[170](#)

Una vida espiritual intensa se concibe en estos términos. Una religión que se limita a un sistema de doctrinas puede llegar a ser todo lo formalista y alienante que la historia y la actualidad nos muestran. Una fe vivida como una doble relación basada en el amor, es decir, en el respeto profundo, es imposible que se convierta en “opio del pueblo”, ni en un instrumento de manipulación en manos de nadie.

Observemos que Jesús no plantea su visión de la religión en términos de *creer* sino de *amar*. Para él, se es “creyente” no en la medida en que se es fiel a un credo, sino en la medida en que se es fiel a Dios y al otro. Inevitablemente, la fidelidad a Dios supone

la aceptación de sus enseñanzas. Pero, en última instancia, lo que hace a alguien seguidor de Jesús no es su declaración de fe sino su vivencia de amor. Hasta el punto de que las señas que lo identifican no se refieren a nociones divinas sino a relaciones humanas:

–En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis unos a otros.[171](#)

Cristiano es quien intenta vivir y amar como Cristo.

A diferencia de tantas sectas que proliferan en el mundo, y sobre todo, a diferencia de las iglesias mayoritarias, cuya afiliación ni siquiera es escogida voluntariamente sino impuesta al nacer, el fundador del cristianismo no define su religión en términos de ortodoxia (es decir, en términos de creencias correctas) sino en términos de *ortopraxis* (es decir, en términos de relaciones y de actitudes válidas). Por eso le dice al joven rico:

–Una cosa te falta: comparte tus posesiones y sígueme. Lo que necesitas no son nuevos ejercicios espirituales, sino ejercer tu humanidad. Lo que te falta no es seguir unas nuevas directrices, sino una nueva dirección. No necesitas mejorar tu vida, sino una vida nueva.[172](#)

Los que no han disfrutado de una experiencia de fe personal, y no conocen más que las formas externas de una religión que no llegan a sentir, piensan que lo propio del creyente es su inmovilismo, es decir, su sometimiento incondicional a una tradición. Jesús enseña, por el contrario, que la fe es ante todo acceso, inicio. Para él es cristiano, en el estricto sentido de la palabra, quien, accediendo libremente a su invitación, es capaz de dejarlo todo por seguirlo... dondequiera que lo guíe; incluso –aunque no necesariamente– bastante lejos de los senderos trillados de sus propias creencias.

La invitación tendida a este joven era similar a la recibida por su antepasado Abraham, llamado “el

“padre de los creyentes” precisamente porque tuvo el valor de responder al llamamiento divino y, dejando su contexto familiar pagano, se puso en marcha hacia la Tierra Prometida. Lo importante no era el punto de partida ni el itinerario, sino el destino. Al aceptar el riesgo de emprender aquel viaje, descubrió un nuevo camino y un nuevo horizonte. Una nueva vida, paradójicamente, más segura al ser guiada por Dios, y realmente más libre sin el lastre de su pasado. Más auténtica, porque estaba marcada por la verdad; y más plena, porque estaba abierta a la Vida.

Como muchos, aquel joven deambulaba por su existencia sin rumbo, dejándose llevar por la corriente. Hasta que encontró el guía que buscaba. Pero en el momento de emprender la marcha, el vértigo de cortar las amarras le impidió decidir.

Jesús deseaba que reaccionara favorablemente a su propuesta. Pero se quedó esperando un gesto de coherencia. El joven, al oír aquellas palabras, bajó la mirada y se marchó, porque “tenía muchas riquezas”.¹⁷³

No llegó a comprender que Jesús no lo empujaba a la ruina, sino que, al contrario, le ofrecía el mejor de los negocios. No comprendió que a cambio de sus bienes materiales iba a obtener otras riquezas, que cuanto más se comparten más aumentan.

No llegó a comprender que los seres más pobres que existen son los que solo tienen dinero. Y que hay mayor felicidad en dar que en recibir.¹⁷⁴

No llegó a comprender que lanzarse a la aventura con Jesús valía más que quedarse en un palacio sin él.

Su indecisión puso en evidencia que quizás era poderoso, pero no libre. Paradójicamente, pertenecía a sus pertenencias. Todo su potencial de acción estaba encadenado a una cuenta corriente y a unas escrituras. Hasta el punto que lo inmediato no lo dejaba heredar lo eterno.

Demostró que, además, no era tan joven como aparentaba. Sus posesiones habían operado sobre su espíritu un terrible efecto de envejecimiento que lo incapacitaba para emprender con Jesús el viaje de su vida. Ni era tan rico como creía, pues lo que ya tenía le impedía adquirir lo que le faltaba para ser feliz. Lo único que lo hubiese conservado rico y joven para siempre.

Al reemprender la marcha con sus compañeros de viaje, Jesús se quedó mirando con tristeza al joven que se alejaba, también triste, en dirección equivocada, de vuelta hacia lo suyo. Se quedaba atrás, y se perdía –quizás en todos los sentidos– en el horizonte de su inmovilidad sedentaria, incapaz de soltar sus amarras de oro.

[159](#) Los evangelios sinópticos sitúan el encuentro con el joven rico inmediatamente después del episodio en que Jesús interrumpe su predicación para atender a los niños (S. Mateo 19:13-15, 16-22; S. Marcos 10:13-16, 17-22; S. Lucas 18:15-17, 18-23).

[160](#) Marcos 10:17.

[161](#) Según una vieja norma de etiqueta rabínica: “Un hombre respetable nunca debe andar con la cabeza alta, para no parecer altanero; ni contonearse demasiado, para no parecer afeminado; *ni correr en público*, para no parecer poco serio; ni torcer el gesto como si estuviera contrariado. Debe mirar más bien hacia abajo, como si estuviera orando; y andar con paso decidido, como yendo a atender un asunto importante” (Maimónides, *Ya. De’ot* 5:8). Quizá la intención del relato es precisarnos que se trata de alguien que actúa con cierta inmadurez. S. Mateo 19:20 dice explícitamente que se trata de un joven.

[162](#) Lucas 18:18 lo califica de notable o “principal” (BJ / RVR 60/77), es decir, alguien con un puesto destacado en el gobierno (“gobernador”, NRV; “autoridad”, CI) o un brillante doctor de la Ley (“magistrado”, NBE; véase S. Marcos 10:17-22; S. Juan 3:1).

[163](#) S. Lucas 18:23; S. Marcos 10:22; S. Mateo 19:22.

[164](#) No se conoce ningún rabino que haya sido llamado así (William Lane, *The Gospel of Mark*, Grand Rapids (Michigan. EE. UU.), Eerdmans, 1982, p. 365). En la literatura rabínica, esta expresión aparece solo una vez, y pronunciada por una voz celestial en un sueño (*b Ta'anit* 24 b).

165 Esta interpretación ya era conocida a finales del siglo II por Ireneo de Lyon (*Adversus haereses* 1:20, 2).

166 En el pensamiento bíblico, los Mandamientos son la expresión del amor divino (Salmo 111 y 119), pues velan por nuestra calidad de vida. Al observarlos, el creyente vive en armonía con Dios y los hombres (2 Juan 4-6). Puesto que Dios es amor (1 Juan 4:16), sus Mandamientos se resumen en el amor (S. Mateo 22:36-40; Romanos 13:8-10).

167 S. Marcos 10:21.

168 Jesús facilita el acercamiento espiritual de los buscadores de la verdad. A este le dice: "Solo te falta una cosa", y a otro escriba lo sorprenderá diciéndole: "No estás lejos del reino de Dios" (S. Marcos 12:34).

169 La palabra "religión" viene del latín *religare*, que significa simplemente "volver a unir". Su sentido teológico primero es el de establecer una relación con Dios o reanudar una relación rota.

170 S. Mateo 22:34-40. Jesús considera estas relaciones tan inseparables, que no consiente en responder a la pregunta reduccionista sobre cuál es el primer Mandamiento sin mencionar también el segundo. Para resumir la Ley (entendida a la manera bíblica, es decir, como el conjunto de las enseñanzas divinas), Jesús no se refiere al Decálogo (Éxodo 20:1-17; Deuteronomio 5:6-21), sino a dos pasajes tan fundamentales o más –concretamente, Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18–, que compendian entre ambos las dos grandes divisiones del Decálogo.

Según la tradición de Israel "613 mandamientos fueron revelados a Moisés en el Sinaí: 365 prohibiciones, como el número de los días del año solar, y 248 mandatos, como el número de las partes del cuerpo humano" (*Makkot* 23 b). En tiempos de Jesús, se discutía cuál de estos mandamientos debía ser considerado el "primero" o el "principal". Según unos, el primer Mandamiento era "creer en Dios" (*Encyclopaedia Judaica*, Jerusalén, Keter, 1972, t. 5, cols. 760-783). En la práctica, ese lugar lo ocupaba la circuncisión, ya que era el primer mandamiento dado a Israel en la persona de Abraham (Génesis 17:11, 12; 21:4), y el primero por el que todo varón debía pasar para integrarse en el pueblo de Dios. Su cumplimiento se consideraba de tal importancia, "que sin la sangre de este pacto ni los cielos ni la tierra existirían, ya que Abraham fue circuncidado el día diez del mes de Tisri, es decir, el día que más tarde se celebraría como Día de las Expiaciones, en el cual todos los pecados de Israel son perdonados" (*Pirkei de R. Eliezer*, 29). Para entrar en Israel, todos los varones tuvieron que ser circuncidados (Josué 5:2). La importancia de la circuncisión reside en el hecho de simbolizar la entrada en la Alianza con Dios. Hasta hoy, en la oración de la ceremonia el padre dice: "Bendito

seas... tú que nos has bendecido con este mandamiento que has prescrito, mediante el cual hacemos entrar a nuestros hijos en la alianza que estableciste con Abraham nuestro padre". Según algunos maestros, la observancia de este mandamiento, que pasaba por encima de los demás (*Shabbat* 130 a - 132 b; cf. Juan 7:22, 23), ha sido suficiente para asegurar la supervivencia de Israel a través de los siglos (cf. Spinoza, *Tractatus theologico-politicus* 3:53; *Encyclopaedia Judaica*, t. 5, col. 572). No es de extrañar, pues, que a los primeros judíos convertidos al cristianismo les costase desprenderse de la creencia en el valor incomparable de este precepto (véase Hechos 15:1; Gálatas 5:1-15).

La tendencia era considerar todos los Mandamientos iguales, no importa lo accesorios que pudieran parecer: "Que el mandamiento más insignificante sea para ti tan importante como el más grave" (*Sifré Deuteronomio* 12:28; 13:18; 19:11). Sin embargo, un Mandamiento que destaca especialmente en la Biblia es el concerniente al sábado. Es el primer Mandamiento observado tras la creación del mundo, por Dios mismo (Génesis 2:1-3). Es, con mucho, el Mandamiento más abarcante, ya que incluye la valoración del trabajo, el culto a Dios como Creador y la justicia social (Éxodo 20:8-11; Deuteronomio 5:12-15). Es el único Mandamiento designado como pacto perpetuo y señal de identificación del pueblo de Dios (Éxodo 31:13-17). Los profetas lo destacan entre los demás (Nehemías 9:13, 14), incluso como símbolo y garante de la salvación (Isaías 56:1-7).

El valor del sábado es tal que alguien llegó a afirmar que "cuando Israel observe un solo sábado como está prescrito, el Mesías vendrá" (Éxodo *Raba* 25:12). La originalidad de la enseñanza de Jesús no reside en la importancia concedida al amor de Dios y al prójimo como cumplimiento de la Ley (puesto que el Antiguo Testamento y el judaísmo lo reconocían plenamente), sino en la idea de que el amor resume toda formulación de la Ley divina y está por encima de ella.

[171](#) Juan 13:35.

[172](#) Soltar nuestras amarras no significa vencer nuestros defectos. No solo no necesitamos vencer ningún defecto para acudir a Cristo, sino también seríamos incapaces de ello. Intentarlo sería caer en la trampa más diabólica –según el lenguaje bíblico– que pueda existir. Lo único que necesitamos es vencer nuestra resistencia a entregarnos a él. La victoria sobre nuestros problemas vendrá después, porque él será el guía y el motor de nuestra vida. En Juan 1:12 (CI) se dice que "a todos los que lo aceptaron les dio poder para llegar a ser hijos de Dios".

[173](#) Lucas 18:23.

[174](#) Hechos 20:35.

CAPÍTULO 8

A SOLAS

Aquel patio interior, al amparo del bullicio de la ciudad, resultaba un remanso de paz en su ajetreada ruta. Cuando venía por el camino polvoriento del desierto, donde el sol cegaba los ojos sobre los páramos desolados y las cigarras lo ensordecían todo con sus chirridos, no tenía mejor refugio que aquel pequeño oasis de frescura y verdor.[175](#)

A través de los arcos se divisaba, recortado sobre las colinas, un sencillo paisaje de campos pajizos y diminutas viñas sostenidas por ribazos de piedra, en un escalonamiento de ocres interrumpido de vez en cuando por el verde-gris de algún olivo o por la mancha negruzca de una higuera.[176](#)

Desde que María intuyó que a Jesús le agradaba, aquel rincón se había convertido en el marco de su paraíso interior. Durante las largas ausencias del Maestro, en cuanto podía, le encantaba sentarse como él, cara al cielo, con la mirada levantada hacia las colinas que ocultaban Jerusalén.[177](#)

¡Su vida había cambiado tanto desde que lo encontró! Solo ellos dos lo sabían realmente. Los demás no tomaban en serio su cambio. Para ellos, María continuaba siendo la chiquilla consentida que equivocó su vida, la cabeza loca que nunca supo escoger. Una mujer desquiciada, marcada para siempre.[178](#) Hasta su reciente devoción por Jesús les parecía un capricho más. Desconcertante, casi imposible, pero pasajero. Ella, sin embargo, sabía que se trataba de algo definitivo. Había emprendido un rumbo del que nada podría apartarla.

La súbita llegada del Maestro casi la había paralizado de emoción. Lo había esperado tanto, represen-

taba tanto para ella, que no veía ni oía nada más. Como en un sueño, saboreaba el privilegio de verlo de nuevo, de tenerlo cerca, de escucharlo. Era un hombre tan distinto, que no sabía cómo hacerlo feliz.

Como obsequio especial, le ha preparado su rincón del patio y lo ha adornado con un desvelo, insólito en ella, que desconcierta a su hermana.

Siempre diferentes, cada una reacciona a su manera ante la inesperada visita. Mientras Marta no puede ocultar la turbación que le produce el contratiempo, María le tiende el agua y los lienzos para que se refresque.¹⁷⁹ Y enseguida, con la complicidad de un niño, lo lleva a la sorpresa del patio. Jesús se reclina entre plantas y almohadas y sonríe agradecido a María, que ríe de satisfacción. No sabe cómo atender mejor a este hombre excepcional, que también necesita de descanso y cariño. Y como si no existiera para ella nada más en el mundo, se sienta en el suelo, contra los tiestos de plantas aromáticas,¹⁸⁰ a sus pies, como un discípulo más.¹⁸¹

Marta también quiere agasajar a su huésped como nunca. Por eso hubiera preferido que se quedase en lo mejor de la casa, en el diván de los invitados. La presencia en torno de ella hasta de sus mejores amigos, la pone nerviosa. Le molesta que la observen en lo que considera su intimidad.¹⁸² Una vez más, María le causa problemas. Justo cuando más la necesita, le deja a ella sola todo el trabajo. La reciente devota se apasiona últimamente por las conversaciones espirituales de aquel Maestro, con el que Marta nunca ha llegado a sincerarse. Quizá por eso, sin quererlo, oculta su malestar atrincherándose en el trabajo. Se apresura a encender el fuego, a sacar agua, a coger un cesto de fruta fresca, a buscar en el arcón el mantel de las fiestas... Corre del huerto a la leñera, y del salón al pozo. Y mientras el fuego crepita en el hogar y el agua hervir en la olla, Marta, acalorada, prepara la mesa, lanzando miradas fulminantes a una María

embelesada en atender a quien parece tener mucho que decir...[183](#)

Marta intenta llamar la atención de su hermana para que la ayude. Hace ruidos con las cacerolas. Le hace señas. Pasa a su lado, la roza, la empuja. Como se siente insatisfecha en su actitud, reacciona justificando el valor de sus actos comparándolos con la pasividad de su hermana. Su mala conciencia se defiende reprochando unas faltas que camuflan las propias. Ofuscada por el resentimiento, llega a olvidar la cortesía, y estalla interrumpiendo a su huésped y poniéndose a reprenderlo.[184](#)

¿Cómo puede Jesús ser tan insensible ante quien se esfuerza tanto por agradarle?

—Señor, ¿no te parece mal que mi hermana esté ahí sentada, mientras yo me mato trabajando? Dile que venga a ayudarme.

Teniendo en cuenta a quien van dirigidas, estas palabras suenan bastante duras. Pero Marta no comprende a Jesús, que pierde el tiempo con quien no vale la pena; ni soporta a María, que se evade escuchando cuando hay cosas más urgentes que hacer.

Jesús no contesta a estos reproches como hubiera respondido cualquier hombre de su época a una mujer tan atrevida. A pesar de conocer bien a las hermanas, y aunque así lo parezca, no comete el error de tomar partido por una de ellas y justificar su actitud. Sabe que casi todo es justificable desde algún punto de vista. Por eso desplaza la discusión de los límites de los mecanismos psicológicos y la centra sobre la cuestión de los valores:

—Marta, te preocupas demasiado por esas cosas, habiendo una más necesaria. Aunque te sorprenda, María ha escogido la mejor parte, y nadie podrá quitársela.

Si en vez de aprovechar la oportunidad de conocer mejor a Jesús y disfrutar de su presencia, Marta se aturde con sus ocupaciones y reacciona agresivamente, es porque algo perturba su percepción de la realidad. Antepone las cosas (una mesa bien puesta, una comida bien hecha) a las personas. Presta más atención a las acciones pasajeras que a las relaciones que perduran. Jesús no le reprocha lo que hace, sino lo que deja de hacer. No cuestiona su solicitud, sino sus prioridades. Le muestra que sus actividades, aun siendo buenas, la privan de algo mejor. Da una importancia desmesurada a lo accesorio, porque no sabe o no se atreve a afrontar lo esencial. Prefiere una relación formal y protocolaria –en una cena de etiqueta– a un encuentro cara a cara, en la confidencia y la autenticidad.

Marta y María representan dos maneras diferentes de vivir la fe.

A María le interesa estar con Jesús. Su presencia le proporciona paz y serenidad. Escucha y aprende. Es feliz. Marta, absorta en su trabajo, no llega a descubrir esa posibilidad. Inquieta y preocupada, se queja y critica. Su propia agitación la indisponer contra su hermana y la aleja de Jesús. Su abrumadora exhibición de actividad no consigue disimular su vacío. Cuando falta lo esencial, la paz no es posible.

Por eso Marta, cuanto más se esfuerza más sufre. Su irritabilidad deja entrever la existencia de una barrera que bloquea su encuentro con Jesús y consigo misma. Así, en vez de acercarse a él intenta evitarlo.

Como no lo conoce suficientemente, cree que lo prioritario es lo que ella debe hacer por él. No sabe todavía que lo principal es lo que él puede hacer por ella. Por eso, aunque trabaja para él, en el fondo no lo atiende, le manda. No conecta con él. Su centro de interés no es exactamente su huésped sino ella: su banquete, su imagen, su prestigio. Necesita comprender lo único necesario; que María ha encontrado ya y ella

todavía no: la paz de tener a Dios en el centro de la vida.

Marta, además, juzga injustamente a su hermana. No sabe aún que está también al servicio de Jesús, aunque de otra manera. Quizás hoy no acierte a cocinar, pero es capaz de gastarse el salario de un año en un solo regalo,[185](#) acompañarlo hasta la cruz,[186](#) arriesgar por él su vida y seguirlo aun después de la muerte.[187](#)

Al ser consciente de que tiene mucho que aprender, María se desvive porque el Maestro le enseñe. Lo poco que conoce de él ha sido suficiente para transformar su vida. Y sabe por experiencia que él prefiere dar que recibir.

En medio de nuestro quehacer cotidiano, Jesús viene también a visitarnos. A menudo, como Marta, estamos demasiado ocupados en nuestros asuntos para escucharlo. Tenemos tantos problemas, tantas preocupaciones, tanto que hacer, que no nos queda tiempo para estar con él.

Quizá también, inconscientemente, nos resistimos a encontrarnos con él a solas, porque intuimos que su influencia puede ser decisiva. No nos atrevemos a afrontar ese encuentro a corazón abierto, y nos evadimos tras mil urgencias para justificar nuestra dilación.

Unos, distraídos o agitados como Marta, se aturden haciendo cosas. Algunos hasta grandes obras, incluso sacrificios dolorosos, para Dios, sin lograr salir de su insatisfacción. Otros, como María, dan prioridad a su comunión con Jesús y sus vidas irradian serenidad.

Hay quienes se basan en este pasaje para defender la superioridad de la contemplación sobre la acción. Pero no se trata de eso. Jesús no reprocha a Marta su actividad, ni menosprecia su interés por las tareas domésticas, ya que él mismo se complacerá en

cocinar para sus amigos, incluso después de resucitado.¹⁸⁸ Simplemente, la invita a que recapacite sobre sus prioridades en la vida.

Para crecer espiritualmente, para que el ideal que Dios nos propone llegue a hacerse realidad, hay muchas cosas importantes, pero solo una indispensable; la misma que muchos de nosotros no hemos probado todavía: aceptar un encuentro.¹⁸⁹

Nos cuesta creer que el Evangelio sea tan sencillo. Pero así es: lo esencial no son nuestras realizaciones personales, sino nuestra relación con Jesús. Transformada por él, nuestra existencia ordinaria se vuelve extraordinaria.¹⁹⁰

En un mundo donde prevalecen los valores materiales sobre los espirituales y humanos, resulta difícil vivir plenamente. Sufrimos de superficialidad. La cantidad de nuestras vivencias les resta frecuentemente intensidad y calidad. En realidad, muchos de nosotros consumimos la existencia, o pasamos por ella, más que vivimos.

La incoherencia de nuestra escala de valores se manifiesta de un modo especial en nuestro planteamiento de la educación. Somos muy absolutos en lo relativo y muy relativos en lo absoluto. Damos mucha importancia a lo secundario, en detrimento de lo esencial. Aprendemos innumerables datos sobre Historia, Matemáticas, Geografía, etcétera; pero ¿nos preparamos realmente para vivir mejor y ser más felices?

Nuestra formación nos ha hecho capaces de conquistar el espacio exterior a nuestro planeta, pero no el espacio interior de nuestro propio ser. Somos capaces de gobernar las fuerzas de la naturaleza, pero incapaces de gobernar nuestra fuerza de voluntad. Capaces de controlar la energía atómica (?), pero incapaces de controlar nuestra energía sexual. Capaces de dejar el mundo sin vida, pero incapaces de dejar de fumar o de criticar. Hemos aprendido a vencer

la fuerza de la gravedad, pero no la fuerza de la costumbre. Sabemos conducir los más sofisticados vehículos, y a menudo no sabemos conducirnos a nosotros mismos. Hemos vencido casi todas las epidemias, pero no hemos superado casi ninguno de nuestros prejuicios. Podemos establecer conexiones increíbles en complicadísimos circuitos electrónicos, pero no podemos establecer relaciones normales con los miembros de nuestra propia familia. Podemos comunicarnos con facilidad en un instante con cualquier parte del globo, pero somos incapaces de comunicarnos normalmente con nuestros padres, con nuestros hijos o con nuestra pareja. Damos por sentado que somos cristianos, viviendo al margen de Cristo.

Quizá, como Marta, lo que más necesitamos es simplemente hacer un alto en nuestras múltiples actividades. Escoger, en nuestra efímera parcela de existencia, la mejor parte, esa que nadie podrá quitarnos nunca, y, por fin, encontrarnos con Jesús.

[175](#) Texto basado en S. Lucas 10:38 al 42. La Betania de entonces era una aldea minúscula situada a menos de tres kilómetros al sureste de Jerusalén (S. Juan 11:18 dice 15 estadios; es decir, 15 veces 180 metros) camino de Jericó. Los evangelios mencionan numerosas visitas de Jesús a Betania, a casa de Lázaro, Marta y María, sea viniendo del desierto de Judea, sea viniendo de Jerusalén (S. Mateo 21:17; S. Marcos 11:1, 12; S. Lucas 19:29; etc)..

[176](#) La descripción de este paisaje corresponde, aproximadamente, a lo que hoy se puede divisar desde lo que todavía llaman “La casa de Lázaro”.

[177](#) Desde Betania, la Jerusalén antigua quedaba oculta por el famoso Monte de los Olivos.

[178](#) Gran parte de los especialistas identifican a María de Betania con la pecadora perdonada por Jesús (S. Lucas 7:36-50) y con María Magdalena, de la que este había expulsado siete demonios (S. Lucas 8:2). En el *Testamento de Rubén* 2:1, se dice que en los casos de posesión múltiple “de los siete espíritus impuros el primero es la *pornéia* [perversión sexual]”.

[179](#) Una de las tareas de la mujer o de la hija era lavar la cara, las manos y los pies del cabeza de familia (*Tos. Qiddushin* 1:11; *b Ketubbot* 61 a).

180 Era normal cultivar en casa hierbas aromáticas, utilizadas como condimentos, como la menta, el eneldo o el comino (S. Mateo 23:23).

181 Que una mujer adoptase la actitud de un discípulo (considerada como exclusivamente masculina) no se conocía hasta ser aceptada por Jesús. Aun así, los evangelios hablan poco de sus discípulas. Sin embargo, Lucas dice que fueron relativamente numerosas, y algunas socialmente tan bien situadas como Juana, mujer del intendente del rey Herodes (S. Lucas 8:1-3).

182 Las reglas de la buena educación prohibían a un hombre encontrarse a solas o conversar en privado con una mujer (*Qiddushin* 4:12 b; 81 a), ni hablar con ella más de lo estrictamente indispensable. José ben Yohanan de Jerusalén, uno de los más antiguos y respetados escribas (alrededor del 150 a.C.) ordenaba: “No hables mucho con una mujer [...] Ni siquiera con la tuya propia” (*Abot* 1:5) De ahí la extrañeza de los discípulos al ver a Jesús conversar con la Samaritana (Juan 4:27). Filón, contemporáneo de Jesús, decía: “Las mujeres deben quedarse siempre en casa y vivir retiradas. Las jóvenes deben permanecer en los aposentos interiores, poniéndose como límite la puerta de comunicación [con los aposentos a los que tienen acceso los hombres]. Y las casadas, la puerta del patio como máximo [...] para evitar por pudor la mirada de los hombres, incluso de los parientes más cercanos” (*De specialibus legibus* 3:169). Este “ideal” teórico no parece haberse llevado siempre a esos extremos en la vida práctica.

183 En aquella sociedad, la mujer solía mantenerse al margen de la mayoría de manifestaciones religiosas, puesto que solo se la creía sujeta a las prohibiciones de la Torah (excepto tres, que concernían únicamente a los hombres, según la interpretación rabínica de Levítico 19:27 y 21:1, 2; *Qiddushin* 1:7), pero estaba eximida de casi todos los preceptos positivos, es decir, de todos los “vinculados con el tiempo” (*Qiddushin* 1:7), como la obligación de ir a Jerusalén en peregrinación en las fiestas, de asistir a los servicios religiosos (*Hagiga* 1:1), de recitar ciertas oraciones (*Berakhot* 3:3), y sobre todo, de estudiar de la Torah. Rabí Eliezer (hacia el 90 d.C.) decía que “quien enseña la Torah a su hija es como si le enseñara el libertinaje” (*Sota* 3:4), y “vale más quemar la Torah que transmitirla a las mujeres” (*j Sota* 3:4, 19 a). El hecho de transmitir la vida y asumir la maternidad se consideraba responsabilidad suficientemente sagrada como para dispensar a la mujer de las demás obligaciones religiosas (*cf.* 1 Timoteo 2:15). La actitud de Jesús hacia la mujer “es un acontecimiento sin parangón en la historia de la época” (Joachim Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 387). Quizá se haya exagerado la

importancia de la tradición según la cual “el hombre debe dar gracias a Dios cada día por estas tres cosas: porque he nacido israelita, porque no me has hecho mujer, y porque no soy imbécil” (*Menahot* 43 b), o según otra versión: “Porque no he nacido ni pagano, ni esclavo, ni mujer” (*Abot* 2:6). La sabiduría rabínica explica esa triple gratitud, diciendo que solo el hombre, libre e inteligente, puede ser responsable ante Dios del cumplimiento de toda la Ley. No parece que estas nociones estuviesen basadas en la idea de la superioridad masculina, ya que el Talmud sostenía que “Dios concedió a la mujer más inteligencia que al hombre” (*Middot* 45 b); si bien es cierto que se pensaba que tenía más tendencia que este a utilizarla para el mal, y en particular para la brujería y las malas artes (*Yoma* 83 b).

184 La cortesía exigía “no hablar ante alguien superior en sabiduría, no interrumpirlo en la conversación, no apresurarse a responder, y preguntar solo cosas importantes y del modo apropiado” (*Abot* 5:7).

El respeto debido a los padres se aplicaba igualmente a los maestros. Cuando un hijo o un discípulo se sentía impelido por la conducta del adulto a presentarle alguna objeción, debía hacerlo en privado, y la forma recomendada era la siguiente: “Padre, la Torah dice en tal o cual versículo...”, dejando que el “reprendido” sacase su propia conclusión (*Qiddushin* 32 a).

185 S. Juan 12:1-8 registra que María ungíó a Jesús con “una libra de perfume de nardo puro”, que Judas valoró en trescientos denarios. Podemos hacernos una idea del precio de aquel regalo teniendo en cuenta que un denario equivalía al jornal medio de un día de trabajo. (cf. S. Mateo 26:6-13; S. Marcos 14:3-9).

186 S. Mateo 27:55, 56; S. Marcos 15:40, 41; S. Lucas 23:49.

187 S. Mateo 28:1-10; S. Marcos 16:1-8; S. Lucas 24:1-11; S. Juan 20:11-18.

188 S. Juan 21:4-9.

189 Véase Morris L. Venden, *Fe en acción*, Buenos Aires, ACES, 1980, p. 29.

190 La clave está en poder decir, como Pablo: “Para mí el vivir es Cristo” (*Filipenses* 1:21).

CAPÍTULO 9

EN EL CAMINO

Los jóvenes se detuvieron al borde del camino, contrariados. La fatiga del viaje y el malestar por lo ocurrido en la aldea los había colocado al límite de la crispación. Así no podían seguir. En otras circunstancias, hubiesen avanzado hasta entrada la noche. Aquella tarde preferían descansar de una vez. Pero ¿dónde?

Aunque la situación no parecía tan peligrosa como en otras ocasiones, las cosas se habían puesto mal y no era fácil pasar inadvertidos en la zona. El odio ancestral, transmitido de padres a hijos y avivado por las continuas querellas, había desarrollado en las gentes de aquel lugar una sensibilidad especial para detectar judíos.

A pesar de las precauciones de siempre, en la última aldea los habían descubierto y nadie había querido hospedarlos.[191](#)

Ellos jamás se hubieran arriesgado a pedir alojamiento en un lugar como aquel. Era Jesús quien los había empujado, movido por aquella actitud universalista, tan suya, que ellos no llegaban todavía a entender. Admiraban su valentía, su sentido de la justicia, casi todo. Pero no comprendían su increíble paciencia con sus enemigos.[192](#)

Lo habían dejado todo por seguirlo y, sin embargo, les costaba seguirlo en todo. Dos cosas les resultaban particularmente difíciles: atreverse con el qué dirán y dejar de odiar.[193](#)

Cuando los samaritanos les cerraron las puertas de la aldea, la vieja herida del odio se abrió, ante el desprecio. No tanto por ellos, que ya se lo temían, sino

por Jesús, que no se lo merecía y que decía amarlos. De ahí que su primera reacción fuera de venganza:

–¿Quieres que mandemos que caiga un rayo y acabe con ellos?[194](#)

Sus creencias les impedían comprender que Dios no suele necesitar castigar a nadie. Que al rechazar a Jesús, aquellos aldeanos se estaban penalizando a sí mismos, perdiendo la última oportunidad de hospedarlo.[195](#)

La inesperada reprensión del Maestro los había dejado avergonzados.

–No sabéis de qué espíritu estáis animados. Yo no he venido para destruir, sino para salvar.[196](#)

Penosamente, los discípulos reanudaron la marcha, cabizbajos, hacia otra aldea. En efecto, seguir a Jesús no era siempre lo que ellos habían imaginado.[197](#)

Avanzaba solo y triste el Maestro. Quienes no lo conocían no lo querían recibir, y quienes lo seguían se mostraban más dispuestos a destruir que a salvar. Sin embargo, los esperó para seguir caminando con ellos.

Tres encuentros imprevistos desvían hacia otros derroteros el ambiente tenso de este final de viaje. Jesús se encuentra con tres hombres que manifiestan sus deseos de seguirlo. Pero va a atender sus demandas, a primera vista razonables y lógicas, con unas respuestas desconcertantes y aparentemente irrazonables.[198](#)

El primero que se le acerca es un escriba.[199](#) Es decir, un intelectual, de los que abundaban más en la oposición que entre los discípulos. Aquel hombre está tan impresionado por el Nazareno, que se ofrece a acompañarlo con una disponibilidad que parece total:

–¡Maestro, te seguiré vayas donde vayas!

Jesús, no obstante, se da cuenta de que aquel joven impetuoso se está embarcando en algo que desconoce y no se precipita a aceptarlo. Sin rechazar su decisión, quiere que reflexione sobre la realidad que le espera. Porque él no quiere seguidores a cualquier precio, sino discípulos que sepan lo que hacen. De ahí sus palabras:

—Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.[200](#)

Zorras y pájaros llevan una existencia inquieta, huidiza, siempre amenazada. Pero tienen un lugar de descanso, aunque sea precario, cada día. Jesús acaba de ser rechazado en una aldea, no sabe dónde tendrá que pasar la noche y mañana seguirá hacia Jerusalén, donde lo espera la cruz. Seguirlo supone aceptar el riesgo de lo inesperado, quizás hasta perder la seguridad material. A cambio —eso sí— de una seguridad diferente.[201](#)

Es maravilloso oírse decir: “Te seguiré a donde quiera que vayas”.

Ahora bien, el que ama de veras no quiere obtener del amado nada que no sea libremente consentido. Jesús prefiere que sus seguidores sepan lo que les espera, a que estén movidos por un impulso momentáneo, irreflexivo, emotivo o superficial. Seguirlo puede suponer dejar algunas cosas. Aquel hombre (cada caso es distinto) quizás debía abandonar su oficio y su seguridad económica. Para ello, necesitaba conocer de antemano su itinerario y sus condiciones de ruta.

El relato no dice cómo respondió el escriba a esa puesta en guardia. Inmediatamente centra la atención en su segundo encuentro. Esta vez, la iniciativa es de Jesús, que ve a alguien y le dice directamente: “Sígueme”.

No sé qué vería en aquel desconocido cuando lo invita a seguirlo. El texto solo recoge que el joven (imagino que lo era, porque su respuesta no es la de un cabeza de familia) responde:

–Permíteme que entierre primero a mi padre.[202](#)

¿Reacción loable de un buen hijo afligido? Así parece. Por eso nos desconcierta la respuesta que recibe:

–Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete por ahí a anunciar el reinado de Dios.[203](#)

¿Qué significa esa dura réplica? Si el padre del muchacho estaba muerto, ¿cómo lo iba a dejar sin enterrar? En una sociedad en la que dar digna sepultura era un deber más que sagrado, ¿cómo se puede incitar a alguien que tiene a su padre de cuerpo presente a que se vaya “por ahí”, sin enterrarlo?[204](#)

En la Palestina de aquellos tiempos, los funerales tenían lugar muy poco después del fallecimiento, incluso el mismo día.[205](#) No solo por higiene, debido al calor, sino por razones religiosas. Mientras había un cadáver en una casa, todo lo que estaba en contacto con él se consideraba impuro y, por tanto, inapto para relacionarse con Dios. La costumbre exigía también que el hijo acompañara a su padre hasta la tumba. Si aquel joven no estaba atendiendo a su difunto padre, era sencillamente porque este no había muerto.

La expresión “Déjame que primero entierre a mi padre” quiere decir, simplemente: “Espérate a que mi padre muera”. Este joven busca una excusa para aplazar su decisión. Lo que dice significa: “Déjame que siga mi vida. Cuando quede libre de las presiones familiares, que no me atrevo a afrontar, entonces podré seguirte. Ahora no quiero problemas. Cuando entierre a mi padre, entonces te seguiré”.

El padre del muchacho podía ser todavía joven. Quizá pasaran muchos años antes de que encontrase la ocasión favorable para responder a esa invitación. Por eso Jesús le replica con una frase que es una verdadera sacudida espiritual:

–Deja que los muertos entierren a sus muertos.

Un joven que quería consagrarse a Dios quedaba dispensado por la ley de la responsabilidad de enterrar a su padre, si tenía otros hermanos o familiares, lo cual era muy probable en aquella sociedad patriarcal. Ellos podían ocuparse del padre en su ancianidad, dejando al muchacho libre de realizar su vocación.[206](#)

La respuesta de Jesús podemos entenderla más o menos así:

–Comprendo tu deber de hijo. Pero tú no deseas cumplir con un deber piadoso, sino prorrogar tu decisión para un hipotético “más adelante”. No temas poner tu fidelidad a Dios y a tu conciencia por encima de tu respeto a la tradición o a las costumbres familiares; enterrar a los muertos lo puede hacer cualquiera. Intentar resucitarlos espiritualmente, que es a lo que yo te llamo, es más difícil. Tú tienes algo más importante que hacer. Ahora que has encontrado el secreto de la Vida, ve a anunciarlo por todas partes. Deja que quienes se hallan espiritualmente muertos se atrincheren detrás de sus pretextos. Acaba con tu lucha interior entre el llamado de Dios y las presiones de tu mundo personal. Tu mejor opción es aceptar la Vida y compartirla con otros, quizás empezando por tu padre. Porque seguir la conciencia no admite demora; y no seguirla, no admite excusas.

Mientras estas palabras vibran todavía en el aire, entra en escena el tercer interlocutor, quien, acercándose, dice:

—Señor, te seguiré. Pero déjame primero despedirme de mi familia.

Ante esta decisión vacilante, rectificada, Jesús le contesta:

—El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios.[207](#)

Respuesta de nuevo desconcertante. ¿No podía aquel hombre despedirse siquiera de su familia? Para entenderla, hay que recordar que despedirse en el mundo bíblico no era solo decir adiós. Aquellas despedidas podían durar no ya horas, sino días y semanas. Se podían alargar durante meses y hasta años.[208](#) Porque despedirse significaba también zanjar definitivamente los asuntos familiares. “Déjame que me despida de todo lo mío” quiere decir “de todo lo que constituye mi vida” (además de los miembros de la familia, posibles asuntos de herencia, sucesión, negocios, etc)..

Ante tanto recelo, Jesús responde que si alguien quiere avanzar correctamente, debe dejar de mirar atrás.

En la huerta de Valencia (la que mejor conozco) hay campos con surcos increíblemente rectos. Siempre me ha asombrado su trazado perfecto, pues han sido abiertos con un simple arado romano y una caballería. La concentración de los labradores es impresionante. No se puede conseguir surcos tan rectos mirando atrás.

Mirar atrás, no pensar en lo que uno emprende sino en lo que deja, es una actitud espiritualmente peligrosa; equivale a menudo a desviarse, a perder de vista el objetivo. Porque labrar la tierra, con el fin de que la semilla de Dios germe y fructifique, es un compromiso serio que exige una resolución sin reservas ni añoranzas paralizantes.

Quien pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no sabe lo que hace. Se puede seguir a Cristo sin cambiar de trabajo, pero no sin cambiar de rumbo en la vida. La entrega a Dios es como la entrega amorosa: una entrega total. Las entregas a medias solo producen relaciones inciertas y surcos torcidos...

La presión de la familia, los amigos, los negocios, las cosas que nos tienen atados, es intensa y difícil de romper. Pero quien dice “Señor, te seguiré”, no puede estar continuamente pensando en lo que deja. Porque le puede ocurrir como a la mujer de Lot, y quedar definitivamente aprisionado por su pasado.[209](#)

Los tres candidatos de nuestra historia tenían que descubrir que la entrega a Jesús es siempre liberadora.

Al primero se le muestra que esta supone perder el miedo a lo por venir, pues aunque no asegura lo inmediato, equivale a poseer el futuro.

Al segundo, que entregarse consiste en desligarse de las ataduras del presente, incluidas –a veces– las familiares, porque consiste en integrarse en la gran familia de Dios.

Al tercero, que seguir la vocación es liberarse de la nostalgia paralizante del pasado.

La entrega a Dios nos hace vencer este triple temor que obstaculiza nuestra liberación completa: el miedo al presente, el lastre del pasado y la incertidumbre del futuro.

En la vida de todo ser humano hay momentos que a veces no se repiten, en los que hay que decidir. El “aquí” y el “ahora” es el único espacio, casi, del que disponemos. Este presente fugaz es el tiempo de la decisión, quizás el de la entrega total y sin reservas: definitiva.

A quienes nos ocurre un poco como al intelectual impulsivo, que dijo precipitadamente: “Te seguiré”, pero no sabía lo que decía, Jesús nos advierte del riesgo que corremos siguiéndolo. Porque seguirlo es comprometido.

A quienes nos parecemos a aquel hijo de papá, calculador y cauteloso –¿un poco mimado?–, que quería aplazar su entrega para más tarde, nos pone en guardia acerca del peligro que supone postergar nuestra decisión indefinidamente. La vida no es un ensayo que siempre pueda volver a empezar.

Y a quienes hacemos como el labrador indeciso, que condicionaba su entrega a la desaparición de sus problemas, nos recuerda el riesgo de caer en la trampa de nuestras excusas. Porque siempre tendremos problemas. No podemos seguirlo a medias. ¡Vale la pena seguirlo en serio!

El relato termina sin contarnos lo que decidieron aquellos hombres. ¿Siguieron los tres a Jesús? ¿No lo siguió ninguno? ¿Lo siguió alguno? Los evangelios no satisfacen nuestra curiosidad.²¹⁰ Simplemente, nos plantean los encuentros en un texto condensado, cuyo final abrupto sugiere una única pregunta: ¿Qué vas a hacer tú?

¹⁹¹ S. Lucas 9:51-53. El antagonismo entre judíos y samaritanos se remonta a la guerra de secesión entre los hijos de Salomón, a partir de la cual la parte norte del reino se separó de Judá (1 Reyes 12). El conflicto político adquirió connotaciones religiosas, que lo envenenaron todavía más durante el período asirio, al ser obligada la población a mezclarse con colonos paganos (2 Reyes 17). La división se agravó irreversiblemente al regreso del exilio babilónico, cuando Judá rechazó la reconciliación con Samaria y su colaboración en la reconstrucción del Templo de Jerusalén (Esdras 4). Los samaritanos erigieron su propio templo en el monte Gerizim. En el año 108 a.C. los judíos lo destruyeron. En tiempos de Jesús, los ortodoxos trataban a los samaritanos como herejes, legalmente tan impuros o más que los paganos (S. Lucas 9:52; S. Juan 4:9; 8:48).

192 Según Josefo, se necesitaba como mínimo tres días para ir de Galilea a Jerusalén, ya que los judíos evitaban la ruta de Samaria (*Vida* 269), y daban la vuelta por el otro lado del Jordán. Jesús parece haber seguido también esta ruta alguna vez (S. Mateo 19:1), aunque los evangelios subrayan su osadía, e incluso su predilección por pasar a través de Samaria (S. Lucas 9:51-56; S. Juan 4:1-5, 39-43). La ausencia de prejuicios en el comportamiento de Jesús con los samaritanos es algo totalmente insólito (S. Lucas 10:33; 17:16; S. Juan 4:5-40). Más tarde, la iglesia primitiva, siguiendo su ejemplo, privilegiará la misión en Samaria (Hechos 1:8; 8:5-25; 9:31; 15:3).

193 Sin duda, entre las enseñanzas de Jesús más difíciles de practicar estaba la de amar al enemigo (S. Mateo 5:38-41, 43-45) y buscar la grandeza en el servicio (S. Marcos 10:42-45).

194 S. Lucas 9:54, NBE.

195 Según S. Lucas 9:51, este episodio tiene lugar al inicio de la larga subida a Jerusalén, que culminará con los acontecimientos de Pascua. Jesús no volverá a pasar más por allí.

196 S. Lucas 9:55, 56.

197 La reacción violenta de los discípulos puede venir motivada, además, por el miedo a pasar la noche al raso, arriesgándose con ello a caer en manos de alguna de las numerosas bandas de bandidos y terroristas que arrasaban por aquel entonces el país (Josefo, *Guerra* 2:228; 1:310-313), asolado por el espectro del paro y de la miseria (*cf.* S. Mateo 20:1-16).

198 S. Lucas 9:57-62.

199 Esta precisión la da el texto paralelo de S. Mateo 8:19.

200 S. Lucas 9:58, NBE.

201 Es curioso que, al hablar con el escriba, Jesús se llama a sí mismo “Hijo del hombre”, un título que nadie le atribuye en los evangelios y que él, sin embargo, se aplica con una predilección especial. Esta expresión subraya su humanaidad, y lo que esta conlleva de inseguro y vulnerable. A la vez, lo identifica como el Mesías, ya que “Hijo del hombre” es también el término usado por el profeta Daniel (7:13, 14) para describir a Aquel que tenía que venir a salvar a los suyos y a instaurar su Reino de paz. Con esta designación Jesús recalca la realidad de su entrega, de su humillación y de su sufrimiento, a través de los cuales, solamente, podrá conseguir su Reino. Advierte así, a aquel candidato a discípulo, que no es fácil alcanzar la gloria sin pasar por la cruz.

202 S. Lucas 9:59.

203 S. Lucas 9:60, NBE.

204 Jesús reprendió severamente a quienes descuidan el Mandamiento de honrar a sus padres (Éxodo 20:12), aunque lo hagan apoyándose en excusas de tipo religioso (S. Marcos

7:6-13). Para él, tenía tanta importancia atender a los padres que se preocupó por asegurarle la mejor asistencia posible a su madre aun en un momento tan desfavorable como el de su propia agonía en la cruz (S. Juan 19:25-27).

205 Véase, por ejemplo, Hechos 5:1-10.

206 Números 6:1-8. Jesús mismo tuvo que enfrentar la incomprendión de su propia familia, para dedicarse al ministerio que le dictaba su vocación (S. Juan 7:1-10; S. Mateo 12:46-50; S. Marcos 3:31-55; S. Lucas 8:19-21). Y anunció que a muchos de sus seguidores les ocurriría lo mismo (véase S. Lucas 12:51-53, donde Jesús parafrasea la profecía de Miqueas 7:6).

207 S. Lucas 9:61, 62, NBE.

208 Esta realidad sorprendente se puede comprobar leyendo las despedidas de Jueces 19 o las de 1 Reyes 19 y 20.

209 Génesis 19:23-26; S. Lucas 17:28-33 (*cf.* Sabiduría 10:6, 7; Eclesiástico 16:8).

210 En realidad el texto no termina con estos interrogantes, que sin duda dejan un cierto sabor de fracaso. Porque ¿quién se siente más apto que aquellos hombres para seguir a Jesús? La continuación del relato nos muestra que, con la ayuda divina, aquello que con nuestras capacidades nos parece imposible no solo resulta posible, sino increíblemente fructífero. Inmediatamente después de este triple encuentro, por cada uno de los tres –que no sabemos por fin qué hicieron– Jesús va a conseguir dos docenas de seguidores. Cuando él envía a aquellos nuevos discípulos a predicar el evangelio, ellos saben muy bien que su fuerza no está en sus virtudes ni en sus cualidades personales, sino en el poder del que los envía. “He aquí yo os envío. Id...” El texto dice que cumplida su misión, volvieron entusiasmados por el éxito (S. Lucas 10:17-24). Para conocer esa alegría suprema, la próxima vez que en el camino de nuestra vida Jesús nos invite a seguirlo, en vez de buscar excusas, como aquellos hombres, respondamos, sencillamente: “Sí. Acepto seguirte. Y acepto tu camino. Pero no porque me crea mejor que ellos, sino porque tú me lo pides. Si tú, que eres más inteligente y ves más claro que yo, te atreves a llamarme, es porque sabes que en algo te podré servir”.

CAPÍTULO 10

BAJO UN ÁRBOL

Un nombre sacude el letargo de la ciudad adormecida. Un grito estalla en sus plazas como una tormenta de verano. Llevado por el vendaval repentina de la tarde, abre de par en par las ventanas, saca a las mujeres al umbral de las puertas, detiene a los hombres en su trabajo y hace correr a los niños por las calles como bandadas de gorriones.

Ha llegado el nombre que tantos esperaban. El que a todos intriga. De las conversaciones de trastiendas, de los comentarios entre vecinas, de las confidencias de interiores, el nombre ha saltado hoy a la calle.

El nombre que circulaba de Galilea a Decápolis, de Judea a Samaria, de Jerusalén al Jordán, ha llegado hoy a Jericó.[211](#) Un rumor avanza, en remolinos, a su encuentro, por huertos y atajos, por callejas y azoteas, precedido por una nube de polvo y de chiquillos. Expectación, curiosidad, misterio...

El nombre se va abriendo paso, solo, sin más títulos ni apellidos: Jesús, de Nazaret. Sin mas acompañamiento que una sospecha: podría ser el Mesías...

Por si lo fuera, todos le extienden a su paso, en improvisada guirnalda de bienvenida, un cortejo de ciegos, cojos, enfermos, mutilados, paralíticos, endemoniados y locos. Todos los damnificados de la vida, los hijos de la vergüenza, los que nadie quiere ver ni que los vean, son sacados –por si acaso– a la luz de la esperanza que pasa con el nombre que llega.[212](#)

Porque ese nombre –dicen– saca del túnel de la noche a los resignados a la muerte, y hace brillar un nuevo amanecer sobre los naufragos de la esperanza.[213](#)

A su paso, Jesús habla con los que encuentra. Allí mismo, en la encrucijada de sus vidas. No necesita sentar cátedra como los doctores, ni apoyarse en la tradición como los rabinos, ni abrir consulta como los escribas. Habla en su propio nombre. Ahí está su hechizo. Ni cursos, ni discursos ni sermones. Solo imágenes, paráboles e historias al viento que, como las primeras palabras de Dios, van haciendo surgir de la nada, en los oídos que lo escuchan, un mundo nuevo.

Con palabras viejas de milenios, hace germinar frases nuevas que nadie ha oído. Que sustentan más que el pan, que abren los ojos a nuevos horizontes. Que trazan otros caminos. Que despiertan los corazones muertos a destinos increíbles e ignorados.

Historias que cambian el rumbo de la gente; y de la historia. Palabras que pertenecen más a la vida que al diccionario. Más a la eternidad que a la vida. Palabras de vida eterna.[214](#)

Palabras que no se las lleva el viento, y cuyo eco atraviesa calles y plazas, resuena por patios y tejados, y llega hasta el banco de los tributos, donde cuenta dinero, sufre, maldice y sueña el publicano Zaqueo...

Aquí empieza la historia del hombre que encontró a Jesús del modo más inesperado. El recaudador de impuestos nunca ha suscitado la simpatía de nadie.[215](#) Zaqueo, jefe de los publicanos de la ciudad, era un hombre rico, poderoso, con un importante cargo en la administración del gobierno. Pero odiado por todos.[216](#) Zaqueo el traidor, Zaqueo el buitre, estaba excluido de la comunidad religiosa de Israel por colaborar con el enemigo. Su trato estaba proscrito a los ciudadanos leales.[217](#) Hasta su nombre –que significaba “puro” en su lengua– era motivo de burlas por parte de los contribuyentes. Y, para colmo, era bajo de estatura, lo que sin duda no mejoraba su humor.

Zaqueo era un marginado –porque también hay ricos marginados– que sufría de soledad. Como tantos, a fuerza de ser menospreciado había acabado por desesperar de sí mismo. El hecho de ser un opresor no disminuía su angustia. Al contrario, reforzaba su sentimiento de culpabilidad. La conciencia lo atormentaba con sus insoportables tirones hacia el bien; con esa desazón, tan molesta como saludable, que es la nostalgia de Dios. Zaqueo no sabía qué hacer.

Desde que su colega Mateo de Capernaum había dejado su lucrativo cargo de la noche a la mañana, para seguir a un nuevo profeta que, para sorpresa de todos, lo había aceptado entre sus colaboradores más íntimos,[218](#) la obsesión de saber más sobre tal maestro no lo dejaba en paz.

Al oír que está en Jericó, cierra la oficina a toda prisa y corre en su busca. Si Jesús ha podido cambiar la vida de Mateo, quiere hablarle. Quizá pueda también ayudarlo a él.

Pero una muralla humana le cierra el paso. En otras circunstancias, con dinero lo hubiera conseguido. Pero esta vez la gente no lo deja pasar. Humillado por lo que le parece una venganza, Zaqueo se estira, en vano, por detrás del gentío. Su estatura le impide ver. Solo alcanza a oír los gritos del ciego Bartimeo:[219](#)

–¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!

Su súplica resuena con un eco especial en su dolido corazón. La voz que responde dice, precisamente:

–¿Qué deseas que haga por ti?[220](#)

Eso era lo que Zaqueo quisiera escuchar. Pero no alcanza a oír la respuesta, ahogada por la multitud que grita, maravillada, que el ciego ve.

Un escalofrío de frustración lo estremece. Cuando está a punto de marcharse, maldiciendo su suerte, se le ocurre un disparate. Sin analizarlo, se lanza a

llevarlo a cabo con la obsesión del que teme perder su última oportunidad. Corriendo desesperado por las callejas laterales, ahora vacías, llega a las afueras de la ciudad, a un lugar familiar desde su infancia: aquel viejo sicómoro, con una rama sobre el camino, al que había trepado tantas veces siendo niño. La vida le había enseñado a arreglárselas para compensar sus limitaciones. Como buen ejecutivo, había aprendido a “escalar las cumbres”. A fin de cuentas, desde arriba siempre se domina mejor la situación.[221](#)

Lucas evoca, con un guiño de humanidad, la realización del proyecto.[222](#) No hace falta mucha fantasía para imaginar al envarado jefe de los recaudadores de la ciudad (o al inspector de Impositiva) jadeando al encaramarse al árbol antes de que nadie lo vea, y quedándose quieto en una rama cuando la gente se acerca, deseando, sobre todo, que nadie mire hacia arriba.

El gentío va pasando. Por fin Zaqueo ve llegar al profeta. El corazón se le encoge en el pecho, porque aquel se detiene justo debajo y un círculo se forma en torno de él...

¿Cuánto rato estuvo hablando, y de qué? Lucas no lo dice. Solo sabemos que, en un momento dado, Jesús levanta la mirada hacia el árbol. Para horror de Zaqueo, todos lo imitan y estalla una carcajada general:

—¡Mirad quién está ahí!

El pobre hombre ha llegado hasta allí buscando alivio a sus problemas. Ahora rojo de ira y de vergüenza, va a convertirse en el hazmerreír de Jericó. Pero entonces, Jesús, que no se burla, que lo mira con respeto, se dirige a él, y con la mayor naturalidad del mundo lo saca de aquella situación ridícula de una manera genial. Como si se tratase de un viejo amigo, le dice:

–Zaqueo, baja rápido. Ya estoy aquí. Hoy me quedo en tu casa.[223](#)

Ante semejante gesto de amistad, casi se cae del árbol. Cuando salta entre la gente, que se aparta, asombrada, para dejarle paso, Jesús lo saluda como a un compañero de toda la vida. A Zaqueo le parece estar soñando. Él, el despreciado, el maldito, el solitario, es aceptado por el gran Maestro y va a compartir con él techo y mesa.

En su casa, lejos del gentío, Zaqueo va a abrirle su corazón, y a trazar con él un rumbo nuevo para su vida. Mientras la gente en la calle murmura sobre el impío publicano y sobre el dudoso personaje que ha entrado a hospedarse con él, ambos hacen planes para ayudar con sus bienes a sus detractores más necesitados.[224](#)

Como nadie puede dejar que Jesús entre en su vida sin empezar a cambiar, la gratitud de Zaqueo ante esa solidaridad que ha colmado su vacío empieza a rebosar de manera natural. De pronto se siente solidario con aquellos cuya miseria ha contribuido a prolongar o a agravar; con los que se burlan de él, a los que ya no ve como seres a quienes explotar o despreciar, sino como hermanos.

Lucas nos dice que “puesto en pie”, el ex opresor toma conciencia de la nueva dimensión que Jesús le ha aportado. Desde ahora, su verdadera estatura – porque Zaqueo ha crecido prodigiosamente desde el momento en que empezó a volverse como un niño subiéndose al árbol– se medirá por la talla de su generosidad.

La riqueza acumulada durante tanto tiempo a costa de los demás, ya no lo hace feliz. Ya no la quiere. Decide dar la mitad a los pobres, y a quien ha cobrado de más restituirle cuatro veces.[225](#) Su encuentro con Jesús le ha revelado el placer de dar.

Una de las mayores necesidades del ser humano es descubrir el valor infinito que tiene su vida, y cada vida. Las posibilidades increíbles que tiene todo hombre y toda mujer cuando se los trata con suficiente respeto y amor. Porque a todos nos hace falta otro que nos ayude a vernos tal cual somos y, sobre todo, a descubrir qué podemos llegar a ser. Alguien que nos dé la fuerza que nos falta para aceptarnos y, lo que es más difícil, para transformarnos, hasta el punto de ser capaces de aceptar a los demás tal como son y ayudarlos, a su vez, a realizarse.

Esa fuerza, capaz de vencer la barrera de los temores, es la única que puede devolver al hombre la ilusión y el entusiasmo por lo bueno y lo noble. En este mundo, donde reina la destrucción y la desesperanza, el cristiano no puede encogerse de hombros y desentenderse de los demás. Porque sabe que nadie está destinado a desembocar en el vacío. Que cada ser humano es un candidato a la vida eterna, no importa su punto de partida. Por eso, quien está realmente comprometido allá arriba, está forzosamente comprometido aquí abajo.

Encontrar a Jesús es pasar a la acción. Seguirlo es más que simpatizar con una ideología: supone una toma de posición ante la vida. Si nos cuesta compartir –nuestro dinero, nuestro tiempo o nuestra fe–, es que estamos necesitando un encuentro que nos abra los ojos a los verdaderos valores y a la profunda necesidad humana. El cristianismo histórico tiende, como todos los “ismos”, a convertirse en una teoría. Pero no es auténtico, ni está vivo, si no se manifiesta en actos. El contacto con Jesús nos contagia y nos impulsa a la solidaridad. Lo que somos y tenemos se pone al servicio del bien, y nuestra vida adquiere un poder irresistible.

Esta nueva actitud frente a la existencia supone, entre otras cosas, como enseguida se dio cuenta Zaqueo, compartir fraternalmente en un mundo donde hay tantos que acaparan egoístamente. Preferir la

sencillez a la vanidad del consumo no solidario. Definirse ante la injusticia y esforzarse no solo por aliviar el sufrimiento, sino también por eliminar sus causas.²²⁶

Jesús nos propone un ideal de servicio frente a la idolatría del poder económico o del triunfo social. Un ideal de generosidad frente a la manipulación o la utilización del otro como objeto de nuestro egoísmo. Una toma de posición en la que nuestras diferencias no nos impidan aceptar, alegremente, las diferencias de los demás. Una actitud que nos permita vivir como hermanos en una sociedad a la vez intolerante y gregaria, donde cada vez resulta más difícil convivir, respetarse y apreciarse.

Por simple coherencia con la misión de continuar, según nuestras capacidades, la labor que Jesús empezó en este mundo, es natural que sus seguidores resistan la tentación “religiosa” de aislar de los demás y acepten ser realmente sal de la tierra, levadura en la masa y luz del mundo.²²⁷

Al encontrar a Jesús, todos descubrimos, como Zaqueo, que ni el evangelio ni la vida se pueden vivir “en solitario”, sino “en solidario”.

²¹¹ Lucas sitúa este episodio como el último del ministerio público de Jesús fuera de Jerusalén, justo antes de la Semana de la Pasión (S. Lucas 19:1-10).

²¹² Con la llegada del Mesías, se esperaba la solución de todos los males. Este vendría en especial “para dar buenas noticias a los que sufren, para vendar a los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros libertad [...] para consolar a los afligidos [...] para cambiar [...] su [...] luto en fiesta y su abatimiento en canciones” (Isaías 61:1-3, NBE; cf. S. Lucas 4:16-21; 7:18-22).

²¹³ S. Lucas 1:78, 79. La esperanza mesiánica se formulaba en los términos siguientes (*Éxodo Rabá* 25:21): “Diez cosas renovará el Único Santo, bendito sea, en el mundo venidero: 1^a -Iluminará el mundo con su luz [...] y sobre cualquiera que esté enfermo hará brillar la luz del sol para sanarlo, como está escrito: ‘Pero para vosotros que respaldáis mi Nombre, nacerá el Sol de Justicia, y en sus alas traerá sanidad’ (Malacías 4:2, NRV). - 2^a Hará brotar una fuente de agua en Jeru-

salén, y cualquiera que tenga alguna dolencia encontrará allí la salud, como está escrito: 'Llevará sanidad. Por donde pase esa corriente, todo vivirá' (Ezequiel 47:9 [NRV]). -3^a. Hará fructificar a los árboles cada mes, y todos los que coman de sus frutos serán sanados, como está escrito 'Cada mes darán nuevo fruto [...] Su fruto servirá de alimento y sus hojas de medicina' (Ezequiel 47:12, NRV). -4^a Todas las ciudades destruidas serán reconstruidas [...] como está escrito: 'Y sus hermanas, Sodoma con sus hijas [...] volverán a su primer estado' (Ezequiel 16:55). -5^a Jerusalén será reconstruida con piedras preciosas, como está escrito: 'Pondré tus cimientos como zafiros; te pondré almenas de rubí, y puertas de esmeralda y murallas de piedras preciosas" (Isaías 54:11, 12 [NBE]). -6^a La paz reinará en la naturaleza, tal como está escrito: 'Morará el lobo con el cordero' (Isaías 11:6-9, NRV). -7^a Dios hará una nueva alianza entre los hombres y los animales, como está escrito: 'Aquel día haré para ellos una alianza con las fieras salvajes, con las aves del cielo y los reptiles de la tierra' (Oseas 2:[18] 20, NBE). -8^a Terminará el sufrimiento en el mundo, como está escrito: 'Ya no se oirán gemidos ni llantos' (Isaías 65:19, NBE). - 9^a La muerte dejará de existir, como está escrito: 'Aniquilará la muerte para siempre' (Isaías 25:8, NBE). -10^a Y la felicidad reinará definitivamente como está escrito: 'Vendrán a Sión con cánticos: en cabeza alegría perpetua' (Isaías 35:10, NBE)".

214 S. Juan 6:60-68.

215 Los recaudadores de impuestos, cambistas y publicanos se incluían en las listas de ladrones y criminales (*Nedarin* 3:4).

216 S. Lucas 19:2.

217 Todo el que aceptaba un puesto de recaudador de impuestos era expulsado de la comunidad, por ejercer un oficio proscrito, y no podía ser rehabilitado a no ser que abandonase su cargo (*Tos. Demay* 3:4). Quien lo ejercía, era equiparado a un esclavo (*Rosh haShana* 1:8), y su palabra no tenía ningún valor, ni siquiera para prestar testimonio (*Sanhedrin* 3:3). En caso de tener un accidente o caer en un pozo, "no se saca a los tales, ni a los paganos, ni a los criadores de cerdos" (*Tos. Baba Mesi`a* 2:33). Este hecho permite apreciar la osadía que representó el que Jesús llamase a un publicano para que fuese discípulo suyo (S. Mateo 9:9; 10:3).

218 S. Mateo 9:9-13; S. Marcos 2:13-17; cf. S. Mateo 10:1-4; S. Marcos 3:13-19; S. Lucas 6:12-16.

219 Lucas sitúa la curación del ciego "al entrar Jesús en Jericó" (S. Lucas 18:35-43), y el episodio de Zaqueo, "pasando por la ciudad" (S. Lucas 19:1). El nombre de Bartimeo lo da S. Marcos 10:46-52 (cf. S. Mateo 20:29-34).

220 S. Marcos 10:51.

221 G. Johnsson, *Contemplemos su gloria*, Coral Glabes (Florida), APIA, 1989, p. 195.

222 S. Lucas 19:2-4.

223 Lucas 19:5

224 S. Lucas 19:7-10.

225 Existía una prescripción rabínica que prohibía dedicar más de un quinto de la fortuna a la caridad (*j Pesahim* 1:1, 15 b). Las disposiciones que se extralimitaban no eran consideradas válidas, ya que se consideraba un deber religioso reservarse lo suficiente para la vejez. La decisión de Zaqueo de repartir la mitad de sus bienes en limosnas, compensando así abundantemente los perjuicios causados (S. Lucas 19:8), constituía, de por sí, una transgresión desmesurada de los cánones considerados como “piadosos” (Joachim Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 146).

226 Máxima de Los Traperos de Emaús, asociación humanitaria fundada en 1954 por Henri Groues, más conocido como el “abbé Pierre”. Al ver en aquel riguroso invierno que algunos pobres morían de frío por las calles de París, este religioso inconformista lanzó una campaña en favor de los desheredados; a nivel oficial, mediante cartas a las autoridades, y a nivel popular, mediante la radio. Su entusiasmo suscitó una verdadera oleada de solidaridad. Para acoger a los que no tenían techo, se organizaron centros llamados “Emaús”. Cada uno contribuía con lo que podía: un puchero de sopa, una manta, un local, unos vehículos. Los colaboradores recibieron el nombre popular de “traperos de Emaús”. Los centros siguen hoy todavía acogiendo a los marginados y militando por una sociedad más justa. El abbé Pierre, elegido diputado por un importante sector de la población, es en Francia un verdadero héroe nacional de la lucha contra las injusticias sociales. Entre sus numerosos escritos, destaca *Vivre c'est aimer* (Vivir es amar). Sobre su vida y obra, véase Bernard Chevallier, *L'Abbé Pierre; Emmaüs ou venger l'homme*, París, Centurión, 1979.

227 S. Mateo. 5:13-16.

CAPÍTULO 11

EN UNA FIESTA

La ciudad no parecía la misma. Como cada año, la habitual monotonía de calles, ritmos y gentes se había transformado en una efervescencia vertiginosa que lo invadía todo. Era la Fiesta Mayor.[228](#) La ocasión esperada de romper con la rutina y de experimentar algo nuevo.

La euforia de la fiesta se realzaba con la estación del año. Empezaba la primavera.[229](#) Un aroma nuevo de flores y de hierba fresca flotaba en el ambiente. La vida renacía con el sol que calentaba la tierra y hacía vibrar el aire, con la savia que resucitaba los árboles y con la nueva sangre que aceleraba los corazones. Quien dice fiesta dice alegría. La fiesta es la ocasión, para todos, de volver al desenfado de la juventud, al bullicio de la adolescencia, a los juegos de la niñez. Por eso, las fiestas son también recuerdo y nostalgia.

La Pascua era, para Israel, la Fiesta por antonomasia. Conmemoraba la liberación de Egipto, es decir, la independencia nacional. Al caer la noche, familiares y amigos se recostarían como los ricos en torno a la mesa de gala, comerían el cordero simbólico, con sus hierbas amargas, beberían copiosamente de la copa de la bendición y juntos cantarían los salmos rituales, alabando al Dios salvador, que los había conducido de la esclavitud a la libertad.[230](#)

Las fiestas se convierten pronto en un fin en sí mismas, poco importa el motivo inicial. La conmemoración oficial se mantiene, pero la gente la vive –si es que todavía la recuerda– en un segundo plano, casi al margen de su significado. La fiesta perdura como ocasión esperada de cambiar de ambiente, de divertirse y de ver otras cosas.

Jerusalén se hallaba repleta de peregrinos, de vendedores ambulantes, de mendigos y, sobre todo, de extranjeros.²³¹ Israelitas de la Diáspora y paganos que buscaban en la espiritualidad de Israel una dimensión que no encontraban en su religión. Entre ellos, había un grupo de griegos que buscaba a Jesús.²³²

Resultan admirables estos griegos. A diferencia de otros, incluso cristianos, no buscan a Jesús en la austерidad sombría de un claustro ni en la privación ascética de un monasterio. Lo buscan con la gente, entre la gente, en la solidaridad y en la participación. Muchos han buscado a Dios en la mortificación. Pero ¿cuántos lo buscarían en una fiesta?

Para algunos –y tendrán sus motivos–, la espiritualidad solo concuerda con reclusión, abstinencia, severidad y aburrimiento. Sin embargo, para Jesús la religión es libertad, plenitud, alegría, realización personal. Para él, “verdad” rima sobre todo con “felicidad”.²³³

Los griegos de nuestra historia lo van a encontrar en una fiesta. Han oído decir que el joven profeta acaba de entrar en Jerusalén aclamado como Mesías.²³⁴ Aunque no saben que su misión en esta Tierra se halla a punto de terminar, precisamente con su muerte, lo buscan con urgencia. Después de lo que les han contado sobre él, las atracciones de la fiesta les resultan extrañamente insípidas, y presienten que una entrevista con el Maestro de Galilea les interesa más que las ceremonias del Templo.

Insatisfechos con la filosofía de su país y con la liturgia de Israel, estos griegos, inteligentes y sensibles, buscan algo más para saciar su inquietud espiritual. E insisten:

–Queremos ver a Jesús.²³⁵

Su primer contacto lo realizan por mediación de Felipe, un discípulo de Betsaida de Galilea, zona del

país muy helenizada. Felipe puede facilitar su acercamiento porque los entiende en su lengua. A diferencia de los demás apóstoles que, como buenos judíos, tienen nombres hebreos o arameos, Felipe ostenta un nombre griego, que pone de manifiesto la helenización de sus padres.²³⁶

Felipe debió de quedar desconcertado ante aquellos primeros extranjeros interesados en Jesús, ya que, según el relato, fue antes a decírselo a Andrés, el otro apóstol con nombre griego. El más veterano.²³⁷

Los griegos han oído hablar de Jesús. Pero eso no les basta. Quieren verlo. Hablar con él. Descubrir quién es. Conocerlo por sí mismos. Su deseo va a realizarse por fin gracias a la ayuda de Andrés y de Felipe.

Entre la gente de nuestro mundo secularizado y poscristiano, hay todavía quienes quisieran conocer a Jesús. Como los griegos, han oído hablar de él. Pero nuestra palabra se ha devaluado demasiado. Ahora desearían verlo. Es más, quisieran *encontrarlo en nosotros*, los cristianos. Con un afán, que a veces no está muy claro, en su búsqueda también se dirigen a sus seguidores, a los Felipes de hoy que, generalmente no sabiendo qué hacer, los remiten a los especialistas o a los veteranos, a los Andreses.

La personalidad humana es esencialmente proyectiva. Lo que somos, pensamos, sentimos o creemos, de un modo u otro se proyecta en lo que hacemos. No es fácil que nuestro yo secreto se mantenga escondido durante mucho tiempo. Tarde o temprano acaba por manifestarse, ya sea en nuestras palabras o actitudes, o en nuestro silencio. La Biblia expresa esto muy gráficamente, diciendo que “lo que rebosa del corazón lo habla la boca”.²³⁸ Resulta, pues, imposible que nuestro vivir cotidiano no revele nuestras creencias. Y aunque es verdad que “el hábito no hace al monje”, el monje elige llevar el hábito del grupo al que se asocia. Los demás nos identifican con la imagen que damos involuntariamente o a sabiendas.

En estos tiempos en que se cuida tanto la imagen, publicitaria o política –porque “vende”, porque afecta positiva o negativamente al espectador, al votante o al cliente–, cabe admitir que también existe una imagen en el ámbito religioso. Aquello que los demás ven en nosotros cuando nos miran, afecta su concepto del cristianismo. Los que buscan a Jesús y se acercan a nosotros, ¿qué ven?

Para algunos, cuidar su imagen es ponerse una máscara,²³⁹ de vez en cuando, según convenga, en una especie de carnaval personal e intermitente, como si les preocupase más la imagen que dan que la realidad que viven. Sin embargo, lo importante es el fondo. Dios nos creó “a su imagen”,²⁴⁰ y su propósito es que seamos “modelados a la imagen de su Hijo”.²⁴¹ Es decir, que nos dejemos marcar por él tan plenamente que nuestra imagen acabe proyectando la suya.

Pablo, con su gran psicología práctica, nos dice que reflejamos lo que contemplamos: “Mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados a su imagen”.²⁴²

Si no reflejamos a Cristo es porque no lo contemplamos. Y si lo reflejamos mal es porque no lo contemplamos bien. Como espejos deformados, distorsionamos en una caricatura grotesca la imagen que recibimos.

El proceso normal que Dios espera en nuestra vida espiritual es que vayamos reflejando de una manera cada vez más nítida su carácter. Puesto que nos convertimos en lo que contemplamos, en última instancia, lo que cambia no es nuestra imagen sino nuestra realidad. Por eso, en vez de intentar disimular el aspecto externo, es más eficaz dejarse transformar.

Muchos viven la religión como si formasen parte de un club. Su vínculo de socios se limita a encuentros distantes o a reuniones semanales, como ocurre entre los aficionados y su equipo. Aunque en sí

sea buena –ojalá Jesús tuviera en cada ciudad tantos partidarios como algunos clubes–, esta relación no basta.

El miembro de un club ha de llevar una insignia, enarbolar una bandera o frecuentar un local, para mostrar su afiliación. La relación entre el verdadero creyente y Dios es, en cierto sentido, comparable a la que existe entre una bombilla y la luz: cuando se establece el debido contacto, la luz brilla, automáticamente.

Jesús ilustra esta relación diciendo: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que sigue conmigo y yo con él es quien da fruto abundante, porque sin mí no podéis hacer nada [...] Si un sarmiento no sigue en la vid, no puede dar fruto solo; así tampoco vosotros si no seguís conmigo”.²⁴³

Quien depende realmente de la Vid, no necesita preocuparse por su imagen. Con el tiempo, inevitablemente, los frutos vendrán. Otros los verán y sentirán el deseo de disfrutar también de esa vivencia. La clave no está en ser un buen ejemplar, sino en ser de pura cepa.

Esos griegos que quieren ver a Jesús van a aportarle una gran satisfacción: la evidencia de que su trabajo no ha sido en vano.²⁴⁴ Llevados por sus inquietudes espirituales, encuentran en él lo que buscaban sin saberlo, más allá de las fronteras de su cultura y de su religión. Quizá por eso les dijo: “Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea exaltado”.²⁴⁵ Es decir, de que sea debidamente valorado y presentado. Para que quienes están en camino buscando un Maestro encuentren, no a pesar de sus seguidores sino a través de ellos, al Único capaz de satisfacer plenamente la búsqueda espiritual de todos los pueblos de la Tierra.

Hablando con los griegos, Jesús compara, a través de sí mismo, a cada ser humano con un grano de trigo. Algo muy pequeño, pero maravilloso, porque

tiene latentes unas posibilidades de vida increíbles. No obstante, ese grano solo germina si cae en la tierra, si se da.

—Os lo aseguro, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante.[246](#)

Empezamos a crecer espiritualmente cuando se produce en nuestra experiencia una muerte y una resurrección.

La naturaleza conoce desde siempre el secreto de la renuncia vivificante, de un cierto sacrificio redentor. El misterio de que para fructificar antes hay que “morir”, se halla inscrito en la estructura de la vida.[247](#) A veces nos falta vigor, somos estériles y no fructificamos, sencillamente porque dependemos demasiado de nosotros mismos. Somos como granos almacenados. Vivimos al margen de la Fuente de energía del universo. Nos falta un encuentro decisivo. Porque si nos entregamos en los inmensos surcos de la necesidad del mundo, la vitalidad divina forzosamente surgirá en nosotros y nada podrá impedir su germinación.[248](#)

Cuando nos dejamos caer en la Buena Tierra, nuestras raíces se afirman hasta arraigarse. Y de ese grano tan insignificante, un día, de pronto, salen flores divinas y frutos increíbles.

El texto añade una declaración asombrosa: “El que ama su vida la perderá, pero el que aborrece su vida en este mundo la guardará eternamente”.[249](#) Actitudes opuestas presentadas en términos absolutos: amar o aborrecer, vida o muerte, guardar o perder. Se trata de un semitismo que indica la polarización de nuestras preferencias. Estas expresiones, aparentemente extremas, nos ponen en guardia ante las consecuencias inevitablemente extremas de nuestra elección. Quien centra en sí mismo su vida, y eso le basta, sepa que por aferrado que esté a ella, un día la va a perder. Porque la VIDA, con mayúsculas, hay que

desearla. Si nuestra vida nos deja insatisfchos hasta el punto de que sin la dimensión trascendente no podemos vivir, es que la vida eterna ya ha empezado a ser nuestra.²⁵⁰

Se trata de escoger. Para germinar y perpetuarse hay que morir a la vida, y dejar que irrumpa y fructifique en nosotros la Vida.

Solo entonces, como creyentes, podremos desocuparnos por fin de nuestra imagen. Porque los demás –todos los “griegos” con que nos encontramos–, lo queramos o no, verán a Jesús en nosotros. Entonces se repetirá también la experiencia de sus primeros seguidores. Sus intereses, su carácter, su estilo de vida, habían cambiado de un modo tan admirable que la gente, al mirarlos, se maravillaba y reconocía que habían estado con él.²⁵¹ Estar con ellos era como encontrar a Jesús; es decir, mejor que una fiesta.

²²⁸ Desde que los reyes centralizaron el culto en Jerusalén, la Pascua perdió parte de su carácter familiar y pasó a celebrarse obligatoriamente en la capital (reforma de Josías en el 621 a.C., 2 Reyes 23:1-25). Aparte del pequeño templo de Onías en Leontópolis (del 170 a.C. al 73 d.C.), el Templo de Jerusalén era el único santuario judío del mundo. A él acudían tres veces al año los peregrinos del mundo entero y aportaban la mayor parte de los recursos de la ciudad, puesto que además de traer al Templo sus diezmos y ofrendas, todo piadoso israelita solía gastar en Jerusalén un porcentaje adicional del producto agrícola llamado “segundo diezmo” (*Sheqalin* 7:2).

²²⁹ La fiesta de la Pascua comenzaba la tarde del 14 de Nisán (abril), el último día antes de la luna llena que sigue al equinoccio de primavera, y se prolongaba durante siete días, llamados de los panes ázimos, porque durante ese tiempo no se comía pan leudado, ni se podía usar ni tener en casa ningún tipo de levadura o fermento (Éxodo 12:5-20). La prohibición incluía también las bebidas (*Pesahim* 3:1).

²³⁰ Éxodo 12:1-28. El sacrificio de los corderos debía hacerse en el Templo, en grupos de más de diez personas y menos de veinte. Cada padre de familia o cabeza de grupo debía degollar personalmente su cordero ante el altar en presencia del sacerdote, mientras el coro de los levitas cantaba

el *Hallel* (Salmo 113 a 118). Después de la puesta del sol, cada grupo se reunía en Jerusalén para la cena pascual (*Pesahim* 10:1-4). Esta seguía un orden ritual llamado *Seder*, que ha cambiado muy poco con el tiempo. Los participantes se recostaban en alfombras o divanes en torno a una mesa baja, imitando la costumbre de los ricos. La ceremonia comenzaba con la bendición pronunciada por el cabeza de familia sobre la primera de una serie de cuatro copas de vino, que serían bebidas a lo largo de la cena. El vino debía ser rojo y mezclado con agua caliente, sin duda, para evocar mejor la sangre del cordero pascual (*Pesahim* 7:13). La comida empezaba con una ensalada de lechuga, rábanos u otras “hierbas amargas”, que se mojaban en agua con sal o vinagre, para evocar el sudor y las lágrimas de la esclavitud. Se servía el cordero, entero, sin romperle ningún hueso (S. Juan 19:33) y se comía con pan sin levadura. El momento principal lo constituía el rito de la *Haggada*, en el cual el niño más pequeño preguntaba al padre la explicación de cada elemento del ritual, y se cantaba la primera parte del *Hallel* (Salmos 113 y 114; *Pesahim* 9:3; 10:3, 4). Después de la segunda copa, el padre daba gracias sobre el pan y lo repartía antes de distribuir el cordero. El pan se mojaba por lo menos una vez en una salsa espesa, llamada *haroseth* (*Pesahim* 2:6), especie de compota de manzanas, higos y pasas con trozos de canela en rama, que por su color y consistencia debía evocar la arcilla con paja que sus antepasados habían tenido que buscar para hacer ladrillos en Egipto (Éxodo 5:5-18). La ceremonia se terminaba después de la tercera copa, llamada de “bendición” o “de redención”, con el canto del gran *Hallel* (Salmo 114-118). El resto de la noche debía pasarse entre la meditación y la oración (*Pesahim* 10:8 a).

231 Jerusalén contaba entonces con unos 25 mil habitantes (Joachim Jeremías, *Jerusalén en los tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 44) y en ocasión de la Pascua acudían entre 100 mil y 200 mil peregrinos, los cuales permanecían en la ciudad entre ocho y quince días como mínimo, lo que hacía que el número de extranjeros sobrepasara con mucho a la población habitual (*Ibid.*, pp. 95-102). La estancia de los peregrinos se prolongaba forzosamente más de una semana porque, para poder acceder al Templo, quienes venían de países paganos debían proceder previamente a siete días de purificaciones rituales (*Jubileos* 49:2, 6).

232 Según la legislación religiosa vigente, en las tres fiestas preceptivas estaban obligados a comparecer ante Dios en el Templo todos los israelitas, excepto “el sordo, el idiota, el menor, el andrógino (o de sexo dudoso), las mujeres, los esclavos no emancipados, los tullidos, el ciego, el enfermo, el anciano, y todo el que no pueda subir a pie la montaña del Templo” (*Hageo* 1:1). En la práctica, para los que vivían

demasiado lejos la obligación se limitaba a una vez al año (*Pesahim* 9). Filón dice que “miríadas acudían en cada Fiesta, unos por tierra y otros por mar, del oriente y del occidente, del septentrión y del mediodía” (*De specialibus legibus* 1:12). Los prosélitos solo estaban obligados a acudir a las fiestas si estaban circuncidados (*cf.* Gálatas 5:3). Contamos con numerosos testimonios de extranjeros no prosélitos que acudían a Jerusalén atraídos por el magnetismo de la religión de Israel (*Guerra* 6:9, 3). Según Josefo, entre los sitiados en Jerusalén en el año 70 (sitio que se produjo durante la Pascua) se encontraban dos mil extranjeros (*Vida* 65:354).

233 Es interesante observar que Jesús, durante su ministerio, no impuso ningún ayuno a sus discípulos (S. Mateo 9:14, 15; S. Marcos 2:18-20; S. Lucas 5:33-35), siendo que ayunar era una práctica religiosa corriente, no solo entre los fariseos piadosos sino incluso entre los discípulos de Juan el Bautista. Para Jesús, el ayuno no es una proeza ascética, condición para ganar méritos, sino el simple resultado de una actitud de dependencia total con respecto a Dios, en momentos de la vida en los que la intensidad de la búsqueda conlleva el ayuno como una consecuencia (S. Mateo 4:2; *cf.* Éxodo 34:28; Hechos 13:2). Jesús entendió sus enseñanzas no como un medio adicional para hacernos purgar nuestras faltas, sino como el último recurso para encaminarnos a la felicidad verdadera: “Os he enseñado todas estas cosas para que tengáis mi gozo, y vuestro gozo sea completo” (S. Juan 15:11)

234 La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén es el último acontecimiento narrado por Juan antes del episodio de los griegos (S. Juan 12:12-19).

235 Este encuentro está relatado en S. Juan 12:20-26.

236 Felipe significa “Amigo de los caballos”. Lo normal era que los israelitas dieran a sus hijos nombres hebreos, generalmente teóforos, es decir, conteniendo una idea relacionada con Dios. Así, los demás apóstoles se llamaban Simón, que significa “El que escucha a Dios”; Jacobo (o Santiago), “Dios protege”; Mateo, “Don de Yahveh”; Juan, “Dios concede su gracia”; Judas, “Alabado sea Dios”, etcétera. En la época grecorromana, los judíos de la Diáspora llevaban a menudo un segundo nombre, griego o latino. Por ejemplo, Saulo de Tarso usaba además el nombre latino de Pablo (*Paulus*), que significa “Pequeño” (Hechos 13:9).

237 Andrés significa “Viril”. Andrés es el primer discípulo de Jesús de quien se nos da el nombre (S. Juan 1:35-42).

238 S. Lucas 6:45, NBE.

239 En el teatro griego y etrusco, los actores llevaban máscaras que los identificaban con estereotipos y que, a la vez, les servían de amplificador de la voz, ya que poseían una boquilla interior en forma de embudo que ayudaba a proyectar el

sonido. Aunque la acústica de los teatros era excelente, hacía falta hablar fuerte para ser bien escuchado. Cuando los romanos adoptaron el teatro antiguo, llamaron a las máscaras *persona*, es decir, algo que sirve para el sonido. Esa palabra “persona” se refería primeramente a la máscara y después, por extensión, se aplicó a cada actor que se cubría con ella; de modo que cada personaje acabó llamándose “persona”. Sorprendentemente, esta denominación se generalizó fuera del teatro y, por extensión, se aplicó a cada ser humano, de manera que hoy a todo individuo se lo llama persona. Esta pintoresca etimología ofrece una lección de validez permanente. En la vida real también suele ocurrir ese deslizamiento, y uno tiende a convertirse en la máscara que más usa. Va interiorizando la imagen que ha escogido proyectar, hasta acabar identificándose con ella. (Véase Oscar Bloch y Walther Vonwarburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, París, Presses Universitaires de France, 1968, p. 478; Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1985, t. 4, p. 502).

[240](#) Génesis 1:26, 27.

[241](#) Romanos 8:28, 29, NRV / RVR 77.

[242](#) 2 Corintios 3:17, 18, RVR 77.

[243](#) S. Juan 15:5, 4, NBE.

[244](#) Una de las expectativas de Israel era que cuando viniese el Mesías, todas las naciones acudirían a Sión a ser instruidas por él (Isaías 2:2-5; 56:7; 60:3; Miqueas 4:2; Tobías 13:13). En estos griegos empieza a cumplirse esa hermosa profecía. Son las primicias de la influencia universal de la predicación de Jesús.

[245](#) S. Juan 12:23. El verbo usado (glorificar), viene de *dóxa*, que en griego significa normalmente “opinión”. En la Biblia significa también “reputación” y “resplandor”, y ordinariamente, “lo que funda la fama y le da peso” (la raíz hebrea implica la idea de peso; cf. 2 Samuel 14:26). De ahí el sentido de “importancia social” (1 Reyes 3:13). Dar gloria a alguien es reconocer su valor (o difundirlo) públicamente (S. Lucas 2:14; 19:38; Apocalipsis 4:9; Salmos 3:4; Isaías 42:8, 12). (Véase Xavier Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, pp. 230, 231).

[246](#) S. Juan 12:24, NBE.

[247](#) François Mauriac, *Vida de Jesús*, Barcelona, Plaza & Janés, 1963, p. 164.

[248](#) William G. Johnsson, *Contemplemos su gloria*, Coral Gables (Florida), APIA, 1989, p. 248.

[249](#) S. Juan 12:25. Literalmente, “para vida eterna”. La vida presente es la única ocasión que tenemos para asegurarnos la vida eterna. Una puede ser vivida ya en función de la otra.

[250](#) S. Juan 12:26.

251 Hechos 4:13.

CAPÍTULO 12

EN UNA CENA

La luna llena de primavera ilumina de pleno la mesa puesta. A la tibia claridad de su luz, los objetos cobran un relieve distinto, más real y más profundo. El pan parece más vivo, más igual a la mano que lo parte. El vino parece más rojo, más color de sangre.[252](#)

Todos callan en esa extraña cena, surcada de presagios. Es la última vez que estarán juntos los Doce. Pero ellos no lo saben. Jesús prolonga, entre confidencias y silencios, la intimidad de esta sobremesa especial. Nunca se han sentido tan unidos; ni tan amenazados por la separación. Nunca han apreciado tanto la compañía de quien por primera vez temen perder. Jesús mira a sus amigos, e inesperadamente dice:

—La mano del que me va a entregar está aquí, en la mesa.[253](#)

Un escalofrío recorre el grupo mientras todos examinan, unas tras otras, sus propias manos.

Las manos de Natanael. Francas, sencillas, acostumbradas a tomar la posición de la oración. Manos que ya estaban orando la primera vez que Jesús lo vio bajo la higuera.[254](#)

Las manos de Andrés, fuertes, callosas, curtidas por el sol y por el mar. Manos activas, de pescador, de marinero.[255](#) Manos de quien desea ayudar. Donde sea y en lo que sea: a repartir el pan multiplicado, a llevar a otros a Cristo...[256](#)

Manos de Juan, muy jóvenes.[257](#) Inquietas, sensibles. Sin endurecer todavía por la vida. Jesús las

mira de cerca, con cariño, crispadas y nerviosas, a su lado.²⁵⁸ Manos inexpertas, que cometerán aún muchos errores. Pero que después, purificadas por el fuego del afecto al Maestro, le dedicarán el Evangelio de la verdad y del amor.²⁵⁹

Manos de Jacobo. Bruscas, de carácter.²⁶⁰ Firmes, cerradas en forma de puño sobre la mesa. Manos ambiciosas, que se quieren aferrar tan fuertemente de las bendiciones de Dios que se atrevieron a reclamar un lugar de privilegio junto a su trono.²⁶¹ Manos valientes del primer apóstol mártir;²⁶² de quien sabía por experiencia que “el reino de los cielos ofrece resistencia y solo los valientes lo conquistan”.²⁶³

La mirada se detiene en las manos de Mateo. Manos de escribiente, de intelectual, de banquero.²⁶⁴ Finas, pulcras, hábiles. Acostumbradas a contar los billetes, a anotar con cuidado, a calcular bien. Manos que un día dejaron la caja por la pluma y escribieron el Evangelio más extenso.²⁶⁵ Manos del que puso sus talentos al servicio de Jesús, atreviéndose a decirle que sí.

Ahora las manos de Pedro. Manos de hombre casado²⁶⁶ (¿llevarían una alianza?). Gastadas, quizá nudosas. Endurecidas por el trabajo. Impulsivas, prontas a amenazar,²⁶⁷ a golpear duro. Manos que gesticularían desaforadamente aquella misma madrugada para negar a Jesús.²⁶⁸ Pero que después, lavadas en las lágrimas del arrepentimiento, un día también serían clavadas en otra cruz.²⁶⁹

Mirad las manos...

Simón. ¿Cómo eran sus manos? Unos lo llamaban Zelote, es decir, terrorista.²⁷⁰ ¿Manos de terrorista en la mesa del Señor? ¿Habrían llegado a matar a alguien? Otros lo llamaban Cananista, es decir, patriota, partisano.²⁷¹ ¿Manos de alguien que pudo ser un héroe de la patria, pero prefirió ser un héroe de Dios? De cualquier modo, manos de quien es fiel a sus principios hasta las últimas consecuencias.

Manos de Felipe, el ciudadano universal, el que tiene muchas relaciones, al que se acude cuando se quiere conocer a alguien importante. Que, cuando hace falta, sirve de intérprete a los extranjeros que buscan a Jesús.²⁷² Manos del que, sin embargo, a la hora de comprometerse, duda de sus posibilidades y se inhibe ante la acción.²⁷³ Manos del que sabe atender a la gente pero que tiemblan, turbadas, cuando alguien acude a él buscando ayuda espiritual.²⁷⁴ Manos del que quería ver a Dios²⁷⁵ y lo descubrió en Jesús.

Manos de Judas Tadeo, un apóstol de quien se sabe muy poco.²⁷⁶ Sin embargo, lo que sabemos dice mucho en favor de su espíritu abierto, deseoso de que Jesús sea conocido no solo por un círculo pequeño y cerrado de creyentes, sino además por todo el mundo.²⁷⁷ Manos tendidas en el gesto cordial y fraternal del antisectario, del que no quiere imponer sino compartir.

Manos de Santiago, hijo de Alfeo, un apóstol del que no sabemos más que su nombre.²⁷⁸ Sus manos, anónimas, del montón, no hicieron historia. Manos del que pasó inadvertido. Del que nadie recuerda. Del que cumplió su modesta labor, sin gloria; aunque quizá no sin pena. Manos, para Cristo, tan queridas como las demás.

Manos de Tomás, casi idénticas a las de su hermano gemelo,²⁷⁹ pero que se orientaron hacia otro destino. Manos enérgicas. De arranques violentos; de quien actúa por convicción, pero al que no es fácil convencer. Manos realistas. Pesimistas, casi. Del que está dispuesto a morir por Jesús, pero le cuesta vivir por él.²⁸⁰ Del que asume antes la desgracia que el gozo. Manos prontas al gesto escéptico, cortante, negativo: “No sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?”.²⁸¹ Manos, también, del que no siempre está en el grupo. Del que va cuando le parece. Del que, cuando los demás ven al resucitado, está ausente.²⁸² Manos del incrédulo, del que tiene

que ver para creer, del que tiene que palpar para aceptar. Manos que tres días más tarde van a verse forzadas a tocar las heridas, aún abiertas, del costado de Jesús, y que tras esa dolorosa experiencia se asirán firmemente a las de su Maestro, aceptado ya como Señor.[283](#)

—La mano del que me entrega está conmigo en la mesa.

Una mano como las otras. Nada en ella la delata ni la hace parecer más falsa, más traidora que las demás.[284](#) Una mano en la que nada indica que es ladrona.[285](#) Nadie diría que es criminal.[286](#) Lejos de cualquiera pensar que sería suicida.[287](#) Una mano que nadie creería capaz de vender a un amigo por tan poco.[288](#)

Manos de Judas... ¿Es que en la penumbra de aquella noche trágica y entrañable las hubiéramos visto muy diferentes de las nuestras? ¿Es que nuestras manos no tienen nada en común con las suyas? ¿Es que no han traicionado nunca, un poco, a Jesús alguna vez? “La mano del que me entrega”, ¿incluye también tu mano y la mía?

Ahora somos nosotros quienes miramos las manos de Jesús. Manos fuertes, de obrero.[289](#) Curtidas por la intemperie y el trabajo, que han conocido uñas negras, cortes de sierra, tajos del hacha y golpes de martillo. Manos valientes, que se atrevieron a tocar las llagas de los leprosos. Manos que, cariñosas, dejaron a un lado la predicación para acariciar a los niños y tomarlos sobre sus rodillas. Manos vigorosas, que se aferraron a las de los muertos para devolverlos a la vida. Manos firmes, que ofrecieron apoyo a los “cargados y cansados” para hacerlos descansar.[290](#) Manos generosas, que se prestaron a lavar los pies de los discípulos y a servirles de comer. Que poco después van a ser clavadas en una cruz y desgarradas por la absurda crueldad humana. Manos que hoy siguen tendidas hacia nosotros.[291](#)

Nuestras manos. ¿A las de quién se parecen? ¿A las de Tomás, a las de Felipe o a las de Juan? Difícilmente habrán sido tan agresivas como las de Simón, ni habrán defraudado más que las de Mateo, ni se habrán crispado para decir blasfemias mayores que las de Pedro.

No importa su aspecto, no importa su historia: jóvenes o gastadas, cuidadas o rudas, hábiles o torpes, fuertes o finas, limpias o sucias.

Todas están invitadas por Jesús a su Cena.

Si al mirarlas nos parecen indignas, es que necesitamos aceptar su invitación. Porque es precisamente nuestra necesidad lo que la ha motivado. Y no hay nada que desee más que reunir un día, en un gran encuentro, en torno a su mesa, todas nuestras manos.

[252](#) Texto basado en S. Mateo 26:17-35; S. Marcos 14:12-26; S. Lucas 22:7-30; S. Juan 13:1-38.

[253](#) S. Lucas 22:21, 22; cf. S. Mateo 26:20-23; S. Marcos 14:18-21.

[254](#) S. Juan 1:45-51. Comparando entre sí las listas de Apóstoles (S. Mateo 10:2-4; S. Marcos 3:16-19; S. Lucas 6:14-16 y Hechos 1:13), podemos identificar a Natanael con Bartolomé (que no es un nombre, sino el apellido “hijo de Tolomai”).

[255](#) Andrés era natural de Betsaida (S. Juan 1:44), hermano de Simón Pedro (S. Mateo 4:18) y pescador, como este (S. Marcos 1:16).

[256](#) Véase S. Juan 6:8, 9; 12:22.

[257](#) Juan era hijo de Zebedeo y hermano menor de Santiago (S. Mateo 4:21; S. Marcos 3:17; S. Lucas 9:54). Según la tradición (Eusebio, *Historia eclesiástica* V, 8:4), era el más joven de los Apóstoles y el discípulo a quien amaba Jesús (S. Juan 13:23; 19:26; 20:2). Su actitud, por ejemplo, al ganar a correr a Pedro para ir a ver el sepulcro vacío (S. Juan 20:1-10), y al expresar libremente su afecto hacia Jesús apoyándose sobre él (S. Juan 13:23), parece confirmar su juventud.

[258](#) S. Juan 13:23.

[259](#) Aunque la cuestión ha sido discutida, a Juan el Apóstol se le atribuyen el cuarto Evangelio, tres Epístolas y el Apocalipsis (Ireneo, *Contra las herejías* III, 1:1).

[260](#) En la tradición española, es conocido como Santiago el Mayor. Era hijo de Zebedeo y pescador acomodado, puesto

que tenía operarios a su servicio (S. Marcos 1:19, 20). Hermano mayor de Juan y, con él, llamado por Jesús “Hijo del Trueno” (S. Marcos 3:17; S. Lucas 9:54).

261 S. Mateo 20:20-28; S. Marcos 10:35-45.

262 Murió decapitado bajo el reinado de Herodes Agripa I, entre los años 41 y 44 (Hechos 12:1, 2).

263 S. Mateo 11:12 (RVR 77 nota:“El reino de los cielos se abre paso por la fuerza y los esforzados se apoderan de él”).

264 En su propio Evangelio, se llama a sí mismo publicano, es decir, recaudador (o inspector) de impuestos (S. Mateo 10:3).

265 Solo Mateo se identifica a sí mismo como el publicano llamado por Jesús (S. Mateo 9:9-13). Los demás evangelistas hablan de Leví (S. Marcos 2:13-17; S. Lucas 5:27-32), quizá para proteger la reputación de su condiscípulo, no desvelando abiertamente un pasado tan difícil de llevar en aquel ambiente palestino.

266 Pedro era de Betsaida (S. Juan 1:44), pero residía en Capernaum (S. Marcos 1:21, 29-31), y con él vivía su suegra (*cf.* S. Lucas 4:38, 39). Pablo menciona a su esposa (1 Corintios 9:5: “¿Acaso no tenemos derecho a viajar en compañía de una mujer cristiana como los demás apóstoles, incluyendo a los parientes del Señor y a Pedro?”, NBE. “¿No tenemos derecho a traer con nosotros una esposa creyente, como los otros apóstoles, y los hermanos del Señor y Cefas?”, NRV).

267 S. Juan 18:10, 11 (*cf.* S. Marcos 14:43-50; S. Mateo 26:51-56; S. Lucas 22:47-53).

268 S. Mateo 26:69-75; S. Marcos 14:66-72; S. Lucas 22:54-62; S. Juan 18:25-27.

269 Según la tradición, Pedro fue apresado en el año 67, durante la persecución decretada por Nerón (“Quo Vadis?”), y crucificado cabeza abajo, al no considerarse él mismo digno de morir de la misma manera que su Maestro (Clemente Romano, *Corintios* 5:7).

270 S. Lucas 6:15; Hechos 1:13.

271 S. Mateo 10:4; S. Marcos 3:18. La palabra aramea “cana-nita” o “cananista” no significa “cananeo” o natural de Caná, sino “ lleno de celo”, es decir, “nacionalista” o “zelote”.

272 S. Juan 12:21.

273 S. Juan 6:5-7.

274 S. Juan 12:22.

275 S. Juan 14:8-10.

276 Lucas (6:16) dice que era hermano de Jacobo; Marcos (3:18) lo llama solo Tadeo; Mateo (10:3) lo llama, además, Lebeo.

277 S. Juan 14:22.

278 S. Mateo 10:3; S. Marcos 3:18; S. Lucas 6:15; Hechos 1:13.

279 Tomás viene del hebreo *To'am*, que al igual que el griego *Dídimos* significa “Gemelo” o “Mellizo” (S. Mateo 10:3; S. Marcos 3:18; S. Lucas 6:15; Hechos 1:13).

280 S. Juan 11:16.

281 S. Juan 14:5.

282 S. Juan 20:24.

283 S. Juan 20:24-29.

284 Además de “sicario”, o “el de Kerioth”, la palabra aramea *Ishqaryâ*, que algunos relacionan con el nombre de Iscariote, quería decir “El falso” (Xavier Léon Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1977, p. 269). En todas las listas de Apóstoles aparece citado en último lugar, y con la mención de que traicionó a Jesús (S. Mateo 10:4; S. Marcos 3:19; S. Lucas 6:16). Sobre la traición de Judas, véase S. Mateo 26:14-16, 25; S. Marcos 14:10, 11; S. Lucas 22:3-6.

285 S. Juan 12:6.

286 El crimen de Judas se asocia en los evangelios a la acción de Satanás (S. Lucas 22:3; S. Juan 6:70, 71; 13:2, 26, 27).

287 S. Mateo 27:3-10; Hechos 1:18.

288 S. Mateo 26:15. Treinta siclos era el valor de indemnización que se pagaba por un esclavo muerto (Éxodo 21:32, cf. Zacarías 11:12, 13). Dice la Biblia que con ese dinero se compró el campo del alfarero, llamado a partir de entonces Aceldama (“campo de sangre”), para ser usado como cementerio para los extranjeros (Hechos 1:16-20; S. Mateo 27:3-10).

289 S. Marcos 6:3 llama a Jesús *tékton*, término griego del que se deriva “Arquitecto”, y que se ha traducido inexactamente por “Carpintero”, cuando en realidad designaba al artesano que trabajaba para la construcción, pero no solo en madera, sino también la piedra e incluso el metal.

290 S. Mateo 11:28-30.

291 Hebreos 7:24, 25; Romanos 8:34.

CAPÍTULO 13

BAJO LAS COLUMNAS

La tensión se estaba haciendo insoportable. Había intentado ganar tiempo, pero debía terminar de una vez. El problema no era averiguar quién tenía razón; eso ya lo sabía. Se trataba de tomar una decisión prudente. Que el condenado a muerte era inocente, estaba claro. No obstante, tal como se presentaban las cosas, absolverlo resultaba peligroso. Se jugaba su reputación, y quizá su puesto. Por otra parte, ceder a la presión de aquella gentuza le repugnaba. Sabía que mentían. Adivinaba sus intenciones, y le incomodaba verse acorralado por ellos. Sin embargo, había agotado sus recursos. O se pronunciaba en favor del acusado o lo abandonaba definitivamente a merced de la chusma.²⁹² No podía seguir postergando su decisión. Tenía que *tomar posición ante Jesús*. Y esto podía perderlo.²⁹³

Exasperado por la insistencia de los acusadores y por su propia impotencia para resolver un caso que le había parecido de poca monta, Pilato ya no sabe qué preguntar a aquel hombre extraño, cuyo lenguaje no llega a entender. Por si se trata de un desequilibrado,²⁹⁴ intenta halagarlo en sus manías:

—¿Así que tú eres el rey de los judíos...?

Pero el reo contesta:

—¿Dices eso por iniciativa propia, o porque te están presionando?

Ese hombre está muy cuerdo. Pilato se irrita por su falta de perspicacia. Humillado por haberse dejado atrapar en una querella de fanáticos, estalla:

–Tu gente, los sacerdotes que te han entregado a mí, dicen que te las das de rey. ¿No oyes lo que testifican contra ti?[295](#)

El alto clero local había pronunciado una sentencia de muerte sin tener poder suficiente para ejecutarla. Necesitaba obtener de la autoridad competente su legalización, y por eso había obligado a entrar en escena al procurador romano.[296](#) Sin embargo, a pesar de su alto cargo, este será apenas un actor secundario, obligado a hacer de juez en aquel simulacro de juicio.

Los denunciantes eran miembros del Sanedrín, es decir, los representantes oficiales de la religión de más notorio arraigo en el país. Por razones que el procurador no tardará en descubrir, aquellos religiosos estaban incitando a las masas a pedir la crucifixión de un hombre cuyo delito había sido abrir los ojos del pueblo a la falsedad de sus directores espirituales y predicar una vivencia de la fe más fraterna y auténtica.[297](#) Lo condenaban a muerte porque él había condenado su vida.[298](#) Muchos de los presentes podrían citar de memoria sus revolucionarias palabras:

–Amad a vuestros enemigos. Haced el bien a los que os odian. Bendecid a los que os maldicen. Orad por los que os maltratan y os persiguen...[299](#)

–Entonces, ¿tú pretendes ser rey o no?

Jesús lo mira a los ojos y dice:

–Es cierto que quiero reinar, pero de otra manera. Si mi reino fuese como los demás, hubiera tenido soldados para defenderme. Mi cometido es el de llevar adelante la causa de la Verdad en el mundo. Por eso el que está a favor de la verdad me escucha.[300](#)

¿La verdad? ¿Cómo podía defender la verdad un hombre en aquella situación? Pilato no pudo evitar una mirada a las manos de Jesús, tumefactas, aprisionadas por gruesos cordeles a la altura de las

muñecas. ¿Por qué no procurar, más bien, defenderse de sus acusadores para salvar el pellejo? ¿Qué le importaba a nadie la verdad? Y entonces lanza al aire su famosa pregunta:

–¿Qué es la verdad?[301](#)

Pregunta importante que cada ser humano se plantea alguna vez en su vida, con mayor seriedad que Pilato. Porque, aparentemente, “en esa pregunta que arroja con soberbia indiferencia, sin esperar respuesta, manifiesta toda la presuntuosa ligereza del hombre de mundo, al mismo tiempo que la sabiduría de corto alcance del hombre de Estado, que no cree más que en el reinado de la fuerza y de la astucia”.[302](#)

Su reacción es la del escéptico que presume de no creer en nada, de que no existe ninguna verdad o de que es imposible conocerla. Del que solo profesa la fe que debe fingir por su cargo: la fe en el culto al Imperio y al emperador.[303](#)

Mirando condescendientemente al enigmático reo desde su superioridad de alto funcionario y de europeo liberal, le propone un trato. Una pequeña mentira útil, para acabar con el litigio:

–Dime que la acusación que te hacen es falsa y te soltaré. ¿Es cierto que te consideras rey?[304](#)

El contraste entre el representante del Imperio Romano y el del Reino de la Verdad es manifiesto:

Por un lado, el procurador encarna la autoridad que abusa de su poder. El interés y, si hace falta, la violencia decidirán el caso. La razón de la fuerza por encima de la fuerza de la razón.

Por otro lado, Jesús encarna el destino de los mártires, víctimas de su autenticidad, desde Abel hasta hoy. ¿Qué otro destino puede esperar un acusado indefenso frente a un poder absoluto, y a unas masas

manipuladas que exigen su muerte, cuando solo tiene de su parte a la verdad?

¿Qué es la verdad? Pilato se desentiende del tema. En su interrogatorio, solo ha pretendido averiguar la peligrosidad del reo. Al constatar que este no aspira al poder, ya no se preocupa por lo que pueda decir. Jesús también se calla. Si Pilato hubiese sido un pescador, una mujer pública o un cobrador de impuestos, hubiese llevado su análisis un poco más lejos, como lo había hecho la noche anterior, y le hubiese dicho:

—Yo Soy la verdad, el camino y la vida.[305](#)

Pero el procurador no hubiese entendido el significado de semejantes palabras. Se consideraba demasiado culto para creer que podía aprender algo de un prisionero. Además, como político, le interesaba más la opinión pública que la de un solo individuo. Y así cometió el error de su vida: no prestar oído al pensador más profundo e influyente que jamás tendría el Imperio.[306](#)

Extraña paradoja del destino, el nombre de Poncio Pilato solo será recordado en la posteridad,[307](#) precisamente, por haber infravalorado aquella mañana de primavera de principios de los años treinta al misterioso detenido que, sin figurar siquiera en los anales oficiales, llegaría a ser el centro de la historia.

Aunque el gobernador era, sin duda, un profesional competente capaz de ser justo, en su parodia de juicio no llegó a dilucidar la veracidad de su interrogado, simplemente por no prestar atención a sus respuestas. Si en un momento dado optó por defenderlo frente a sus acusadores, fue menos por respeto hacia él que por odio contra ellos.

El miedo a cometer un error táctico y a que sus enemigos lo denuncien ante el César, lo harán ceder ante la presión. Sus propias estrategias, aplazamientos, vacilaciones y medidas intermedias lo

arrastrarán de concesión en concesión, por la pendiente sin retorno de la injusticia.

Ahora no le quedan más que dos alternativas: o ceder vergonzosamente después de tanta resistencia, o asumir el riesgo de enfrentarse a la clase dominante del país.

En cualquier caso, quiere deshacerse de su reo como sea. Si es posible, obteniendo su absolución.[308](#) Aunque tenga que recurrir al tormento físico.

Y así envía a Jesús para que lo flagelen.[309](#) Al hacerlo, pone en marcha el turbio engranaje de la violencia que lo arrastrará inexorablemente hasta un cruel desenlace.[310](#)

Porque los sacerdotes no se contentarán con tan poco. Esa solución no bastará para alejar a Jesús de su horizonte. Aun después de desfigurado, su serena presencia seguirá interpelándolo, como exigiéndole que vaya hasta el final de su honradez o de su cobardía. Y esto es lo que hará liberando a Barrabás, el criminal sedicioso, y castigando al inocente que estorba.

–He aquí el hombre.[311](#)

También se le escapa el alcance de esta proclamación. No se da cuenta de que acaba de enunciar la verdad en cuya existencia no cree. Está invitando a todo el mundo a ver en Jesús al representante de la humanidad sufriente y humillada.

El hombre. Abandonado por quienes dicen estar de su parte, traicionado por los suyos, flagelado por los poderosos y manipulado por los que pretenden ser los representantes de Dios, Jesús es ciertamente el Hombre de Dolor, anunciado por los profetas,[312](#) venido para asumir la condición humana hasta lo sumo e intentar salvar a la humanidad de su deshumanización.

Pero allí, a los ojos de todos, no hay más que un condenado a muerte, ante el que unos se ensañan y los demás se inhiben.

—Si liberas a este hombre, no eres amigo del César.[313](#)

Por fin alguien ha encontrado el punto vulnerable de este funcionario acorralado. Su destino como magistrado romano dependía del favor del César. Una acusación de infidelidad política, hábilmente presentada por abogados expertos, podía llevarlo a la perdición.[314](#) Aturdido por la presión de los acusadores y por la confusión de sus propios sentimientos, no sabe qué hacer, y se pregunta en voz alta, fingiendo burdamente esa complicidad de los demagogos de pocas luces que se creen políticos finos:

—¿Qué hago, finalmente, de Jesús, el supuesto Mesías?[315](#)

¿Qué va a hacer Pilato? Lo que han hecho en su caso los Pilatos de todos los tiempos: lo más inmediatamente útil. Actuar por consideraciones coyunturales e intentar conservar el puesto. Para eso, tendrá que sacrificar la justicia, a cuya defensa lo obligan sus funciones, y ceder a la voluntad de quienes más detesta. Y si bien no consentirá en pronunciar una condena legal, se verá obligado a contradecirse públicamente ejecutando a alguien a quien ha declarado inocente.

Vivir es escoger. Pero, lamentablemente, nuestras elecciones no resultan siempre de nuestras convicciones sino de nuestras circunstancias, de nuestra valentía o de nuestra debilidad. A menudo, ni siquiera tenemos clara conciencia de los verdaderos motivos por los que finalmente actuamos o dejamos de hacerlo.

Si Pilato hubiese actuado con integridad y cumplido con su deber, habría absuelto a Jesús. Pero, al prostituir su autoridad, se incluyó en la infame

lista de los verdugos de la historia, oportunistas del poder, rapaces o irresponsables, a quienes los profetas bíblicos califican de monstruos. Aquellas bestias terribles descritas en las visiones de Daniel y del Apocalipsis representan a todo poder abusivo, a todos los gobernantes y sanedrines que, al oponerse a la justicia, son considerados por Dios como enemigos, sobre todo cuando tienen la osadía de pretender actuar en su nombre.

La última pregunta del procurador revela ya el fondo de su abdicación:

–¿Debo, pues, crucificar a vuestro rey?

La jerarquía sacerdotal ya ha logrado su objetivo, y zanja el asunto con una adulación abyecta:

–No tenemos más rey que César.[316](#)

La historia se encargaría de convertir esa mentira táctica en dolorosa verdad.[317](#)

–¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo![318](#)

Ante el clamor de la turba, Pilato se rinde. Ha intentado deshacerse de Jesús afirmando su inocencia, remitiéndolo al juicio de Herodes, negociando su libertad a cambio de Barrabás, flagelándolo para saciar la sed de sangre de sus acusadores y para suscitar su lástima. Todo ha fracasado.

Lo único que el gobernador no hará es arriesgarse, a causa de ese predicador inquietante, a ser calumniado ante sus jefes. Sucumbiendo a la tiranía del “qué dirán”, Pilato terminará el asunto con el gesto teatral de lavarse las manos.[319](#)

Pero el agua no absuelve a nadie de ningún crimen, y las manos de Pilato seguirán tan manchadas como antes. El silencio del reo pesará sobre él como una condena más atroz que la muerte. Y aun cuando intente borrarla de su memoria, la mirada increíblemente serena de aquel moribundo seguirá dicién-

dole quién es el vencedor y quiénes los vencidos en aquel proceso.

La inscripción que hace poner sobre la cruz suena casi a confesión reparadora: “Jesús Nazareno, rey de los judíos”.[320](#) Con ella firma la página más paradójica de la historia: un hombre, inculpado falsamente por los sumos pontífices de su religión, es ejecutado por defender la verdad después de ser declarado inocente por el máximo representante del derecho romano. El mayor apóstol de los derechos humanos es enviado a la tortura.

¿Qué hubiera sido de Pilato, si se hubiese mantenido fiel a sus convicciones y hubiese tomado una decisión valiente? Probablemente, no le hubiera ocurrido nada de lo que temía. El tiempo habría demostrado que las acusaciones levantadas contra Jesús y contra él eran falsas. Quizá, como máximo, Tiberio lo hubiera depuesto. Pero Pilato habría llevado consigo el consuelo de una conciencia en paz.

Resistir a la verdad acarrea, a veces, consecuencias trágicas. Pilato descubrirá muy pronto la inutilidad de sus concesiones. Poco después será acusado de todos modos por los mismos que lo empujaron contra Jesús, depuesto por el prefecto de Siria y finalmente exiliado a las Galias por el emperador Calígula.[321](#)

Pilato dio la espalda a la Verdad para no complicarse la vida. Pero nadie sale ganando cuando sacrifica sus valores éticos. Según la tradición, la sombra de una cruz perseguirá su memoria, y hasta su muerte lo torturará la incurable obsesión de lavar de sus manos unas indelebles manchas de sangre.[322](#)

La esposa del procurador fue más fiel a sí misma que su marido. Su información personal y un extraño sueño que la había atormentado la noche anterior al proceso, la habían llevado a la convicción de que Jesús era inocente. En vano le advertiría, temerosa:

–No tengas nada que ver con la muerte de este justo.[323](#)

Una antigua leyenda dice que, en su sueño, Prócula había oído cómo de siglo en siglo en todas las lenguas se repetía que Jesús “padeció bajo Poncio Pilato”.[324](#)

Por despreciar la verdad, la memoria de su gesto se perpetúa a través de los tiempos en una de las plegarias más repetidas de la humanidad: el Credo. De este modo paradójico, el nombre de Pilato atestigua que con Jesús, Dios ha entrado efectivamente en el tiempo y en el espacio, irrumpiendo en la vida de seres humanos tan de carne y hueso como nosotros. Y que su verdad nos interpela a cada uno como un día interpeló a aquel comandante de plaza.

Desgraciadamente, la verdad espiritual capaz de transformar su vida fue tratada por él como por tantos otros antes y después: despreciada, ridiculizada, acallada, negociada, eliminada y sepultada.

No haría falta esperar mucho tiempo, sin embargo, para descubrir el desenlace de aquel desigual conflicto. Ni para revelar el alcance inimaginable de aquella muerte sobre tantas vidas.[325](#)

Nadie podía saber que Dios estaba llevando a cabo sus designios por encima de la corrupción del derecho, la impostura del clero y los errores de Pilato. La cruz revelaba que, a pesar de las apariencias, no estamos solos en este mundo injusto. Que Dios, para atraernos hacia la vida, era capaz de compartir nuestra precaria existencia hasta el punto de afrontar la muerte. Sin dejar de respetar la libertad humana, su plan de salvación empezaba a triunfar, aun cuando aparentemente fuese pisoteado por sus destinatarios. Porque de un modo misterioso, que únicamente la gracia divina puede entender, el amor de Aquel que derramaba su sangre podía con todo el odio del mundo.

Solo por el hecho de suscitar la sed de justicia, Jesús sobre la cruz estaba ya empezando a ganar los corazones, incluso de sus verdugos, haciéndoles desear la posibilidad de una reparación de sus faltas y de una vida mejor.[326](#) El tiempo demostraría hasta qué punto tenía razón, cuando dijo que había venido para hacer reinar la verdad.

Por eso, la pregunta de Pilato ”¿Qué es la verdad?” se puede calificar de escéptica, de sofisticada, pero no de inoportuna. No es una pregunta original, como tampoco lo era el procurador. Desde hacía muchos siglos, sabios y santos no habían cesado de planteársela. Tampoco es una pregunta definitiva, ya que hombres y mujeres inquietos de todas las épocas – científicos, pensadores, religiosos, artistas, poetas– se la han seguido planteando desde entonces hasta ahora. Pero es vital. Es la eterna pregunta del ser humano que quiere certezas, que necesita un punto de referencia para construir su escala de valores y una luz que lo guíe en las tinieblas.

En este mundo tan complejo en que vivimos, donde cada uno pregoná su verdad, donde es tan fácil equivocarse y ser engañados, ¿cómo encontrar ese faro seguro, esa plataforma firme, en la que apoyarse y sobre la cual poder construir, confiadamente, un proyecto de vida?

Para hallar la verdad –esa “realidad que no se puede negar racionalmente”[327](#) es preciso desearla y buscarla, sinceramente.

La verdad, como toda gema preciosa, tiene varias facetas. No es que sea necesariamente complicada o difícil; no obstante, para abarcárla necesitamos contemplarla en su totalidad. Una parte de la verdad no es la verdad; y una verdad a medias es una simple mentira. Las medias verdades son a menudo odiosas. Pero se hacen particularmente detestables en el ámbito espiritual, es decir, en la dimensión de la experiencia humana que ataña a lo más profundo del ser.

Todos conocemos el viejo cuento oriental de los ciegos y el elefante,³²⁸ que subraya la tendencia común a confundir la verdad con lo que no es más que un aspecto de ella. Para el buscador sincero, la buena fe no basta; debe acompañarse de una buena información. Porque verdad no es sinónimo de sinceridad: la sinceridad es subjetiva –por consiguiente, muy difícil de juzgar–; la verdad es objetiva –por tanto, susceptible de ser juzgada–. Y siempre será preferible la sinceridad en la verdad que la sinceridad en el error.

Confundir verdad y opinión no sería grave, si nos mostráramos dispuestos a reconocer que nuestra postura puede no ser la mejor. El problema está en que de la defensa de la opinión a la obstinación no hay más que un paso.

Se ha dicho que nada es más querido que nuestras propias opiniones, y nada hay más difícil de abandonar.³²⁹ El sabio Salomón ya decía que “más se puede esperar del necio que del obstinado”,³³⁰ y que “solo es sensato el que escucha consejos”.³³¹

El derecho que cada uno tiene, desde el punto de vista de la inalienable libertad de conciencia, de creer lo que quiera o de no creer nada, es indiscutible. Todos tenemos derecho a la comprensión y a la tolerancia; a buscar la verdad y a desentendernos de ella. Allá cada cual con su conciencia y su sentido de la responsabilidad. Pero eso no quiere decir que todas las actitudes sean igualmente sensatas. Sobre un determinado punto puede haber muchos pareceres. Verdad transcendente, aunque no seamos capaces de abarcarla plenamente, solo hay una. Por eso, cuando nuestra opinión no tiene más regla ni criterio que nosotros mismos, nos parecemos, lamentablemente, a aquellos pobres ciegos de la fábula, empeñados en confundir un elefante con un árbol o con una cuerda.

Ser auténticamente sincero es buscar la verdad en sus fuentes por todos los medios a nuestro alcance.

Esa es la única sinceridad capaz de llevarnos de la convicción a la certeza.

Cuando procuramos defender nuestra posición más que a la verdad, hacemos como Pilato. Deja de haber sinceridad en nuestra actitud, y nuestra obstinación se convierte en un camuflaje para nuestras excusas.

Es fácil encontrar pretextos. Hasta los textos sagrados pueden ser manipulados y utilizados para defender criterios personales o de grupo, con resultados que van desde las más pintorescas herejías hasta las más sangrientas guerras “santas”. Cualquiera que se lo proponga, será capaz de tergiversar tanto los pasajes difíciles como los claros y sencillos.[332](#) (Es frecuente, incluso, que los que más se oponen a las Escrituras Sagradas tengan un conocimiento superficial de sus enseñanzas, como si ante al temor de descubrir algo que no deseán, el rechazo les diese un cierto sentimiento de seguridad.) Por eso, paradójicamente, aun siendo la religión el lugar privilegiado de encuentro del hombre con la Verdad suprema (léase Dios y su Revelación), existen en esa esfera tantas “verdades” enfrentadas y tantos credos diferentes.

Y es que la obstinación y la insinceridad ciegan. El error esclaviza. Los errores personales o históricos – que nosotros llamamos “nuestras verdades”–, convertidos en prejuicios, tradiciones o dogmas, encadenan a los seres humanos a posiciones que coartan su libertad, y lo que es peor, también la ajena. Porque es mucho más difícil ser amigo de la verdad hasta el martirio, que hacerse su apóstol hasta la intolerancia.[333](#)

Sin embargo, la verdad es liberadora por naturaleza. Jesús dijo: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.[334](#) De ahí que la fidelidad a la verdad solo sea comparable a la fidelidad de la brújula al polo. Fijar la aguja, para sí o para otros, es peligroso.

Por fidelidad a su cometido, la aguja debe ser siempre libre.

Esto puede parecer muy simple. Pero el hecho de que algunas verdades sean muy elementales no les resta ni un ápice de su valor.

Si Dios no existiera, la verdad (nos referimos siempre al ámbito religioso y moral) sería relativa. Pero si existe, él es nuestra referencia última. Nuestros esfuerzos al margen de él conducen necesariamente a verdades humanas, todas relativas. Por eso necesitamos prestar oído, además de a la naturaleza y a la conciencia, a la revelación que Jesús vino a difundir, esa “luz verdadera que alumbría a todo hombre que viene a este mundo”.³³⁵ La Luz que permite descubrir y afrontar la realidad de un modo más realista.

A diferencia de la verdad eterna de la razón buscada por los filósofos, esta verdad no es un conocimiento teórico sino existencial; compromete al ser entero. Es una vivencia práctica, experimental, que nos libera de nuestros temores y permite nuestra realización plena. Además de convencernos, nos transforma. Por eso no basta conocerla: hay que vivirla. Todos los que la siguen, a medida que su vida se pone en armonía con ella, pasan de la búsqueda por poseer la verdad al deseo imperioso de que la Verdad los posea.

Desde aquel encuentro bajo las columnas, el proceso de Jesús continúa; así como su testimonio en favor de la verdad. Y aunque muchos no llegan a tomar conciencia de ello, todos nos preguntamos alguna vez en la vida, como Pilato: “¿Qué haré de Jesús, llamado el Cristo?”

Cada vez que lo condenamos sin haberlo escuchado, o no vamos hasta el fondo de nuestras convicciones porque tenemos miedo, o porque nos resulta más cómodo ser prácticos que consecuentes; cada vez que, a pesar de nuestras buenas intenciones, no nos atrevemos a pronunciarnos por la verdad

cuando comporta algún riesgo, y tendemos a aplazar nuestra decisión, o a buscar escapatorias; cada vez que acallamos la conciencia, diciéndonos que para evitar conflictos hay que saber esperar y hacer concesiones; cada vez que llamamos prudencia a la debilidad y paciencia a la cobardía, estamos obrando como Pilato.

Hoy, como entonces, quienes no desean comprometerse siguen prefiriendo el respaldo del poder y de la mayoría. Por ser arriesgada, la verdad que bebe en las fuentes siempre es minoritaria y, por lo tanto, solo se atreven con ella los valientes. Como es independiente del número de sus adeptos, como no se decide por votación ni se deja imponer por decreto-ley ni se adopta por aclamación popular, no suelen tenerla las masas ni sus dirigentes. La sigue teniendo Cristo. Y al igual que él, sus seguidores son tratados a menudo como locos, a veces como héroes e incluso como mártires, y siempre como disidentes.

[292](#) El Evangelio de Juan sitúa este encuentro en un lugar llamado en griego *Lithóstrotos* y en hebreo *Gabatá*, es decir, “El enlosado” (19:13), que ha sido localizado en el patio mayor de la Torre Antonia (Pierre Benoit, “L’Antonia d’Hérode le Grand et le Forum oriental d’Aelia Capitolina”, *Harvard Theological Review*, t. 64, 1971). Para administrar justicia el magistrado romano debía hacerlo en el *praetorium*, constituido por dos elementos indispensables: el “tribunal” (estrado de forma semicircular fácil de transportar y montar donde se estimase conveniente), y la silla curul, que se colocaba sobre el estrado y sobre la cual se sentaba el pretor para dictar sentencia. El procedimiento seguido por Pilato es el habitual en estos casos (*cf.* Cicerón, *Pro Cluentio* 58).

[293](#) La descripción del proceso de Jesús ante Pilato está recogida en S. Mateo 27:1-31, S. Marcos 15:1-21, S. Lucas 23:1-25 y S. Juan 18:28 a 19:16.

[294](#) S. Juan 18:33. Sin duda Pilato habría soltado a Jesús, si lo hubiera considerado como un simple loco. En el año 62, el procurador en funciones se negó a condenar a otro Jesús, hijo de Ananías, acusado también de profetizar la destrucción del Templo (Josefo, *Guerra*, 6:300-309; *cf.* S. Marcos 14:55-59).

[295](#) S. Juan 18:34, 35; *cf.* S. Mateo 27:11-14.

296 Los romanos habían reconocido oficialmente al Sánedrín el poder de instruir causas y de pronunciar sentencias según la legislación judía. Pero Augusto había limitado sus atribuciones. Toda condena a muerte tenía que ser ratificada por la autoridad romana. En consecuencia, el *ius gladii* pertenecía exclusivamente al procónsul. El texto bíblico deja muy en claro esta situación (S. Juan 18:31). Si el Sánedrín acudía al representante de Roma no era para imponer una multa, o una excomunión, o los 39 azotes reglamentarios para ciertos castigos (2 Corintios 11:24), ya que todo eso lo podía hacer legítimamente sin la autorización del procurador. Lo que quería era el permiso para la pena capital (Fernando Miranda Virto, *Juicio y sentencia contra Jesús*, publicado por el Colegio de Abogados de Valencia, 1951, p. 31).

297 S. Lucas 22:24-30.

298 Véase sobre todo S. Mateo 23:1-36. Las implicaciones políticas de la acción de Jesús explican en parte la hostilidad de los dirigentes del país (cf. S. Juan 11:45-53).

299 S. Mateo 5:21-26, 38-48.

300 S. Juan 18:36, 37.

301 S. Juan 18:38.

302 Luis Bonnet y Alberto Schroeder, *Comentario del Nuevo Testamento*, Casa Bautista de Publicaciones, 1970, t. 2, p. 338.

303 Giovanni Papini, *Historia de Cristo*, México DF, Porrúa, 1984, p. 186.

304 S. Juan 18:37.

305 S. Juan 14:6.

306 Véase sobre este punto Juan Mateos y Juan Barreto, *El Evangelio de Juan*, Madrid, Cristiandad, 1982, p. 778.

307 Aparte de su encuentro con Jesús, la historia solo ha retenido de Poncio Pilato que fue équite romano y ejerció como prefecto de Judea bajo Tiberio, entre los años 26 y 36, cuando fue destituido por su desafortunada actuación como político y devuelto a Roma. El único testimonio arqueológico de que Pilato gobernó Palestina es una inscripción fragmentaria en piedra, hallada en Cesárea en 1961 (Siegfried H. Horn, *La arqueología bíblica después de 30 años, 1948-1978*, colección "Claustro" Nº 9, México DF, Ediciones Luminar, 1980, pp. 49, 50).

308 Ese fue, sin duda, el motivo que lo impulsó, al enterarse de que Jesús venía de Galilea, a enviarlo a Herodes, tetrarca de aquella región que se encontraba en Jerusalén con motivo de las fiestas de Pascua (S. Lucas 23:5-12). En derecho romano, la competencia del foro, por razón del territorio, estaba determinada o por el lugar de la detención (*forum apprehensionis*) o por el lugar en que se había cometido el delito (*forum originis*). Herodes, pues, no tenía jurisdicción en aquel caso, ya que Jesús había sido detenido en Judea por un

delito de “agitación política” que afectaba a todo el país, y no solo a Galilea. Pilato aprovecha la presencia de Herodes para librarse de dictar sentencia, obteniendo un reconocimiento complementario de inocencia (Miranda, *Juicio y sentencia contra Jesús*, p. 31). Sobre las irregularidades jurídicas del proceso de Jesús, véase también Paul Winter, *El proceso de Jesús*, Barcelona, Muchnick Editores, 1983.

309 S. Juan 19:1-4.

310 Filón de Alejandría, contemporáneo suyo, describe a Pilato como alguien “de naturaleza altanera, obcecado y cruel” (*Embajada a Gayo* 38).

311 S. Juan 19:5; cf. Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, Boise (Idaho), Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1984, p. 684.

312 Isaías 52:13 a 53:12.

313 S. Juan 19:12.

314 Los numerosos agravios al pueblo cometidos por Pilato le habían acarreado una absoluta impopularidad. Uno de sus primeros errores fue trasladar los cuarteles de Cesárea a Jerusalén. La presencia en torno al Templo de estandartes militares, considerados como imágenes idólatras por los judíos estrictos, excitó su indignación hasta el punto de que irrumpieron tumultuosamente en la residencia del procurador para exigirle que retirarse inmediatamente de la Ciudad Santa las ofensivas imágenes. Irritado por el contratiempo, Pilato ordenó que sus soldados rodearan a los manifestantes y dieran muerte a todos los que no se dispersasen en el acto. Al constatar que preferían morir antes que permitir “la profanación de la Ciudad Santa”, tuvo que ceder. La historia de su gobierno abunda en actos crueles, como la matanza de peregrinos galileos, narrada en S. Lucas 13:1-3 (cf. Josefo, *Guerra*, 2:169). Su trato hacia Jesús refleja bien su talante inseguro.

315 S. Mateo 27:22.

316 S. Juan 19:15.

317 Josefo cuenta con todo detalle las circunstancias que lanzaron a Israel a la guerra contra los romanos en los años 66 a 70 (*Guerra* 2:284 a 7:20). La ciudad de Jerusalén y el Templo fueron tomados por Tito y arrasados en los años 70 a 71. De todos los edificios de la ciudad, no quedaron en pie más que tres torres y una parte del muro occidental. En el año 135, el emperador Adriano estableció allí una colonia romana. Para borrar todo vestigio del judaísmo, cambió el nombre de la ciudad por el de Aelia Capitolina, y dedicó el emplazamiento del Templo al dios Júpiter (Eusebio, *Historia eclesiástica* IV, 6:1-4). Los judíos fueron desterrados, bajo pena de muerte, e Israel dejó de existir como entidad política en tierras de Palestina hasta 1948.

318 S. Mateo 27:22; S. Marcos 15:14; S. Lucas 23:20-23; S. Juan 19:6, 14-16. El suplicio de la crucifixión era comúnmente practicado por los romanos en el primer siglo de nuestra era. Cicerón la llama “la tortura más cruel y vergonzosa”: “Que un ciudadano romano sea atado, es un abuso; que sea golpeado, es un delito; que sea ajusticiado, es casi parricidio. ¿Qué diré, pues, si es colgado de una cruz? Para algo tan nefando no hay apelativo adecuado” (*De finibus* 5:92). Filón la califica de “la manera más baja y rastrera en que pueda terminar una vida malvada” (*De providentia* 2:24, 25). Josefo describe innumerables crucifixiones, algunas masivas, a lo largo de los conflictos de Israel con Roma (*Guerra* 5:44 a 51; 2:75, 253, 306, 308; 3:321; 5:289; *Antigüedades* 17:295; 2:241; 20:119; etc).. Normalmente, solo se aplicaba a los esclavos sediciosos o a casos de alta traición. El condenado era expuesto para ejemplo a la entrada de la ciudad o a la orilla del camino. Se colocaba, colgada al cuello del suppliciado o clavada sobre la cruz, una inscripción indicando el motivo de la condena. Aunque había cruces de numerosas formas, los romanos solían clavar a los crucificados sobre un madero transversal llamado *patibulum*, que se fijaba en lo alto de un poste (*crux commissa*) o más abajo, en una muesca (*crux immisa*). El condenado era clavado, o sujetado con cuerdas por las manos y los pies, y expuesto desnudo (por derecho, los vestidos pertenecían a los verdugos) al doble suplicio de la tortura y la vergüenza. Para los judíos, la crucifixión era, además, una prueba de maldición divina (*Deuteronomio* 21:22, 23; *Gálatas* 3:13). La muerte, que podía ser muy lenta, sobrevenía generalmente por asfixia, debido al agotamiento y a dificultades respiratorias y circulatorias. Se podía acortar la agonía rompiéndole las piernas al crucificado, lo cual le impedía incorporarse para inspirar (véase Martin Hengel, *Crucifixion*, Filadelfia, Fortress Press, 1977). En junio de 1968 se encontraron en el cementerio de Givat ha Mivtar, al norte de Jerusalén, en el nicho Nº 9, entre otros restos funerarios, los de un joven de unos 25 años llamado “Juan hijo de Haggôl”, crucificado a mediados del siglo primero. Los huesos del talón se hallan atravesados por un grueso clavo de 18 centímetros que los mantiene juntos, y que fue arrancado de la cruz junto con un trozo de madera de olivo. Las tibias están quebradas a golpes, y las manos han sido clavadas a la altura de las muñecas. Se trata del testimonio arqueológico más semejante a la crucifixión descrita por los evangelios (Jacques Briend, *Bible et Terre Sainte*, julio-agosto de 1971, p. 8).

319 S. Mateo 27:24.

320 S. Mateo 27:37; S. Marcos 15:26; S. Lucas 23:38; S. Juan 19:19.

321 Datos históricos tardíos, difíciles de verificar, dicen que Pilato fue desterrado por Calígula a Vienne, ciudad gala junto al Ródano, a mitad de camino, aproximadamente, entre la actual ciudad francesa de Valence y la ciudad suiza de Ginebra, y que allí se suicidó. Una leyenda, mucho menos fiable, liga su nombre, su remordimiento y su suicidio al Monte Pilatus, al sur del lago de Lucerna, en Suiza.

322 Se le atribuye un escrito apócrifo llamado *Carta de Pilato a Claudio*, conocido ya por Tertuliano antes del 197, y una *Correspondencia con Tiberio*, que data de la Edad Media.

323 S. Mateo 27:19.

324 Dorothy L. Sayers, *The Man Born to be King*, citado por Karl Barth, *Esquisse d'une dogmatique*, Neuchâtel / París, Delachaux & Niestlé, 1968, pp. 173-181.

325 Todos los documentos de los testigos oculares de la crucifixión y la sepultura de Jesús, culminan con el relato de su resurrección: S. Mateo 28:1-15; S. Marcos 16:1-18; S. Lucas 24:1-49; S. Juan 20:1-29; 21:1-19.

326 Las consecuencias salvíficas del sacrificio del Calvario constituyen lo que la Biblia llama “el misterio de la gracia” (1 Timoteo 3:16), explicado sobre todo en las Epístolas (Efesios 2:1-22; Romanos 3:21-26; 5:1-11; 2 Corintios 5:11 a 6:2, etc). La importancia y complejidad del tema no permite abordarlo en un trabajo como el presente.

327 Platón, *Leyes* 663.

328 Un viejo cuento oriental dice que a una lejana aldea llegó un día un viajero montado en un elefante. Al enterarse de la noticia, unos ciegos que mendigaban al borde del camino le pidieron que les dejara tocarlo, aunque solo fuera un momento, para hacerse una idea de cómo era. Y sin más se pusieron a palparlo. Cuando el visitante reemprendió la marcha, estalló entre los ciegos una viva discusión, no logrando ponerse de acuerdo sobre lo que habían palpado con sus propias manos. El que no había tocado más que la panza del animal definía al elefante como una inmensa bola rugosa; el que había estado aferrado a una pata lo describía como un tronco de árbol; el que se había tomado de su trompa lo comparaba con una blanda serpiente; y el que había permanecido asido a su cola lo equiparaba a una pequeña cuerda. Y así dejaron de ser amigos, discutiendo sobre la forma de algo que ninguno de ellos había visto, cuando habrían podido recopilar todos los datos con facilidad y reconstruir la verdadera imagen del elefante.

329 “El pecado más difícilmente corregible y el más incurable es el orgullo de la opinión propia” (Elena de White, *Testimonies for the Church*, Mountain View (California), Pacific Press, 1948, t. 7, pp. 199, 200).

330 Proverbios 26:12.

331 Proverbios 12:15; Romanos 12:16.

[332](#) Elena de White, *El conflicto de los siglos*, Mountain View (California), Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1977, p. 642; *Mensajes selectos*, Mountain View (California) Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1969, t. 1, pp. 49, 50.

[333](#) Voltaire, *Lettre à D^vAlembert*, febrero de 1776.

[334](#) S. Juan 8:32.

[335](#) S. Juan 1:9.

CAPÍTULO 14

AL CAER LA TARDE

La fiesta había tenido un final amargo. Caía la tarde del domingo³³⁶. Cansados y taciturnos, dos viajeros volvían a casa. Entre los jirones de su conversación, entrecortada por frases inacabadas, suspiros y silencios, afloraba a golpes la realidad de un hecho insopportable que no conseguían ni mencionar ni callar.

Cleofás y su amigo³³⁷ no podían apartar de su mente, camino de Emaús,³³⁸ la muerte brutal de su querido Maestro, la tarde del viernes. Sus últimas palabras, su arresto, su condena, sus torturas. Y aquel final horroroso en la cruz.³³⁹

Más lacerante que la indignación por la muerte de un inocente, que el dolor por la pérdida de un ser querido, que el temor de acabar también ellos siendo procesados, era el desgarro de haber perdido de golpe su fe y sus esperanzas. Todo lo que había dado sentido a su vida quedaba atrás, sepultado bajo la losa de una tumba en un pequeño cementerio.³⁴⁰

Más desconcertante que la vida misma del Nazareno había sido aquel inesperado desenlace. Si ya sus enseñanzas habían roto todos sus esquemas, la crucifixión los había acabado de trastornar. Aquella muerte atroz no entraba en ningún cálculo imaginable. Ellos esperaban un rey invencible, y no una víctima miserable, mártir del perdón.³⁴¹

Aquel final, tan infame como absurdo, sin resistencia y sin gloria, no lo podían entender. Que el enviado de Dios fuese humilde, comprensivo con los niños y las mujeres, amigo de los pobres y amable con sus enemigos, a duras penas resultaba aceptable. Pero que el Libertador de Israel no hubiera sido capaz de liberarse a sí mismo; que el Salvador no hubiera

hecho nada para salvarse; que el Mesías prometido hubiera sido asesinado en el patíbulo de los más abyectos criminales;[342](#) que el Rey esperado para rescatar a su pueblo del yugo enemigo hubiera sido ejecutado por los romanos, era demasiado escandaloso para ser creíble. Si Dios existía, si a Dios le importaba Israel, era imposible que hubiese consentido semejante crueldad con Jesús de Nazaret.

Sin duda se habían equivocado. Había sido una ilusión. Un insopportable engaño... Esa debía de ser la verdad. Todo había terminado. Y ahora volvían hacia su realidad sin futuro. Hacia su vacío de antes. Con el paso cansado de quien ya no tiene fuerzas para seguir, ni prisa por llegar porque no ve nada delante...

De pronto, una tercera sombra aparece en el camino. Un viajero solitario los alcanza y decide caminar junto a ellos. El forastero no les resulta del todo desconocido, aunque son incapaces de precisar por qué.

El caminante se gana enseguida su confianza y, del modo más natural, les pregunta:

–¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?[343](#)

Incapaces de hablar de otra cosa, lo ponen al corriente de los acontecimientos que los abruman. Su nuevo acompañante se deja informar, a riesgo de que le digan:

–¿Eres tú el único de paso por Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha ocurrido estos días en la ciudad?[344](#)

Esos hombres angustiados tienen mucho que contar. El forastero escucha atentamente su relato. Parece comprender la profundidad de su sufrimiento, porque no dice nada. Deja que hablen. Los hombres le cuentan, a retazos, su dolor y su desengaño. Y le hablan de Jesús, su admirado Maestro, “un profeta

extraordinario en obras y palabras, ante Dios y ante el pueblo".³⁴⁵ De cómo los sacerdotes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, de cómo lo crucificaron... y de cómo fue sepultado, en aquella tumba ajena.

–Hoy hace ya tres días...

El tiempo tiene un terrible poder de erosión. Tres días bastan para acabar con la seguridad y las convicciones de estos hombres de fe. La desaparición del cadáver, complicada por la hipótesis increíble de un milagro, los ha hundido todavía más en la confusión.

–Algunas mujeres de nuestro grupo fueron muy de mañana al sepulcro y, al no encontrar su cuerpo, volvieron contando que unos ángeles les habían dicho que Jesús estaba vivo. Algunos de los nuestros acudieron corriendo y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres: el cuerpo no estaba allí. La tumba estaba vacía...³⁴⁶

De la dolorosa descripción de los hechos pasan a la todavía más penosa confesión personal:

–Nosotros lo creímos el libertador de Israel...³⁴⁷

El viajero ha estado esperando ese momento en el que el corazón en llaga, vencidas ya sus reservas, se abre de par en par dejando al descubierto sus ilusiones frustradas, sus preguntas sin respuesta.

Cuando los caminantes han tocado fondo, náufragos de su impotencia, cuando ya lo han dicho todo, el forastero sabe que no les queda más remedio que escuchar. Tras las malas noticias de los hombres – de muerte y de injusticia –, ha llegado el momento de darles las últimas noticias. Noticias de vida y de esperanza.

El viajero tiene un mensaje de la Biblia para quienes ya no creen en nada. El que necesitan: un mensaje

de ánimo, que los ayude a entender su inquietante realidad.

En sus palabras, familiares y nuevas a la vez, los acontecimientos de la víspera van cobrando perspectivas inesperadas. El indignante crimen resulta ser más que un crimen. La víctima, más que una víctima. Su sacrificio, más que un sacrificio. Y en sus mentes ofuscadas por las sombras de la cruz, una luz irresistible empieza a apuntar.

Los viejos oráculos se convierten en promesa nueva. La historia inaceptable se vuelve testimonio irrefutable. En la perspectiva de los designios divinos, la tragedia, el escándalo, la cruz y la tumba vacía toman un aspecto insospechado. A la luz de las profecías, la figura de Jesús de Nazaret se va precisando como el Libertador esperado.

–¿No estaba dicho que el Mesías tendría que padecer todo esto para entrar en su gloria?[348](#)

Ellos lo escuchan, asintiendo sin replicar. Algo, allá dentro, les dice que el forastero tiene razón. Que Dios no podía defraudarnos. Y desde el fondo de su ser, por oleadas, les va renaciendo la fe como un manantial incontenible, impulsando a borbotones la esperanza. Los textos archisabidos toman en sus labios un sentido tan claro, que ahora les parece mentira no haber sido capaces de entenderlos antes.

El Mesías incomprendido, rechazado y crucificado por los suyos estaba anunciado en las Escrituras. Encarnando la terrible experiencia del Siervo sufriente descrito por los profetas, el Salvador prometido, de un modo misterioso, a través de su martirio redimiría a los hombres.[349](#)

El caminante acaba su explicación, invitándolos con un reproche amable a reconsiderar las Escrituras y a creer su mensaje increíble. Terminada, aparentemente, su misión, comienza a despedirse de los que ya han llegado a su destino. Pero se ha ganado hasta

tal punto su afecto, que esos hombres emocionados no le permiten marcharse:

—Quédate con nosotros esta noche, que ya es muy tarde. Cuéntanos más. No nos dejes.[350](#)

¿Temen, quizá, que sin él todo vuelva a ser como antes? ¿Tienen miedo de volver a encontrarse solos en la noche de sus dudas?

El forastero acepta su invitación como si estuviera esperándola, y entra en su casa a compartir su hospitalidad.

Después de haber reconfortado sus almas afligidas, ha llegado el momento de alimentar sus cuerpos hambrientos. Toma el pan, lo bendice y empieza a repartirlo...

En aquel instante, los discípulos descubren, atónitos, en el extraño visitante al mismo Jesús.[351](#)

No habían logrado reconocerlo por las facciones de su rostro, ni por el brillo de su mirada ni por el tono de su voz. Pero bastó ver sus manos marcadas por la maldad humana (una maldad a la que ya no se sentían ajenos), abiertas en aquel gesto familiar de solidaridad, para que la ofuscación de su mente desapareciese, sus ojos se abrieran a la realidad espiritual y se encontraran cara a cara con el esplendor del Resucitado. Y ellos, que no han sabido reconocer a Jesús en el caminante, ni en el maestro, lo reconocen al fin por el gesto entrañable del amigo que comparte su pan.

—¿No nos ardía el corazón mientras nos explicaba las Escrituras por el camino? ¿Cómo no hemos sido capaces de verlo antes?[352](#)

Estos discípulos habían seguido a Jesús durante varios años. Habían adquirido una excelente formación religiosa. Tenían valiosas convicciones. Pero aquella tarde habían perdido de vista al Guía. No fue-

ron capaces de reconocerlo porque no esperaban volver a encontrarse con él.

Como a ellos, la incredulidad o los problemas nublan a veces nuestra visión. Lamentamos la ausencia de Dios en nuestra vida, pero nuestros ojos están ciegos para todos los indicios del encuentro. Ni en el culto comunitario más inspirador, ni en nuestras oraciones más íntimas, conseguimos percibir la presencia divina a nuestro lado.

¿Quién no ha recorrido nunca el doloroso camino que se hunde en las tinieblas de la desesperanza? ¿Quién no conoce la angustia de volver atrás y caminar a oscuras, perdido y sin ayuda? ¿Quién no ha sufrido alguna vez la ausencia de Dios? ¿Quién no se ha alejado jamás en su vida de ese Dios que parece que guarda silencio?

La queja de que Dios parece abandonarnos en el momento en que más creemos necesitarlo, sube, dolorosa y repetida, de quienes más se rebelan contra la injusticia y la miseria del mundo. Esa fue la única queja de Jesús, agonizando en la cruz:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?[353](#)

El hombre, por fuerte que sea, siente que él solo no puede hacer frente al sufrimiento indignante de un mundo donde el mal siempre parece triunfar. Algo le dice que necesita desesperadamente la ayuda de Alguien, para poder mantenerse firme en una lucha que cree necesaria, y que no tiene sentido sin ese Alguien. La experiencia le muestra que hace falta más valor del que le resulta posible sacar de sus fuerzas para creer y hacer algo por un mundo mejor, cuando todo parece estar en contra de él y la maldad prevalece. Que hace falta más fe de la que es capaz de aportar por sí mismo, para comprometerse en una lucha cuya nobleza lo subyuga pero cuyo fin no ve.

El silencio de Dios es una piedra de escándalo para la mayoría. A unos les sirve de alegato para desentenderse de todo lo que no sea ellos mismos. A otros les permite aventurar la hipótesis de la no existencia de un Ser supremo.

Para el que quiere creer, el silencio de Dios es la prueba más dura de su fe:

—Si Dios no me escucha, si no me responde, ¿qué habré hecho? ¿Por qué será? ¿Por qué?

Job se debatió en el centro de esa angustia que todos experimentamos en algún momento, hasta que descubrió que el reproche de los hombres al silencio de Dios es el de no respondernos como nosotros deseamos.³⁵⁴ El querer que se ponga a nuestro servicio, en vez de ponernos nosotros al suyo. En suma, el de no ser un Dios a nuestra imagen y semejanza.

Nuestro drama se sitúa en el rechazo de un Dios que deja al hombre ser hombre, y que, como Dios, nunca puede cesar de ser Dios. Que, empeñado en nuestra búsqueda, nos habla “muchas veces y de muchas maneras”,³⁵⁵ pero casi siempre de incógnito.

Por eso, no nos corresponde a nosotros juzgar a quien es el amor y la sabiduría absolutos, por nuestras impresiones acerca de sus intervenciones o sus abstenciones en nuestro caso particular. Bástenos saber que si no parece actuar —en el modo inmediato y mágico que nosotros desearíamos—, es porque respeta nuestra libertad —la misma que defendemos con tanto interés en otros casos—, y prefiere obrar a través de nosotros, potenciando la libertad, la responsabilidad y la fraternidad humanas.

Como los discípulos de Emaús, necesitamos aprender a escuchar y ver, más allá del escándalo del silencio divino y de la sordera o la ceguera humana, las revelaciones del eterno presente.

Cuando, como ellos, nos atrevemos a invitarlo a compartir nuestra existencia, la suya deja de ser un problema y se convierte, al contrario, en la solución de los demás problemas nuestros, capaz de superar nuestras limitaciones, incluida la muerte.

Momento crucial de presencia descubierta. Pero también de aceptación de la ausencia. Al ser descubierto como siempre presente, puede desaparecer físicamente de nuestro lado, porque nos deja la seguridad de su asistencia espiritual. Ya no es solo alguien importante en nuestra vida: es la razón de nuestra vida.[356](#)

El maestro que ilumina sin imponerse, cumplida su misión “desaparece”, porque ha llegado la hora de que el discípulo tome el relevo y llene con su presencia la ausencia de Dios en la vida de otros. Hasta que el encuentro se produzca y el intermediario pueda, a su vez, ceder su lugar. No hay que interferir en la intimidad del amor...

Cleofás y su amigo, fortalecidos por aquel pan que quizá ni siquiera llegan a comer, recuperan de golpe su energía. Ya no importan distancias, ni obstáculos ni temores. Sin esperar un instante, se levantan y corren a la ciudad a decir a cuantos encuentren, empezando por sus amigos, que Jesús, a quien todos creían muerto, ha resucitado y vive para siempre.[357](#) A anunciar a los que sufren, dudan y buscan, perdidos en la noche de sus luchas, que no estamos solos. Que Alguien está ahí, a nuestro lado, esperando que lo dejemos acompañarnos por mucho que se desvíen nuestros caminos hacia cualquier Emaús.

[356](#) Texto basado en S. Lucas 24:13-35 (*cf.* S. Marcos 16:12, 13).

[357](#) Cleofás es, quizás, el equivalente semítico, abreviado, del griego *Kleopatros*. Con ese nombre conocemos al marido de María, madre de Santiago el Menor y de José, una de las mujeres que presenciaron la crucifixión (S. Juan 19:25; *cf.* S. Mateo 27:55, 56; S. Marcos 15:40). El anonimato de su compañero de viaje ha suscitado numerosas hipótesis, entre

ellas, la de que pudo ser su propia esposa, que regresaba con él a casa (K. Bornhäuser, *The Death and Resurrection of Jesus Christ*, Londres, Bangalore, 1958, pp. 221, 222). La iglesia antigua identifica a este Cleofás con un hermano de José, el padre adoptivo de Jesús (Eusebio, *Historia eclesiástica* 3:11, 32; 4:22).

[338](#) La localización de esta aldea plantea algunos problemas: *Amawas*, está a 30 kilómetros (es decir, a 160 estadios, como indican algunos manuscritos). Josefo menciona una colonia militar con el nombre de *Ammaus*, establecida por Vespasiano a unos 30 estadios al oeste de Jerusalén (*Guerra* 7:217). Hoy, el supuesto lugar de Emaús se llama *el-Qubeibe*. Si Emaús estaba a 60 estadios de Jerusalén (S. Lucas 24:13), como el estadio tiene 180 metros, la distancia era de aproximadamente 11 kilómetros.

[339](#) Sobre el relato de la crucifixión de Jesús, véase S. Mateo 27:1-56, S. Marcos 15:1-41, S. Lucas 23:1-49, y S. Juan 19:1-37.

[340](#) Sobre la sepultura de Jesús, véase S. Mateo 27:57-61, S. Marcos 15:42-47, S. Lucas 23:50-56 y S. Juan 19:38-42.

[341](#) Jesús, en la cruz, había orado por sus verdugos, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (S. Lucas 23:34).

[342](#) No hay que olvidar que Jesús fue ajusticiado oficialmente como más merecedor de la muerte que Barrabás, un reo convicto de sedición y homicidio (S. Lucas 23:13-25), y crucificado finalmente entre dos malhechores (S. Lucas 23:32), ladrones (S. Mateo 27:38) y salteadores o bandidos (S. Marcos 15:26).

[343](#) S. Lucas 24:15-17.

[344](#) S. Lucas 24:18.

[345](#) S. Lucas 24:19, 20.

[346](#) S. Lucas 24:22-24.

[347](#) S. Lucas 24:21, NBE.

[348](#) S. Lucas 24:25-27; cf. 44-48.

[349](#) Entre los textos de Moisés a los que Jesús alude están, quizá, Génesis 3:15; 22:18; Números 21:9; Deuteronomio 8:15, 18, 19; y entre los de los profetas, quizás Isaías 40:10, 11; 50:4-7; 52:13 a 53:12; 61:1-3; 63:1-6; Jeremías 33:14-16; Daniel 9:24-27; Miqueas 5:2; Zacarías 9:9; 12:10.

[350](#) S. Lucas 24:28, 29.

[351](#) S. Lucas 24:30, 31.

[352](#) S. Lucas 24:32.

[353](#) S. Mateo 27:46; S. Marcos 15:34 (citando Salmo 22:1). Sobre el sentimiento de soledad y abandono de Jesús en la cruz, véase Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, Boise (Idaho), Publicaciones Interamericanas (Pacific Press), 1984, p. 701.

[354](#) Job 42:1-6.

355 Hebreos 1:1-3.

356 Véase cómo Pablo formula esta experiencia: Gálatas 2:20; Filipenses 1:21; 4:13; Colosenses 1:27; 3:3, 4.

357 S. Lucas 24:33-35; cf. Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 742.

DESPEDIDA ENTRE AMIGOS

La noticia se había difundido con la rapidez de un relámpago. Era una noticia increíble. Pero ellos sabían que era cierta. No porque deseasen visceralmente que lo fuera, como pretendían los que no la creían, sino porque cualquiera que lo hubiese conocido a fondo sabría que tenía que ser así. Jesús no era un sueño de su imaginación, sino la más espléndida de las realidades. Había resucitado y vivía para siempre.³⁵⁸ Por eso estaban reunidos aquella noche,³⁵⁹ en el recogimiento expectante de aquel ático entrañable,³⁶⁰ sus seguidores y amigos, desafiando la persecución decretada por quienes no querían que su fe fuese verdad,³⁶¹ y seguían buscando argumentos y montando guardia ante una tumba vacía.

Todos estaban allí porque un día, desde aquella primera vez que se dio a conocer junto al Jordán, lo habían encontrado. Eso era, en realidad, lo que los unía: la amistad de Jesús. Campesinos, pescadores, artesanos, amas de casa, funcionarios, médicos, militares, obreros, mendigos, extranjeros. Pobres y ricos. Hombres y mujeres. Viejos y jóvenes. Todos juntos. Más de quinientos.³⁶²

Allí estaba José de Arimatea,³⁶³ con otros aristócratas, sacerdotes e intelectuales fariseos³⁶⁴ excluidos del Sanedrín, excomulgados³⁶⁵ por abrazar la nueva secta,³⁶⁶ decididos a emplear su influencia y sus talentos haciendo causa común con los apóstoles del Nazareno.

Allí estaban un centurión romano³⁶⁷ y varios soldados que habían depuesto sus armas para enrolarse en la lucha por la paz.

Allí estaba Simón con otros terroristas que habían esquivado la cárcel y sobrevivido a sus atentados, militando ahora, con más valentía que nunca, no ya por su idea de patria sino por una libertad sin fronteras ni clases, más abarcante que todas las libertades civiles.

Allí estaban también Mateo, el ex cobrador de impuestos, con sus colegas banqueros, empeñados ya no en aumentar su riqueza sino en compartirla, y en convencer a sus antiguos clientes de que la inversión más rentable es en el tesoro del cielo, donde las ganancias están aseguradas definitivamente.[368](#)

Allí estaba la Magdalena[369](#) y varias ex prostitutas famosas, casi irreconocibles, pasando inadvertidas, liberadas, viviendo ahora por y para otra clase de amor.

Allí había, incluso, algunos esenios,[370](#) expulsados de su monasterio por haber comprendido que Dios prefiere la vida a cualquier tipo de mortificación, y la fraternidad a cualquier clase de ascesis.

Allí estaban... Tan diferentes entre sí, unidos, tan solo porque un día hubo un gran encuentro en su vida.

Jesús los había encontrado porque sabía ver y escuchar. Porque tras la fachada maquillada de una mujer pública intuyó una petición de ayuda, ante la que no quiso permanecer indiferente. Porque tras los obstinados argumentos de un doctor de la Ley intuyó una inseguridad profunda, y un deseo sincero de encontrar la verdad. Porque en el temblor de un hombre encaramado a un árbol percibió la sed espiritual de un marginado que no soportaba más su soledad. Porque en los reproches irritantes de Marta supo entrever una enorme necesidad de ser aceptada y de encontrar una escala coherente de valores. Porque tras la curiosidad intelectual de un joven elegante, Jesús descubrió la angustia de un ser insatisfecho,

en conflicto entre sus intereses egoístas y su sed de ideal.

¿Qué hubiera sido de cada uno de ellos, si no hubiesen encontrado a Jesús? ¿Qué hubiera sido de María de Betania? ¿Hubiese terminado apedreada en la plaza por la gente decente de su pueblo, o seguiría en su burdel hasta consumirse en la miseria del olvido o en la de alguna enfermedad fatal?

¿Qué hubiera sido del Gadareno y de los demás endemoniados, de no haber sido liberados del abismo de la posesión? ¿Durante cuánto tiempo los hubiesen torturado sus exorcistas hasta la caza de brujas que, con la hoguera, traería la liberación final?

¿Qué hubiera sido de la fe y del equilibrio del padre del Sordomudo, ante el sufrimiento sin solución de un hijo enfermo incurable?

¿Qué hubiera sido de Nicodemo y de otros teólogos, si no hubiesen hallado, en la noche de su búsqueda, la clave de la explicación de las Escrituras y del verdadero sentido de la religión? ¿Habrían conservado la fe, o seguirían con su lectura utópica de la Biblia, esperando la solución de los problemas humanos en la dictadura final de un Supermesías?

¿Qué hubiera sido de Zaqueo, el jefe de los publicanos, si no hubiese descubierto el secreto de su felicidad? ¿Por cuánto tiempo hubiera seguido desfalcando al fisco y extorsionando a los contribuyentes, para vengarse de la amargura de su frustración?

¿Qué hubiera sido, en fin, de Juan, de Andrés, de Cleofás y su amigo y de los demás jóvenes ricos –o pobres–, si no hubiesen encontrado en Jesús el sentido de su existencia?

Nadie podría decirlo, ni siquiera ellos mismos. ¿Qué más daba ahora, si Jesús había venido a su encuentro y había dado a sus vidas un rumbo nuevo?

Nadie podría decir, tampoco, de qué manera Jesús había llegado una vez más hasta aquel ático cargado de recuerdos.³⁷¹ ¿Qué importaba saberlo, al fin y al cabo? Lo esencial era que Jesús estuviese allí con ellos. Y si eso era un milagro, ¿acaso no era un milagro mayor el que ellos estuviesen con él?

Lo más prodigioso es que aquel último encuentro con sus primeros amigos nos concernía también a nosotros. Porque Jesús les confió la misión de compartir con todos lo que habían aprendido en sus encuentros con él.³⁷² Y el encargo de decírnos, además, que lo esperemos, porque vuelve.

Tan gran noticia no podía quedar olvidada entre los legajos de las memorias de los amigos de Jesús, ni en los trasteros de su teología. Apremiados por la alegría y por la urgencia, correrían a difundirla a los cuatro vientos. Unos de viva voz, otros por escrito. Algunos, a costa de su vida.

Aquellos hombres y aquellas mujeres –ni más crédulos ni más dotados que nosotros– serían capaces de desafiar todos los riesgos para hablarnos de Jesús, impulsados por la certeza de que cumpliría su promesa.

Él se fue dejando abierta de par en par la puerta de la esperanza, insistiendo en que había que mantenerla siempre abierta. Sin muchas explicaciones, como era habitual en él, dando a entender que le importaba menos ser comprendido que esperado. En vez de incitarnos a mirar atrás, haciéndonos tributarios de un pasado cada vez más lejano, prefirió invitarnos a otear el horizonte, unidos en la esperanza del gran día, cada vez más cercano, en que volverá a reunirnos en un encuentro, entre amigos, que no tendrá fin.³⁷³

Unidos, porque donde la humanidad tiende a instalar clases, categorías, jerarquías o escalafones, él solo quiere amigos. Porque donde el paso del tiempo elabora tradiciones, instituciones y sistemas, él prefiere

mantener un cuerpo, una comunidad y una familia. Porque donde nosotros somos propensos a tender nuestros anzuelos rivales, él quisiera extender una sola red. Porque donde tan fácilmente nos descargamos sobre un magisterio, un cuerpo profesional o un sacerdocio, él prefiere, con mucho, nuestro testimonio directo.

Jesús lo quiso así, porque sabía que sin nuestra intervención personal, a los encuentros de los evangelios les faltaría siempre la emoción de la transmisión en directo. Por eso nos dejó el cuidado de volverles a poner, cada vez, la voz, el corazón y el aliento.

La última página del Evangelio seguirá sin terminar mientras le falte tu encuentro.

[358](#) Sobre los relatos de la resurrección, véase S. Mateo 28:1-15, S. Marcos 16:1-15, S. Lucas 24:1-12 y S. Juan 20:1-18.

[359](#) Texto basado en S. Lucas 24:33-53 y S. Juan 20:19-31.

[360](#) 1:3, 4, 13, 14.

[361](#) S. Juan 20:19; S. Mateo 28:11-15; cf. Hechos 4:1-31; 5:17-42.

[362](#) 1 Corintios 15:6.

[363](#) S. Mateo 27:57-61; S. Marcos 15:42-47; S. Lucas 23:50-56; S. Juan 19:38-42.

[364](#) S. Juan 19:39 cita a Nicodemo, uno de los “principales” de los judíos (S. Juan 3:1). Hechos 6:7 habla de muchos sacerdotes convertidos al cristianismo, y Hechos 15:5 habla de fariseos miembros de la joven iglesia.

[365](#) S. Juan 9:22, 34 y 35 atestigua que la amenaza de excomunión por hacerse cristiano existía ya incluso en vida de Jesús.

[366](#) El primer nombre dado al grupo de seguidores de Jesús fue “el Camino” (Hechos 19:9, 23; 16:17; 18:25, 26; 22:4), considerado desde muy pronto como una secta (Hechos 24:5; 28:22). Los seguidores de Jesús empezaron a ser llamados cristianos por primera vez en Antioquía (Hechos 11:26), quizás desde antes de la persecución decretada por Herodes Agripa (años 41-44; Hechos 12:1-3).

[367](#) Hipótesis basada en S. Mateo 27:54, S. Marcos 15:39 y S. Lucas 23:47.

[368](#) Véase S. Mateo 6:19-21.

369 El testimonio de los evangelios es unánime en que María Magdalena fue el primer testigo del Resucitado: S. Marcos 16:9-11; cf. 1-8, 12-14; S. Juan 20:11-18; S. Mateo 28:1-10.

370 Aparte del Monasterio de Qumrán, la mayor comunidad de esenios de que tengamos noticia es Damasco. En 1897 fue descubierto en El Cairo un libro llamado *El documento de Damasco* (o *Documento sadoquita*, publicado en 1910), que describe a la “comunidad de la nueva alianza” que debía instalarse en Damasco, y que tiene mucho en común con la *Regla de la Comunidad* de Qumrán. Una importante conversión de esenios al cristianismo explicaría que Saulo de Tarso organizara su persecución de cristianos precisamente en esa ciudad (Hechos 9:1-27; 22:1-16; 26:12-20).

371 Véase S. Lucas 24:36-49; cf. S. Juan 20:19-23; 1 Corintios 15:6. El gran aposento alto de Jerusalén podría ser el de la Santa Cena (S. Lucas 22:12-23) y el del derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés (Hechos 1:12 a 2:5). Las apariciones de Jesús resucitado fueron múltiples. Hechos 1:3 dice que Jesús, después de resucitado, dio a sus discípulos “numerosas pruebas” de su resurrección “durante cuarenta días”.

372 Véase S. Mateo 28:16-20; S. Marcos 16:14-18; S. Lucas 24:44-49; S. Juan 20:21-23; cf. Hechos 1:1-8. En el texto griego de S. Mateo, los diferentes elementos de la orden de Jesús –ir, hacer discípulos, bautizar y enseñar– no tienen la misma función en la frase. Todos están subordinados a “hacer discípulos”. En última instancia, Jesús solo da una orden: “Haced discípulos de todas las naciones”, y explica cómo llevarla a cabo: yendo, enseñando y bautizando.

373 S. Juan 14:1-3; Apocalipsis 22:20.